

Carlos Saura Garre

INFORME
SOBRE el HOMBRE
de los SUEÑOS

Todo lo que sigue es real, incluidos los sueños.

Solo el psicólogo y el psiquiatra son personajes ficticios.

El final también es pura imaginación.

El relato sigue fielmente la aparición cronológica de los sueños.

HOSPITAL UNIVERSITARIO
DEPARTAMENTO de PSICOLOGÍA
----oOo----

De: Ramiro de Prada
Para: Arquímedes Sourances
Director del Centro Psiquiátrico “Ángel de la Guarda”

Estimado Arquímedes:

Cuando te pedí por teléfono que me echaras una mano, no pude imaginar que el asunto del anciano soñador se complicara tanto. Al principio se trataba no más que de leer el relato de sus ensoñaciones, pero no entraba en mis cálculos interpretarlos, como me solicitaba encarecidamente en su carta. No, porque en ese tema no soy un experto como tú, pero también por razones de tiempo. Pero sucedió lo que no me esperaba: a pesar de mi reluctancia inicial, me fui animando a medida que leía aquellos folios. Sin pensarlo mucho, lo llamé para que viniese a verme. Éste fue mi segundo error. El anciano de los sueños resultó ser un hombre vulgar, normal, quiero decir, en cuanto a estatura y presencia, poco pelo y entrecano, bien arrugada ya la cara, y manos que comienzan a parecer sarmentosas, pero su expresión cansada, propia de la edad y de los ajetreos

de una larga vida, no lograba evitar la sensación de una cierta serenidad, como si hubiese llegado al final de un largo viaje preparado para lo que el destino le depare. Creo que tuve un arrebatado de empatía, soy un sentimental, lo confieso. Le propuse que volviera otro día, y otro, y otro, y charlamos largamente de sus sueños y su vida. Embarcado ya, definitivamente, en aquella travesía, tuve la precaución de grabar, con su venia, por supuesto, nuestras conversaciones. Fue un desatino imperdonable, ahora me doy cuenta, pero no puedo volverme atrás. Siento que el relato de su vida no tenga demasiado interés (ni siquiera llegó a fundar una familia propia, nunca se casó), excepto por el hecho de haber sufrido un cambio drástico y dramático en los últimos años, pero sus sueños sí que me han parecido realmente originales, como podrás comprobar si te decides a leer este informe. Al fin y al cabo, esto es lo más interesante para ti. Y ya metidos en faena, te anticipo: lo he redactado en dos secciones, la primera es una incursión general, aunque no exhaustiva, de sus sueños pasados, y en la segunda aparecen los que, actualmente, él mismo ha transcrito al despertarse adjunto también los retazos de sus diarios y algunas poesías que pueden ayudarte a comprender mejor sus ideas sobre el amor, la religión y la muerte, tres coordenadas sobre las que ha trascurrido toda su existencia. Si te decides a interpretar estos sueños, escíbeme cuando acabes y te entrevistes con él para comunicarle tus resultados.

Excúsame por esta encerrona. Un abrazo.

EL INFORME

Una noche, tenía entonces veintidós o veintitrés años, nuestro hombre se vio sorprendido por un extraordinario sueño. Recuerda la edad porque poco antes, un año apenas, había estado cumpliendo la instrucción del servicio militar obligatorio, y fue entonces cuando murió una de sus hermanas, la cuarta de las hembras. Por aquellos tiempos era un piadoso creyente que andaba angustiado ante la terrible posibilidad de que sus familiares se condenaran: ninguno de ellos, ni los padres siquiera, practicaban la fe católica en la que estaban bautizados. Esta desazón, esa turbación del espíritu, fue, al parecer, la que provocó el ensueño que ahora te relato.

Poco después del fallecimiento de su hermana, como te digo, cuando ya había cumplido el servicio militar, la vio en el salón-comedor sentada en una butaca y rodeada de algunos de sus otros hermanos. Su campo de visión, en el sueño, era idéntico en detalles a la realidad: estaban ellos frente al soñador, a su izquierda, ante la puerta por donde se bajaba a la panadería que la familia regentaba; veía, frente a él, en el centro, el pasillo que acababa en la puerta de entrada a la vivienda, y, a su derecha, en escorzo, el gran armario donde el padre guardaba libros, carpetas y papeles, pues el salón-comedor servía también de oficina y despacho.

Se acercó a su hermana. Sabía, sin que nadie se lo dijera, que ella, presente, estaba realmente muerta, a pesar de lo cual a ninguno de ellos extrañaba lo más mínimo, aunque, eso sí, se encontraban todos embargados del respetuoso temor que debe suponerse ante la presencia viva de un difunto. Se sentó en el suelo frente a ella, apoyándose en sus rodillas, y le preguntó: *¿Estás bien?* La pregunta no se refería a su salud, por supuesto, sino a su situación en el otro mundo. Ella comprendió el sentido de aquellas palabras, el hombre de los sueños *sabía* que lo había comprendido, y le contestó con expresión tranquila: *Sí, estoy bien.* Y su voz sonó tal y como había sonado en vida. Aquello le reconfortó el alma y apaciguó sus dudas y temores, incluso ya despierto. Al recordar esta escena, cincuenta años después, me dice que aquella visión debió ser creada por su inconsciente, es decir, por su cerebro, que es su palabra preferida, para evitarle angustias insoportables.

Me ha relatado este sueño, me aclara, no por su originalidad, que también la tiene, sino porque forma parte de aquellos en los que el ambiente y las personas eran tal como aparecían en la realidad, como suele ocurrirle a cualquier soñador, pero que al nuestro se le fue cambiando hábito tan común hasta acabar soñando de modo más disparatado, como tendremos ocasión de comprobar. Pero ahora nos toca hablar de los ensueños comunes y discretos, y, efectivamente, la propia hermana difunta estaba allí como fue en

vida: el pelo negro y rizado, la cara algo cuadrada, pero bellísima, y su deformación de la espalda, pues había sufrido, a poco de nacer, un desarrollo anómalo de la columna vertebral. Toda su vida anduvo con una cadera más alta que la otra, y nunca llegó a alcanzar la altura que le correspondía. *Fue la hermana preferida de todos* -me dice recordando con cierta nostalgia aquellos tiempos-, *tenía una voz prodigiosa, y cuando, en las noches de verano, familia y amigos nos sentábamos a charlar a la puerta de la panadería, nos deleitaba cantando en el silencio de la calle.* Era como un ángel deforme, como si a Dios, al crear a aquellas criaturas celestiales, se le hubiese descompuesto el molde y de allí saliera ella. Ahora bien, como seguía siendo un ángel, pese a todo, se había ganado el trato y el cariño de amigos y vecinos, que el de la familia debe darse por supuesto. Pero ni siquiera un ángel deforme, por muy celestial que sea, atrae a los muchachos con intenciones de emparejamiento, razón por la cuál ella debía sufrir en silencio al ver en el espejo aquella imagen tan distinta a la de sus compañeras.

Hasta que un día, como si Dios intentase recomponer su error, un joven de buen ver, obrero en la panadería, contra todos los pronósticos y todas las leyes de la costumbre, se le acercó a cortejarla, y ella, rindiéndose a lo que creía una evidencia, pareció disfrutar de aquel prodigio inesperado. El joven que fue entonces el hombre de los sueños, que ya había visto demasiadas películas y estaba bien informado de estas cosas, la sorprendió más de una vez, cuando el

chico le hablaba, mostrando esa sonrisa de complicidad, en los labios y en los ojos, que tienen los enamorados cuando están en el limbo. Su cuerpo había sido siempre un estorbo, y si queremos expresarlo mejor, una pesadilla, y ahora, tal vez, aquel muchacho la ayudaba a olvidarlo. De todas formas, sus intenciones eran más que dudosas: ¿un obrero que corteja a la hija del empresario? Incluso olvidando nosotros también su deformidad, he aquí una historia repetida a lo largo y ancho del mundo, hecho real o ficción de novela y de cine, con dos finales, uno feliz y el otro desgraciado, y éste, sin duda, el más frecuente. Si añadimos el hecho de su cuerpo mal proporcionado, es fácil comprender que la pregunta estuviera siempre en el aire: ¿Qué pretende realmente el joven de buen ver? Pero no hubo respuesta, ni para la familia ni para la hermana que soñaba un imposible: el soñador tuvo que marcharse al campamento militar, y en unas semanas vinieron a por él en un taxi con la triste noticia: la muchacha había muerto durmiendo.

Soñó otras muchas veces con aquella casa de su infancia: el pasillo que comunicaba con la cocina y los dormitorios, el rincón, al fondo, donde guardaba, en un pequeño mueble, libros, dibujos y tebeos, los balcones con celosías, la cocina que se abría al patio, la alacena en el pasillo... Todos esos lugares y las personas que los habitaban fueron apareciendo en sus sueños durante algunos años con una claridad sorprendente.

Pero, poco a poco, todo se desvaneció, o se fue desvaneciendo, y ahora, en el presente, como hemos anticipado arriba, ve esos lugares y a esas personas en sus ensoñaciones, pero no se asemejan en nada, ni siquiera en el más mínimo detalle, a como fueron en la realidad. Los padres, que murieron de pura vejez a los noventa, aparecen ahora como de mediana edad, a veces jóvenes, y siempre de buena presencia y salud, como los hermanos ya fallecidos y los que aún viven. Él, sin embargo, *sabe* que son ellos. Pero, de todas formas, familiares y amigos no son protagonistas repetitivos en esos sueños. En la actualidad solo aparecen muy de cuando en cuando. Ahora *conoce* a gente que no ha visto nunca y lugares que jamás ha visitado. Todo es distinto, incluso han desaparecido, si es que alguna vez estuvieron, que no lo recuerda, los amigos de la pandilla, aquellos con los que convivió durante varios años en el Centro Católico de su tierra natal, del que te volveré a hablar más adelante.

No olvida, sin embargo, que sigue soñando a menudo con aquel Seminario donde ingresó, a los veintinueve, cuando ya era maestro. También se le aparecen sus compañeros, pero el lugar es completamente distinto y los sacerdotes y seminaristas no tienen las caras de aquellos a quienes conoció. Esto es algo que lo tiene inquieto, por estrafalario, y espera que nosotros sepamos aclarárselo.

Esta mudanza acaecida en los sueños de ahora parece un reflejo de aquella otra, decisiva para todo su futuro, que aconteció en su vida al abandonar el Seminario y sus deseos de ser sacerdote.

Sueño y realidad van paralelos, ya lo sabemos, pero una vez más lo confirma este caso. El hombre de los sueños cree que su inconsciente ha arrinconado su vida pasada, como si no quisiera saber nada de ella. Solo que, a veces, su cerebro, ahora, después de tanto tiempo, suele proyectarle aquellas imágenes por sorpresa, en el primer sueño que se le ocurre.

Una de las circunstancias más extraordinarias, y ahora te diré por qué, se refiere a esos sueños en los que vence la fuerza de la gravedad y se desplaza libremente por el aire. Pero lo extraordinario no está en el hecho de volar, que otros muchos lo hacen, sino en que, en su caso, disfrutó de un aprendizaje paulatino, *como si alguien me estuviese instruyendo en el modo de hacerlo*. Aquello era tan prodigioso que se sintió obligado a dejar constancia detallada de esa evolución, aunque se le escapa la razón que puede tener su cerebro, es decir, ese *alguien*, para enseñarle a volar. Por supuesto que más adelante llegaríamos a encontrar una explicación razonable a semejante enigma.

Durante algún tiempo, se repetía la misma secuencia: volaba pesadamente, daba torpes brazadas en el aire trasladándose de un sitio a otro, y al fin volvía al suelo desesperanzado. A veces aparecían personas que, andando por debajo de él, lo ignoraban, a pesar de que lo veían perfectamente y de que, por su parte, hacía todo lo

posible por llamar su atención. Pero en otras ocasiones había alguien que intentaba tomarlo de los pies para hacerle bajar.

A menudo se ha preguntado la razón de que apareciera toda aquella gente a la que no importaba que estuviese nada menos que volando sobre sus cabezas. Sólo encuentra una explicación: en esos sueños se refleja una realidad, el hecho de que siempre ha intentado sobresalir, un término que nos viene como anillo al dedo para esta clase de ensueños, *sobre-salir*, dejar de ser una criatura anónima, sentir la admiración de la gente al verlo por la calle, exactamente lo que buscaba dormido. También podía explicarse fácilmente el hecho de que nadie le hiciese caso, pues tal cosa es lo que le ha sucedido exactamente. Te cuento.

Cuando era joven y sabía cantar, y cantaba en el orfeón que fundaron varios amigos en su tierra natal, fue el protagonista de algunas zarzuelas que organizó el director, quien, no conforme con tener un grupo de cantantes, se empeñó en convertirlos, también, en actores. En esos casos, el teatro estuvo lleno a rebosar, “agotadas las localidades”, rezaba en la taquilla, nada raro en una ciudad de provincias con tantos amigos y conocidos. Él, desde el escenario, veía al público en la semioscuridad de la sala, todos miraban a los actores-cantantes, lo miraban a él, y se veía a sí mismo allí arriba, bien iluminado, *sobresaliendo*, los aplausos retumbaban en la sala y llegaban a sus oídos como una música gloriosa. Esta sensación de triunfo, esta inyección fulminante de autoestima, la conocen todos

los actores, y de un modo especial deleita a los que empiezan. Es fácil deducir que fueron aquellos aplausos los que le despertaron el deseo de destacar, como lo hacía en el escenario, y que esa pretensión debe haberle acompañado el resto de su vida. Sin embargo, su intervención como primer solista en esas zarzuelas y algunos conciertos no lo convirtió en una persona notable, digna de admiración, famosa, o como queramos llamarlo, y ese hecho se refleja en los sueños de vuelo: nadie se interesa por él.

Pero tal deseo de sobresalir, según se desprende de sus viejos diarios, andaba ya bien despierto algunos años antes de sus actuaciones en público, cuando andaba por los diecinueve:

He sentido la música muy adentro (acababa de ver una película musical), y ahora parece que tengo una orquesta dentro del cuerpo. Durante todo el día, no he hecho más que pensar en la película de ayer. Después de comer he bajado al obrador de la panadería, y como es un local grande y espacioso, he estado "bailando", intentando imitar al formidable bailarín. El colorido de esas películas, la fastuosidad de los escenarios, las exquisitas melodías, el ritmo que llevan los bailarines y la facilidad con que se hacen célebres, me ciegan por completo. Me creo ya otro artista consumado, me entusiasmaría verme en un escenario igual, forjo infinidad de castillos y ensueños, pero la realidad, cruda e intemperante, me sume en una melancolía y una tristeza que frustra todas mis esperanzas. Pero

disfruto forjando irrealidades y soñando que soy el bailarín famoso que aún no ha nacido en nuestra patria...

O se ve a sí mismo como el paladín de la divinidad al estilo de los caballeros medievales:

En estos seis meses últimos he comenzado mi verdadera obra, he escrito mis mejores capítulos, me he sentido autor, filósofo, moralista. Nada de ello soy, lo sé, pero llegaré a serlo porque así lo pide la gloria de Dios. Él también necesita que lo defiendan, aunque estemos en pleno siglo veinte. Seré escritor porque todo mi saber lo dedicaré a esta obra magna: destruir a los ateos y moralizar el mundo. Mi obra será insignificante, pero, ¿no podría ser la chispa que prenda pronto y que forme un incendio de seguidores?

Por fortuna, es consciente del carácter fantasioso de sus pensamientos:

He ido al cine, donde ponen una película tan divertida que no la he podido olvidar. Se trata de un hombre que siempre está soñando lo que no es, exactamente como me pasa a mí.

Pero volvamos al sueño en el que andábamos: ¿qué significado tiene, se pregunta, esa historia de quienes intentan hacerle bajar, incluso lo consiguen a veces? Tal vez represente la propia voz de su conciencia, se responde a sí mismo, que intentaba devolverle a la realidad, como si dijera: Mira, no eres nadie, baja de las nubes y únete a nosotros, los mediocres, los anónimos. En este caso al me-

nos, hay que reconocer que ha dado en la diana, y además, tengo la vívida impresión de que el hombre de los sueños no se siente frustrado, tal vez porque aquellos deseos de sobresalir no fueron más que sueños ingenuos de un muchacho fantasioso que jamás se molestó en hacer nada serio para lograr el triunfo. Me inclino por esto último, su perfil psicológico corresponde al de esas personas que desean algo pero no están dispuestas a esforzarse demasiado para conseguirlo. Sea como fuere, esos sueños en los que algún imprudente se aferraba a sus pies para hacerle caer, acabaron desapareciendo (excepto en un caso que verás más adelante): había decidido, en la vida real, bajar al mundo de los insignificantes. Le costó convencerse de que no era nadie, de que había de renunciar a sus fantasías infantiles tanto tiempo clavadas en su mente, pero hoy, aunque todavía se le asoman de vez en cuando, la situación parece controlada.

Pero sigamos.

Paulatinamente, su forma de volar se fue perfeccionando más y más. Dejó de bracear como si nadase, le bastaba con que su pensamiento lo decidiera para que todo su cuerpo siguiera adelante. Para comenzar a volar, era suficiente con que se lanzase hacia arriba y, una vez allí, cada vez con más frecuencia, se deslizaba en el aire sobre las azoteas y tejados de lugares desconocidos, pero diseñados con toda claridad hasta en sus más mínimos detalles. La mayoría de las veces era de noche, y todo el mundo sabe, porque

es fácil contemplar a esa hora una ciudad o un pueblo desde algún lugar elevado, que, desde arriba, esos tejados y azoteas permanecen en la oscuridad, aunque pueden verse en las sombras muchos detalles, como la disposición de las tejas, las chimeneas, los respiraderos o las puertas y escaleras de acceso, en tanto que de las calles asciende el resplandor de las farolas. Un espectáculo realmente maravilloso en la realidad, pero también en las ensoñaciones de este hombre, que, como acabo de decir, eran tan nítidas como la realidad misma.

Cuando el soñador cuidaba de sus padres, que el tiempo había pasado sin misericordia y eran ellos los que andaban por el mundo como niños desvalidos, compró un minúsculo ático en un sétimo piso donde se relajaba, recibía a los amigos, pintaba, leía o escuchaba música. Pues bien, si se asomaba al exterior desde la amplia azotea, veía las viviendas de dos plantas que se extendían debajo y al frente; a la derecha estaban las construcciones y patios de un cuartel y, más allá, la zona urbana que se extiende hasta el río. Cuando lo hacía de noche, desde una altura de siete pisos, el espectáculo era asombroso, exactamente como se ha referido arriba, con aquel juego incomparable de luces y sombras, éstas queriendo sofocar a aquéllas, pero sin conseguirlo, porque las luces, desde el fondo de las calles, resplandecían con fuerza entre la negrura de los tejados.

Nuestro hombre se pregunta si no fueron aquellas vistas nocturnas las que ahora aparecen en sus sueños cuando vuela sobre desconocidos lugares. Han pasado muchos años desde entonces pero, como puede verse en otros relatos oníricos, el cerebro parece no entender nada del paso del tiempo, como si todo fuese presente y actual. Toma un viejo recuerdo visual, lo transforma, y lo pega en una aventura voladora.

Esas aventuras continuaron perfeccionándose. A veces volaba dentro de una casa, por los pasillos, rozando el techo con la espalda mientras daba vueltas alrededor de una lámpara, saliendo por las ventanas, bajando escaleras sin tocar los escalones. Comprobó que ya no necesitaba deslizarse por el aire al estilo del famoso Superman, pues le era posible y extremadamente fácil volar con el cuerpo en horizontal pero mirando hacia arriba, tanto avanzando en la dirección de la cabeza como en la de los pies, o bien de pie y de espaldas, es decir, hacia atrás, y luego hacia los lados o hacia abajo sin dejar de estar de pie, o de cabeza, o sea de todas las posturas que uno pueda imaginar por mucha imaginación que se tenga. Las vistas nocturnas, y a veces diurnas, de pueblos o ciudades, se alternaron con lugares abiertos, montañas o arboledas. A veces, el vuelo aparecía inopinadamente intercalado en un sueño normal: Va paseando con alguien por una calle de un pueblo y ve ante él un muro de unos dos metros de altura; se le ocurre que puede subir a él elevándose en el aire, y acto seguido asciende suavemente y se

coloca de pie sobre el muro. Está bajando una escalera y, cuando sólo le faltan un par de escalones, piensa: ¿por qué estoy bajando si puedo volar? Avanza una pierna, el pie no toca el siguiente escalón, y continúa por un pasillo deslizándose a una altura del suelo de unos pocos centímetros. Hay una calle repleta de gente que pasea en la misma dirección, y él está entre ellos, pero la aglomeración obliga a todos a moverse muy despacio. Aburrido de esa lentitud, recuerda que puede volar, se alza en el aire y se desliza sobre las cabezas de los transeúntes sin ningún esfuerzo.

En cierta ocasión, el ensueño fue muy peculiar. Estaba volando, a pocos metros del suelo sobre un paraje campestre, un tanto extraño, cuando ve, frente a él, una construcción parecida a una rampa que ascendía hasta acabar sobre el mar. Fue en dirección a ella, la sobrevoló y tomó altura. El mar quedaba a sus pies y él seguía subiendo a toda velocidad, pero de espaldas, lo que le permitía contemplar cuanto había abajo. *Vi la costa desde la que había subido nítidamente perfilada, la extraña construcción de la rampa era ya una mancha diminuta, y la tierra y el mar se iban alejando mientras yo me sentía radiante y pletórico de vitalidad.* Y había otra cosa: cuando miraba hacia abajo, no sólo veía, como ha dicho, la costa y sobre todo el mar, sino que, de un modo que no acierta a explicar, *sentía* la distancia que le separaba del agua, el espacio que había entre sus pies y la lejana superficie del mar, como si supiera, anticipadamente, el trayecto que tendría que recorrer si se precipitaba

hacia abajo. Había soñado demasiadas veces en paisajes urbanos y ansiaba hacerlo por donde andan las nubes y un poco más allá, si ello era posible, pero sólo lo logró en este sueño. Había conseguido escapar más allá de lo humano.

Pero la perfección de sus vuelos llegó a su culminación cuando el volar se convirtió en levitación. La fuerza de la gravedad quedó totalmente vencida. Ya no tenía que lanzarse hacia arriba, sino simplemente elevarse con la suavidad de una pluma movida por la brisa. Recuerda otra ocasión en la que se demostró que la gravedad ya no tenía ningún dominio sobre él: Estaba en un lugar elevado, un sobresaliente de una pared, de pie, mirando hacia abajo. A unos diez metros, en el suelo, había un patio circular, un lugar descubierta, y en el centro, junto a una mesa redonda, un hombre algo mayor descansaba en una silla. De nuevo, se hizo patente la extraña sensación de percibir la distancia que le separaba del suelo, como si ese espacio no fuese aire, sino algo tangible aunque no sólido. Voy a bajar, pensó. Y contempló sus zapatos. La mitad anterior sobresalía del resalte en donde estaban apoyados, mostrando así el precario equilibrio en el que el soñador estaba. Luego, recreándose en la situación y tratando de llegar al más difícil todavía, se inclinó hacia adelante hasta alcanzar, aproximadamente, los cuarenta y cinco grados. Estuvo unos segundos en aquella postura, peligrosa para quien no sea ingrávito, que ya se habría precipitado hacia abajo nada más inclinarse, pero totalmente inocua para él. Entonces se

dejó caer suavemente con los brazos abiertos y se deslizó girando alrededor y encima de la mesa y el hombre, que ni siquiera reparó en lo que ocurría.

Pero no todo eran mieles. Esta evolución en su forma de volar se mezclaba con otros sueños, en noches distintas, por supuesto, en los que volvían a aparecer las dificultades, los esfuerzos y las frustraciones que padeció al principio. Pero también es justo afirmar que, a partir de cierto momento o de cierta edad, los vuelos asombrosos, aquellos que le hacían disfrutar, incluso una vez despierto, ganaban por mayoría. *Mi cerebro, reflexiona el soñador, me obsequia generosamente, pero no me permite olvidar mi verdadera condición humana, recordándome, de vez en cuando, que nada es definitivo, que no existe ninguna meta por alcanzar, que sólo podemos imaginar una perfección inexistente. Sin embargo, por muy imaginaria que parezca esa perfección, nos basta para llevar con alegría el peso, de otra forma insufrible, de la realidad. Pero hay otra realidad: el gozo que me proporcionan los sueños. Esta sólo está en mi interior, pero es suficientemente verdadera como para procurarme momentos de intensa felicidad.*

Es cosa bien sabida que hay sueños obstinados, insistentes. Nos asaltan una y otra vez con las mismas imágenes y nos dejan aturridos en medio de la noche, porque ignoramos a qué viene esa ur-

gencia, qué mensajes nos traen, qué están insinuando o por qué son casi todos angustiosos.

Nuestro hombre no podía ser una excepción. He aquí algunos de ellos, no todos, para que este informe no se haga demasiado extenso.

Sus alumnos, por ejemplo. No quiero decir aquellos que tuvo en sus clases, con nombres y apellidos, a éstos nunca los ha visto, sino a niños y muchachos que están con él, estudian, hacen un examen o se reúnen en cualquier lugar. La mayoría de las veces, esos personajes son quisquillosos y desobedientes, el hombre de los sueños no puede controlarlos, siente una irritante frustración, se encoleriza, y entonces zarandea, o golpea con la mano, a alguno de ellos. Pero, sorprendentemente, esos golpes no llegan a dañar, ni siquiera tocar al destinatario; su brazo parece que avanza con un movimiento ralentizado y la mano se detiene justamente al rozar al muchacho, que se ríe desvergonzadamente al ver lo inútil de su gesto.

Esa incapacidad para hacer daño, en los sueños, quiero decir, no se limita a los alumnos, también la ha experimentado en otras pesadillas con animales violentos, ratas, perros, gatos, incluso algún pájaro, que trataban de morderle o atacarle. Él se defendía golpeándoles, pero no había forma de pasar más allá del roce de la piel. Como antes, se sentía frustrado e irritado, lo que aumentaba el sobresalto de la pesadilla. El hombre de los sueños tiene su propia

teoría para explicar esta incapacidad de hacer daño, ni siquiera para defenderse, pero ya te informaré de ello más adelante.

Más angustiosos son aquellos ensueños en los que aparece el mar. El hombre que sueña se encuentra en una playa, un puerto o un acantilado; olas gigantescas se levantan amenazando con arrasarlo todo. Otras veces es la superficie del mar, que se alza como la espalda de un enorme monstruo marino. El hombre de los sueños no encuentra palabras para describir lo que siente, porque no se trata sólo del tamaño ni del color grisáceo y sucio de las olas, hay algo más, precisamente dentro de esa agitación marina, como una fuerza terrible, casi un ser vivo y siniestro, desbordando violencia contenida. Esa violencia no llega a desatarse, pero el hecho de estar ahí, agazapada, dispuesta para provocar la desolación, convierte el episodio en una situación intolerable.

En otros sueños se trata de una inundación, una montaña de agua que viene, imponente, desde tierra adentro para lanzarse sobre una ciudad, o bien un río que se desborda, la fuerza del agua que corre por las calles, de pared a pared, girando con violencia en las esquinas, pero que, sorprendentemente, no causa ningún daño, ni al soñador ni a nadie, pero un espectáculo temible que le llena de angustia.

Algo hubo en mi vida que me estuvo amenazando durante muchos años, me comenta el hombre de los sueños en su intento de

encontrar una explicación, *pero no puedo saber de qué se trata*. Tiene una expresión de pesadumbre cuando habla, luego cambia el tono y añade más tranquilo: *Afortunadamente, ha desaparecido*. Y me señala uno de sus últimos sueños, ahora que es un viejo: LA MAREA NEGRA. Cuando lo leas, tú mismo podrás comprobar que está en lo cierto. Pero, ¿qué era esa amenaza? Tal vez nunca lo sepamos. O tal vez tú acabes descubriéndolo.

En esas charlas nocturnas que mantuvimos en la biblioteca de mi casa, nuestro amigo me habló también de sus sueños eróticos. Pero en nuestro caso las cosas no están muy claras. Afirma que jamás aparecen escenas pornográficas, sólo en una ocasión estuvieron a punto, pero nada más. Se encontraba en un lugar que bien podría llamarse una cueva, o por decirlo exactamente, en la “sala” de una cueva natural. Del techo colgaban grandes estalactitas y del suelo, cubierto por el agua, sobresalían los extremos de algunas estalagmitas de cabeza roma. Él se encontraba en el techo, entre aquellas paredes rugosas y húmedas, como si fuese un murciélago humano, y en el fondo, manteniéndose a flote en el agua, dos mujeres desnudas movían piernas y brazos como si estuviesen jugando en la piscina. El soñador se dejó caer, chapoteó suavemente y se acercó a ellas. Las dos mujeres lo recibieron con los brazos abiertos, y, al abrirlas, sus senos parecían flotar en el agua. Ese fue el detalle que percibió con claridad, pues de sus caras apenas recuerda una son-

risa de complacencia. Sin embargo, nada importante sucedió, pues apenas sus manos comenzaron a acariciar la turgencia de los pechos, el sueño acabó.

En las restantes ocasiones oníricas, el soñador mantiene una relación que bien puede llamarse platónica, un íntimo y profundo deseo de comunicación con otras personas no exento de connotaciones sexuales, pero en el que predomina lo que, si no resulta muy cursi, podríamos llamar comunión espiritual. Espero que lo entiendas. Al hombre de los sueños no le gusta, pero después de darle muchas vueltas tampoco logra encontrar una expresión adecuada. Me habla de empatía, de atracción magnética, una comunicación en la que se unen, a la par, el goce de las caricias, sin ir más allá, con el placer que produce contemplar la personalidad que se revela en el rostro de la pareja. Es indudable que este hombre ha sublimado el sexo en su inconsciente. Nos falta saber si le ocurre lo mismo en la realidad, que una cosa es soñar y otra, vivir despierto, y todo esto que nos cuenta, tan idealista, es muy difícil de experimentar en la realidad. Nuestro amigo, por lo que me cuenta, anduvo en el amor, como nos ocurre a tantos de nosotros, guiado por la imagen, a todas luces subjetiva, de una persona ideal, y puesto que tal persona no existe, la encuentra en sus sueños. Y a propósito de esto, de la imagen interior, se empeña en contarme su propia experiencia al respecto. Te transcribo sus párrafos tal y como los guardo grabados.

Tenía unos diecinueve años y me encontraba en un cine cercano a mi casa, justamente en una butaca junto al pasillo central. Acabó la película, se encendieron las luces y la gente comenzó a salir al vestíbulo, entonces lo llamábamos “ambigú”, a tomar algo, fumar un cigarrillo o aliviar la vejiga. Eran aquellos tiempos en los que los cines daban programa doble, y estábamos en el descanso. Yo me quedé sentado. Mi butaca andaba más o menos por el centro del local. De unas filas más adelante, se levantó una muchacha rubia, anduvo hacia mí con gracia y desparpajo, o al menos así me lo pareció, y pasó rozándome el codo con la falda. Me quedé deslumbrado. A poco, volvió. Me daba la espalda, por supuesto, pero, aún así, la reconocí al instante. Se apagaron las luces. Yo intentaba adivinar su cabeza entre los asistentes, lo único que podía verse en un cine, pero no daba con ella. La segunda película transcurría y yo no me enteraba de nada. De pronto hubo un movimiento adelante, dos personas salieron al pasillo, y una de ellas era la muchacha rubia. La otra, un señor que parecía ser su padre. Así que estaba acompañada y no podría abordarla, si es que se me hubiera ocurrido tal cosa, que no lo creo, porque en aquellos tiempos yo no podía ser más apocado ante las muchachas. Salí detrás para averiguar a dónde iban, pero tomaron un taxi y desaparecieron. Resultaba evidente: aquella chica era, encarnada, la imagen que llevaba dentro. Los días siguientes fueron desastrosos. Recuerdo que escribía en la máquina las cartas que mi padre me dictaba sin enterarme de lo

que estaba diciéndome. Lo hacía por simple reflejo. Las palabras de mi padre penetraban en mis oídos, llegaban al cerebro y éste daba la orden a las manos, pero todo ello al margen de mi consciencia. Andaba por las calles como un tonto, pensaba que podía tropezarme con ella en cualquier momento, en cualquier esquina, y de hecho así fue en dos o tres ocasiones, pero siempre iba acompañada por alguien. Hasta que en cierta ocasión la encontré a la puerta de la parroquia. Había terminado la función religiosa, no recuerdo si una misa o la bendición vespertina, y algunas personas se agolpaban a la salida intercambiando saludos y despedidas. El espejo de mi imagen estaba entre otras jóvenes y apenas podía verla. Entonces se adelantó un muchacho del Centro Católico, uno de mis compañeros, la saludó, charlaron un momento. A poco, él la tomó de la mano y se marcharon juntos. La forma en la que caminaban los delataba desde una legua de distancia: se miraban sin cesar, reían, charlaban y seguían con las manos entrelazadas hasta que desaparecieron. Fue una decepción. Me sentí frustrado y como si hubiera perdido el sentido de mi propia orientación. La muchacha que me había conmovido desaparecía de mi vida tal y como había llegado, como un espejismo.

Y como si una cosa trajese la otra, que es lo que realmente sucedió, esta historia que nos acaba de contar le viene como anillo al

dedo para seguir reflexionando acerca de la imagen mental que todos llevamos dentro.

Fíjese qué chasco. La visión pasajera de aquella muchacha había despertado súbitamente la imagen ideal que yo guardaba en mi cabeza; ella coincidía con esa imagen, pero las circunstancias adversas no estaban incluidas en las pautas del modelo imaginario. Ocurre a menudo. Ahora bien, esta teoría del modelo interior explica muchas cosas, no sólo los fiascos. Explica por qué es tan difícil encontrar a la persona ideal, con tanta gente en el mundo, por qué, si llega a producirse el milagroso encuentro, surge esa locura indescriptible que llamamos amor, desbocado, por supuesto, explica que nos emparejemos con aquél o aquélla que no da la talla, por decirlo de algún modo, pero se parece bastante a nuestro modelo imaginado, se parece bastante o tal vez lo suficiente. Explica los enamoramientos súbitos, la búsqueda romántica de la media naranja, el insoportable dolor de no ser correspondido, o de haber perdido para siempre el objeto del amor, incluso explica los distanciamientos y las separaciones, porque la gente cambia, o se descuida, y va deteriorando sus valores hasta parecerse apenas a la imagen con la que fue soñada, o se descubren rasgos nuevos que no coinciden con el modelo, o, una vez unidos, tropiezan con otra u otro que se amolda con precisión a su sueño interior. Explica, incluso, la ceguera del amor. una parte del otro nos ha subyugado hasta tal punto que nos

resulta imposible descubrir sus rasgos negativos. La imagen cerebral, ésa es la clave. Lo que vemos en el otro es, al fin y al cabo, algo que forma parte de nosotros mismos.

Pero toda esta parrafada no es más que la expresión de su forma de pensar actual. Cuando era un muchacho de diecinueve años, hablaba del amor de un modo bien distinto. Husmeando en uno de sus diarios encontré estos párrafos que muestran su temperamento idealista y romántico, particularmente experto en esconderse de la realidad, sólo que su mundo interior no lo había fabricado él mismo, sino que estaba allí desde su niñez: la piedad religiosa que le inculcó la quinta hermana, de la que habrá ocasión de hablar más adelante, y no una sola vez. Creo que te resultará interesante, especialmente por la estrecha vinculación que había creado entre el amor humano y el amor a Dios:

Si para llegar al Amor he de subir una escalera de amores, amaré a mis semejantes con todas mis fuerzas... El único, el puro amor, es el que se tiene a Dios, y Dios mismo. Pero yo deberé amar a mi familia y a mis semejantes para llegar así al Amor infinito. Pensé entonces en el amor particular hacia la mujer. Amaré a una mujer porque será un deber amar, y al mismo tiempo una salida de mi ser lleno de locas fantasías. Amaré a una mujer considerando este

amor como un escalón de mi escalera, y con ello no haré más que obedecer la voluntad de Dios...

Tal vez haya influido en mí la lectura de algunas novelas que me han trastornado, porque me muestran ese amor que he vivido en el cine, ese amor que ata a dos seres desde el primer instante y ya no hay nada que desate esas ligaduras. Yo también quiero sentir ese amor, puro, sencillo, loco, extrahumano. ¡Qué delicioso debe ser sentir las manos de una mujer apretando las tuyas! ¡Qué hermoso verse envuelto en la mirada de unos grandes ojos y percibir el arrullo de su sonrisa! ¡Si yo pudiese contagiar estos sentimientos a todos los jóvenes petimetres, imbéciles que buscan en la mujer la materia y no el alma que se adivina tras las pupilas de unos ojos o la suave piel de unas manos...! A veces creo que todo esto sonará ridículo, pero estoy seguro de que alguien ha de comprenderme. Porque quiero amar, amar a una criatura inocente, angelical, humana, real, a un ser que me muestre también su cariño. Quiero sentirme defensor de ese inocente ser y gustar la dulzura de ver que ella me busca para que la proteja y la ampare con mi fortaleza. No son las novelas y las películas las que me hacen hablar así: bajo su influjo descubro mis sentimientos más profundos, que no saldrían al exterior si no las llevara dentro.

Los pormenores del amor, para aquel muchacho con la cabeza a pájaros, son característicos de una personalidad que a toda costa

rechaza cualquier insinuación sexual, todo en él es *puro, sencillo, loco, extrahumano*. No aparece absolutamente nada que no esté permitido por la moral, que no haya sido previamente censurado por un Súper-yo tan estricto. Pero tampoco hay que darle demasiadas vueltas freudianas, esa forma de pensar en el amor podría ser el resultado de una falta total de experiencia: el muchacho ignoraba, cuando escribía esos párrafos, que el simple contacto con la piel de una muchacha, o el verse envuelto en su mirada intensa, y más aún si se juntan ambas, la piel y la mirada, pueden hacer saltar las alarmas sexuales.

Esta forma de insertar el amor humano en un marco religioso, casi místico, y siempre romántico, aparece también en algunos de sus poemas de juventud, como éste que transcribo a continuación. Lo escribió después de ver a una muchacha en el parque de su tierra natal, un oasis de esparcimiento en un desierto de hormigón, como todos los parques del mundo, cortado longitudinalmente por un ancho paseo central. Las noches de verano, huyendo del calor sofocante, grandes, chicos y medianos se reunían allí a pasear y refrescarse, a escuchar al grupo musical que interpretaba las canciones del momento, a charlar y cotillear en los bares, mesas y sillas al aire libre que se instalaban provisionalmente, pues en llegando el otoño todo desaparecía:

Tiene los ojos claros como la luz del día,
como el cristal del agua, como la luna clara,
y tiene en su mirada la extraña melodía
de un mundo de ilusiones de rica fantasía
sumido en la sencilla belleza de su cara.
Lo mismo que una diosa de piedra o alabastro,
su cuerpo es una estatua del más blanco marfil,
mas tiene en esos ojos la viva luz del astro
y tiene en esa boca la gracia de un abril.
Pasaste por mi lado. Yo, al pie de una palmera,
tranquilo meditaba las cosas de la vida.
Tu imagen se ha grabado en mí de tal manera
que llevo la mirada detrás de ti perdida.

Puedes ver que, incluso versificando, la mujer se ha convertido en una estatua: aunque tenga una viva luz en los ojos y la gracia de un abril en la boca, no tiene sexo.

Ahora, en la vida real, se ha convertido en una persona pragmática: sólo lo evidente es digno de consideración, las fantasías y las elucubraciones sirven no más para engañarnos a nosotros mismos, cosa que también ocurre en el amor. Tal vez fue por estas razones que, mucho tiempo después, recién cumplidos los sesenta, escribiera con ironía y desenfado estos versos:

Pasen, señores, pasen,
tengo amor en mi tienda
de todas clases.
Miren qué amor: desbocado,
ardiente y enfebrecido,
como una llama encendido
y en su fuego enajenado
(no dura mucho, mas mientras dura
parece un terremoto, ¡una locura!).
Aquél se vuelve absorbente,
tiránico, dominante,
y bastante
intransigente.
Los otros son más serenos,
aunque algunos están llenos
de manías:
éste se apaga y se enciende,
nadie sabe por qué, nadie lo entiende,
¡y lo hace todos los días!
Aquél es puro y sincero,
tan limpio como un cristal
(al menos así lo espero),
y tengo un amor primero,

y otro amor circunstancial
(amores de conveniencia,
circunspectos, funcionales),
y amores matrimoniales
para un caso de conciencia.
Ese otro que está al lado
es más bien condescendiente
y, como dice la gente,
cornudo y apaleado.
Puedo venderle uno eterno,
¡para siempre! O tan celoso,
que le parezca un infierno,
o un amor tan dulce y tierno
que resulte empalagoso.
También lo tengo indecente,
obsceno, maleducado,
y un amor tengo agotado
de tanto amar. Y otro, ausente.
Los hay de segunda mano
(no sienta ninguna pena
porque se lava... y se estrena),
de quita y pon, de alquiler,
de ganar y de perder,
de festejo y de verano.

Y si tal fuese su empeño,
tengo amor hecho a medida,
¡o que le venga pequeño,
o le sobre de por vida!

*Gracias, pero ¿tiene usted
algún amor olvidado?*

¿Olvidado? No, señor,
¡lo tuve y me lo han robado!

Sin embargo, este desenfado es sólo coyuntural, no una postura permanente. Nuestro hombre no ha dejado de tomar en serio el amor, algo alienta en su interior que, por aquel mismo tiempo, los sesenta recién cumplidos, le empuja a escribir un poema en el que el protagonista es el amor que nunca llega, o no acaba de llegar, y cuya ausencia no sólo trastorna al amante ansioso sino a todo el entorno, un entorno que sufre con él un deseo que nunca se hace realidad:

Salí gritando a la calle:
¡amor, amor!, ¿dónde estás?
y las palomas del parque
se me echaron a volar

espantadas por el aire.
¡Amor, amor!, ¿dónde estás?
Las campanas, en las torres,
repicaron alocadas,
se agitaron los balcones
y se rompió, dando voces,
el cristal de las ventanas.
En las plazas se secaron,
amargados,
los limoneros floridos,
la fuente lanzó un suspiro
y dejó de suspirar.
¡Amor, amor!, ¿dónde estás?
Y los perros se olvidaron
de sus nombres y apartaron
a correr dando de aullidos.
Y la gente que pasaba
se tapaba los oídos
y caía desmayada.
Y yo corría sin cesar
por una ciudad sin nombre:
¡Amor, amor!, ¿dónde estás?

Pero yo estaba equivocado: cuando le leo este poema, el hombre de los sueños se apresura a aclarar que el hecho de estar escrito en primera persona no era más que un recurso literario, como en otras ocasiones: *forma parte de un poemario dedicado todo él al amor visto desde diferentes puntos de vista, y le llegó el turno a ese, tan desesperante, el que no llega nunca.*

Esta época, me refiero al soñador cuando acababa de trasladarse a vivir con el amigo-compañero, del que hablaremos más tarde, fue un tiempo de creatividad que no olvida: tuvo un repente poético que luego desapareció, y del que sólo te remito estas dos composiciones para no convertir este informe en una colección poética que no viene al caso, que no resulta nada trascendental y que, en definitiva, y lo más importante, porque ya te los adjunto, íntegros, para que tú los leas si te apetece.

Hasta aquí, como te dije al principio, te he venido relatando las conversaciones que tuvimos acerca de ciertas generalidades oníricas: sueños repetitivos, amorosos, o de ingravidez, y ha llegado el momento de transcribirte los que me envió por correo, tal y como los redactó, incluidos los títulos, que también son suyos.

El féretro

Me encuentro en un lugar desconocido. En realidad, al despertar sólo recuerdo sensaciones, y las imágenes son muy escasas, prácticamente se reducen a una: el féretro. Yo sé, al modo en que se sabe en los sueños, sin que nadie te lo haya dicho, que mi hermano, el mayor de los varones, ha muerto. No estoy triste, sin embargo. Esa muerte no me afecta en absoluto. Vislumbro borrosamente a un hombre junto a mí que intenta persuadirme de que lo enterramos en una jardinera. La jardinera tiene una construcción muy peculiar: está hecha de madera y podía extenderse a voluntad, estaba formada por dos cajas que ensamblaban entre sí de forma que podía deslizarse la una dentro de la otra. No tenía nada para taparla.

Nadie me explica por qué razón deben enterrarse allí los restos de mi hermano. Cojo la jardinera y escarbo en la tierra. Allí encuentro lo único que se conserva de él: tres o cuatro huesos, cortos y manchados de tierra, como si hubiese muerto muchos años atrás, que no otra cosa queda, con el tiempo, de los que se van de este mundo. Entonces me alejo del hombre llevándola conmigo y voy a una habitación donde encuentro una cama sobre la que me siento. Pienso que hay que hacer algo para disimular el hecho de que una jardinera está convertida en féretro: tal vez se podría sembrar alguna planta en la tierra. O quizás lo pensé después, cuando me vie-

ron. Porque junto a la cama había un balcón o ventanal, tan bajo, respecto a la calle, que cualquier persona que transitara por allí, sin ponerse de puntillas siquiera, podía mirar y ver lo que yo hacía. Y así ocurrió: se asomó un hombre. Vi, a nivel del suelo de la habitación, unos ojos inquisitivos mirando la jardinera. Comprendí que el hombre había descubierto la verdad, y tal vez fue en aquel momento cuando pensé, para disimular, ponerme a sembrar. O hacer como que sembraba.

No hay nada más.

Debo adelantarte que este ensueño tuvo lugar cuando él tenía cuarenta y cuatro años, y el mayor de los varones murió unos treinta años más tarde, es decir, poco antes de que nuestro comunicante me enviara su informe. En la realidad, el entierro se llevó a cabo del modo propio y acostumbrado, pero su muerte fue bien desagradable, sobre todo para una hermana, la quinta de las hembras, que no teniendo familia propia por haber ingresado en una institución religiosa, se había desvivido por él desde que quedó viudo. Y este sin vivir duró hasta los últimos meses de su hermano, los que pasó en una residencia y en el hospital. Porque el mayor de los varones, a pesar de la fortuna que había amasado, fue recluido por sus hijos en una residencia. Un final triste, de esos que te dejan un regusto amargo para toda la vida. Pero no nos adelantemos. El hermano rico había pasado muchos años sobrellevando la enfermedad de su

mujer, que no fue sólo física, una estrechez del cardias mal intervenida, sino con una obsesión maniaco-depresiva añadida: se había convencido de que cualquier alimento que tomara se atascaría en su esófago distorsionado sin pasar al estómago. Y dejó de comer, aunque simulaba que lo hacía. Cuando su enfermedad le impidió valerse por sí misma y atender a su marido, sus hijos la internaron en una residencia, pero allí no duró más que un par de semanas: siguió sin comer, se puso muy mal, la trasladaron a un centro de salud y allí mismo murió a causa de una parálisis intestinal. El hermano rico no soportó su viudez, la soledad de la casa, su propia soledad. Huérfano ya de toda preocupación y, por lo tanto, vacío, fue incapaz de hacer nada que le distrajera: no estaba preparado para aquella nueva forma de vivir, como les ocurre a tantos jubilados y, para mayor desgracia, viudos. A pesar de que una hija suya vivía allí mismo, al doblar la esquina, el hombre de los sueños estuvo con él un par de meses y su quinta hermana, la religiosa, a la que llamaremos la samaritana por su extrema caridad, hizo otro tanto. El viudo sentía una aversión visceral por su yerno, así que rehuía encontrarse con él y procuraba no entrar en su casa, que era también la de su hija. Pronto comprobaron que, apenas se quedaba solo, destapaba los frascos donde guardaba los fármacos para la depresión y se tomaba una buena dosis. Pero el hombre de los sueños nunca creyó que su hermano tuviera intenciones serias de escapar de este mundo, lo que intentaba era atraer la atención de

sus hijos, pronóstico que pudieron comprobar al advertir que siempre procuraba hacerlo cuando esperaba que lo descubrieran a tiempo. Cada ingesta de pastillas los conmocionaba a todos, y acudían en tropel para llevarlo al hospital donde los médicos le hacían un lavado de estómago, como está prescrito, y de esta forma, entre la presencia de su familia y las atenciones de los doctores, se consolaba de su soledad. Pero las cosas llegaron a mayores y la última vez sufrió, además, una caída, y hubo que llevarlo al hospital por penúltima vez. Estuvo inmóvil en una cama durante el tiempo suficiente para que sus piernas, rígidas por la inactividad, no le permitieran ya ponerse en pié. Fue entonces cuando sus hijos decidieron ingresarlo en aquella residencia. En resumen, y para terminar, el hermano rico se fue debilitando paulatinamente, y cuando la cosa llegó al extremo, lo llevaron de nuevo al hospital, ahora por última vez. También allí iban la hermana samaritana y nuestro soñador, pero sobre todo ella, que realmente estaba obsesionada con su hermano. Y allí estaba él, el hermano rico, a quien el dinero no le sirvió más que para costear sus horas solitarias, encogidas las piernas hasta rozar la barba las rodillas, cerrados casi siempre los ojos, o abiertos pero desligados del mundo, auxiliada su respiración con un artificio, delgado como una caña, las manos recogidas como en oración, una lástima de hombre, que había sido guapo y de buen porte toda su vida y hasta hacía bien poco tiempo.

La hermana samaritana fue a verlo una mañana como siempre, pero no lo encontró: lo habían trasladado a una clínica sin avisar a la familia a causa de un malentendido. Corrió a la clínica con el corazón en la boca y, al llegar, le dijeron que acababa de morir una hora antes, exactamente cuando ella salía de su casa, buscaba el autobús, se trasladaba al hospital y volvía a deshacer el camino hasta llegar allí, a la clínica que, para más INRI, estaba al lado de la casa de donde ella había salido. El golpe fue brutal, no hubo nadie a su lado a pesar de sus hijos, sobrinos y hermanos. El hombre de los sueños ha sido más fuerte, tal vez porque a estas alturas, teniéndola tan cerca, la muerte apenas le conmueve. No quiso estar presente en el entierro; había cuidado de su hermano cuanto pudo, y a pesar de que en tales circunstancias a todos nos parece poco lo que hemos hecho, su conciencia andaba relajada. No pudo olvidar, sin embargo, la posibilidad de que su buen hermano y su mujer, hubiesen muerto en su propia casa, rodeados del calor de los suyos, un pensamiento que le atormenta todavía.

Un viaje extraño

Estoy conduciendo un coche por un camino vecinal sin asfaltar y salpicado de baches. Aclaro que ningún lugar de este sueño me es conocido, ni en la realidad ni en el mismo sueño. Y continúo. Tengo que bajar por una cuesta y subir por otra. Parece que busco algo que el coche necesita, ¿gasolina, arreglar una rueda? No lo sé. O no lo recuerdo. Cuando bajo por segunda vez, veo un tren que avanza en mi misma dirección. Recuerdo entonces que, según las normas de tráfico, en el sueño, por supuesto, yo podría ir sobre la vía delante del tren, pero renuncio a ello y sigo por la carretera. Frente a nosotros, el tren y yo, aparece un túnel. Decido acelerar para llegar a la salida antes que él. Esta operación la repito dos veces, es decir, acelero, me adelanto, vuelvo a encontrarme junto al tren y vuelvo a acelerar para adelantarle. Sin embargo, en esta segunda vez ocurre algo inesperado: se oyen detonaciones y gritos. Veo mucha gente que corre asustada y piedras que se desprenden del túnel. Miro a un lado y al otro y compruebo que puedo girar a la derecha, pero al hacerlo me encuentro con un desnivel del terreno delante de mí. Me es imposible bajar por aquella pared vertical, así que sólo me queda un recurso: volar. Con el coche, por supuesto. Pero el auto no lleva cubierta y me caen tierra y piedras encima, lo que me obliga a subir la capota. No cambio de dirección y voy en

línea recta hacia un volcán que ha aparecido delante de mí como por arte de magia. Pero al llegar a él, por debajo del cráter, el coche desaparece, a lo que no doy ninguna importancia, como si tal cosa estuviese prevista desde el principio, y me encuentro, de pié, en la falda del volcán con un grupo de niños. Los chavales están en peligro y yo también. Miro hacia arriba y veo algo muy parecido a lava fundida y roja a punto de caer sobre nosotros. En ese momento, uno de los niños se agarra a mí para no caer y estoy a punto de despeñarme con él. Me afianzo y le digo que se sujete.

Entonces todo cambia: estamos, los niños y yo, amontonados en el alfeizar de una ventana altísima. Veo a un niño que cae al vacío. Ha sido empujado por tres muchachos de más edad, que pretenden tirarnos a todos. Me doy cuenta de que tengo en la mano un cuenco de barro que sirve para recoger la lava cuando caiga. Entre paréntesis: el volcán había desaparecido hacía un rato. Echo saliva dentro del cuenco. Uno de los muchachos está pensando en empujarme. No sé si lo he adivinado o he visto su intención. Muy decidido, le arrojo el cuenco, me acerco al vacío y les digo que no tendrán que hacerlo. Me lanzo sin dudar. Oigo a uno decir que me estrellaré, pero está equivocado. Cuando estoy lejos me remonto poniéndome al nivel de la ventana, me vuelvo a ellos y les digo adiós. Al principio vuelo deprisa, pero pienso que no la tengo e inicio gestos a cámara lenta. Miro hacia abajo y veo a un falangista que está haciendo guardia. Suavemente planeo sobre él al tiempo que canto

algo que suena con ese estilo característico de la canción española, pero de tema patriótico. El falangista mira hacia arriba y me sigue andando mientras me desplazo. Más allá hay muchos árboles y entre algunos de ellos veo un grupo de soldados que también hacen guardia. Me oyen cantar y me miran entre extrañados y agresivos. Entonces canto más fuerte mientras planeo sobre ellos. Siento que voy perdiendo altura sin quererlo y entonces me elevo y llego hasta un lugar cerca de una ventana donde hay más soldados que se asoman al escucharme. En el momento en que llego hasta ellos, estoy terminando de cantar.

Una mirada detenida nos mueve a pensar que se trata de tres sueños engarzados en uno solo sin solución de continuidad. El primero es aquél del coche que conduce, el tren que le acompaña y ese misterioso túnel donde se oyen detonaciones. Lo sorprendente es que, por aquellas fechas, nuestro hombre no tenía automóvil, ni siquiera permiso para conducirlo. El único vehículo del que disponía, con el que iba a la escuela, era una de esas motos italianas que tan populares se hicieron por aquellos tiempos y de la que guarda un entrañable recuerdo: los paseos que dio con ella llevando en el asiento trasero a la amiga cuya amistad perdura todavía, un personaje del que se hablará cuando aparezca en uno de sus últimos sueños. Respecto a los otros detalles, te adelanto una sugerencia: significan sencillamente un peligro.

El segundo sueño comienza cuando huye del primero volando con el coche y aparece el volcán y esos niños, unos, inocentes, a los que pretende ayudar, y otros, malvados y crueles, de los que, al fin, debe escapar para librarse del peligro que suponen. Y aquí entra mi sugerencia anterior: por dos veces huye de una amenaza, y en las dos ocasiones lo hace volando, lo que nos llevaría a deducir que este hombre tiene tendencia a escapar, o bien desentenderse, si lo prefieres, cuando se topa con un problema de difícil solución. Ahora bien, cuando se lo hago saber se muestra sorprendido, yo diría más bien azorado, como alguien a quien se le descubre una falta de la que nunca ha tenido conciencia. Tras este instante de vacilación, insiste en que se desenvuelve bien ante los problemas, y por todos los medios intenta solucionarlos para que no le atosiguen, no puede soportar tenerlos todo el tiempo sobre él. Ahora bien, ¿qué hace cuando esa dificultad es irresoluble? La vida está llena de casos así, situaciones agobiantes a las que no se le ve ninguna salida, o la solución es tan drástica que debemos renunciar a ella: peor el remedio que la enfermedad, dice la voz del pueblo. En estos casos, el hombre de los sueños soporta con estoica resignación, según la frase al uso, la circunstancia aciaga, y se agarra al refranero: si no tiene remedio, ¿por qué te quejas?

Pero el sueño es muy explícito al respecto, así que, si lleva razón en lo que acaba de decirme, es posible que se refiera, el sueño, a algún suceso en particular, olvidado por desagradable, del que,

efectivamente, se ha desembarazado huyendo. Estoy pensando en tres escapadas de ese talante ocurridas en su vida real, pero todo se verá claro cuando adelantemos en la interpretación de estos sueños, así que te ruego un poco de paciencia.

La tercera ensoñación, donde aparecen los soldados y un falangista, tal vez pueda explicarse del mismo modo que la aparición del general Franco en el sueño que viene a continuación.

La habitación de Franco

Tuve un sueño en cierta ocasión del que sólo recordé, al despertar, una escena: una habitación muy amplia, yo diría mejor amplísima, y bien iluminada, donde se encontraban numerosas personas que parecían charlar en grupos. A un lado, había tres ventanas grandes, con hojas de madera, sólo una abierta dando a otra habitación que permanecía casi a oscuras. Miro por esa ventana. En las paredes se adivinan cuadros enormes pero borrosos, y en una cama grande, Francisco Franco, nuestro dictador por tantos años, está acostado en ella. No lo veo, pero sé que está allí. Con Franco está

su hermano, no sé cómo se llama, que lo cuida. Está sentado cerca de la ventana desde la que yo observo, casi de espaldas a ella, leyendo algo, tal vez un libro, un periódico, una revista. Mientras miro, mi madre, que está cerca de mí, tiene un ataque de tos y el hermano de Franco se vuelve y dice: Por favor, deje ya de toser, que se va a despertar. O algo así. Tengo la impresión de que va a pasar la noche acompañando a su hermano en aquella habitación de aspecto tétrico, pero luego lo veo salir entre el bullicio y lo llamo: ¡Señor Franco! No responde y desaparece. Y esto fue todo.

El anciano se pregunta desconcertado: *Si mi cerebro encaja al general Franco, muerto tanto tiempo atrás, en uno de mis sueños, repentinamente, en ausencia de todo precedente, y sabiendo que yo no sentía por él ni el más mínimo interés, ¿cómo debo interpretarlo?*

Al comenzar la guerra civil tenía siete años, y cuando Franco murió, cuarenta y cinco, y si a esta última cantidad le quitamos los siete primeros, resulta que convivió con el dictador nada menos que treinta y ocho, es decir, todo el tiempo de su jefatura. Durante todo ese larguísimo periodo el dictador no fue, para el soñador, más que el militar que gobernaba en el país. Quiere decir que jamás se ocupó de él ni le preocupó su persona. Además, su familia estaba en el bando de los *rojos*, como entonces se les llamaba, y su padre era un socialista con tintes de ácrata que siempre hablaba de llenar la

amasadora de la panadería con kilos de chocolate para celebrar la victoria de los suyos cuando llegara, que nunca llegó. Estos datos confirman que Franco no debería habersele aparecido de noche mientras dormía, aunque lo haya hecho como un moribundo, porque, moribundo o no, este señor estaba de más en sus aventuras oníricas.

Pero, de nuevo, sueño y realidad van entrelazados.

Cuando estudiaba magisterio era obligatorio asistir a un campamento falangista de aquellos que, en esos tiempos, preparaban a los maestros en la ideología propia del régimen. Vestía el uniforme azul y la boina roja, cantaba himnos patrióticos, desfilaba, aprendía consignas y obedecía, que, al final, todo se reducía a eso. La sombra de Franco planeaba sobre el campamento, y más tarde sobre la escuela, dominada por el ideario franquista. Y estuvo presente, en forma de falangista y de soldados, en el sueño anterior. No obstante, es difícil comprender su aparición tantos años después, a menos que lo entendamos como un punto y final, un acabarse todo de una vez, como otras pesadillas tuyas se han extinguido últimamente.

Lo único real y verdadero de este sueño es la tos de su madre. En los últimos años de su vida, ella tosía casi a todas horas. Pastillas, jarabes y cataplasmas no eran capaces de remediarla, lo que resultaba, a un tiempo, doloroso y frustrante. Pero su presencia en el sueño sólo tardó lo que un suspiro. En otras ocasiones la ha vuelto a ver charlando con otras personas, nunca con él. Esto le contra-

riaba, pues entre madre e hijo siempre existió un vínculo muy especial, tal vez, por parte de ella, porque éste fue el último que llevó en sus entrañas, y por parte de él, porque de niño siempre fue muy madrero. De todas formas, espera volverla a ver, llena de vitalidad, si a su cerebro le place.

Y así ocurrió, como verás, pero no del modo en que él lo imaginaba.

En una isla del Pacífico

Estoy en una embarcación, aunque sólo veo parte de ella: un trozo de la cubierta donde me encuentro, un mástil vertical que se pierde fuera de mi campo de visión, otro horizontal y algunos objetos no identificables. Tras la viga horizontal, algo a mi derecha, hay dos figuras masculinas envueltas en capas con capucha. Una de ellas me urge a hacer algo, ignoro qué, pero yo no comparto su opinión, le digo que hay tiempo suficiente y que voy a cantar. Estoy vestido a lo hawaiano o algo parecido. Llevo un turbante, algo así como una falda muy corta y un collar, de flores u otra cosa, que cuelga hasta mi cintura. Comienzo a cantar en una lengua que des-

conozco, pero que se parece a lo que todos hemos oído en películas de ambiente polinesio. Mi voz es fuerte y clara, la siento salir de mi garganta sin esfuerzo, y se expande por el aire de forma que todos pueden oírla. Digo todos porque al volverme hacia la izquierda mientras canto veo a una multitud que se encuentra a un nivel más bajo, en una explanada que se parece a la de un puerto, según colijo por los edificios que se ven al fondo, y escuchándome con atención. Me veo a mí mismo como si me estuvieran filmando desde arriba, aunque a pocos centímetros de mi cabeza. Muevo los brazos y el cuerpo al compás de la canción (no hay acompañamiento musical), y puedo recordar perfectamente cuáles y cómo eran mis movimientos. Creo que llevaba algo en la mano derecha, una espada tal vez, o una vara, pero no estoy seguro. La gente se mueve también mientras me escucha, y acaba cantando conmigo. El final es realmente apoteósico. Recuerdo tanto la letra como la melodía: ananá-é, ananá-ó. La última nota es larga y aguda. Cuando la emito, he levantado los brazos, con la espada, o la vara, sobre mi cabeza.

Para nuestro hombre, es endiabladamente curioso el hecho de haber recordado el texto musical una vez despierto. Ha sido uno de los sueños más reconfortante y agradables que ha tenido. Lo de cantar no es nuevo, como ya hemos visto y se volverá a ver, pero en esta ocasión ha resultado extraordinario, por la potencia de la voz, el dominio de la respiración y lo hermoso de la música. Y una

sensación de plenitud, de totalidad, como si todo su cuerpo, exactamente de la cabeza a los pies, estuviera colmado. Sólo cuando vuela, me dice, ha podido experimentar las mismas sensaciones. Ya dijimos al principio que el hombre de los sueños había cantado en zarzuelas y conciertos, pero en aquellos casos, reales y verdaderos, nunca tuvo estos sentimientos de plenitud. Siempre que salía al escenario, le acompañaba el temor a olvidar la letra, la entrada o el gesto, y esa incertidumbre, esa inseguridad, le impedía disfrutar de su actuación. El sueño le libera de todos sus antiguos temores, le inyecta seguridad y la certeza de una buena actuación. Todo resulta perfecto.

Es evidente que tanto su vestimenta como la música y la letra de la canción parecen extraídos de una película filmada en Hawai, y sabiendo lo aficionado que era al cine no debería extrañarnos. Recordarás cómo se extasiaba con aquellas cintas musicales que le impulsaban a `bailar' en el obrador de la panadería, con qué ilusión soñaba con ser el émulo español de aquellas extraordinarias estrellas norteamericanas. Por supuesto que hace mucho tiempo de eso, sólo tenía diecisiete, dieciocho, diecinueve años, y he aquí lo sorprendente, aparece ahora, a sus más de setenta años, cuando está dormido, la realización plena y cabal de lo que entonces sólo fue el sueño de un muchacho despierto.

La horrible muerte de mi hermano

Me encuentro en un lugar fuera de cualquier ciudad. Da la impresión de que estuvieran en obras, pues el suelo aparece ondulado, como si hubiesen echado montones de arena o de tierra. Camino sobre una de esas pequeñas colinas, es blanda al pisar y de color ocre sucio. Hay gente que se mueve de un sitio a otro, como si trabajaran. Un poco más allá aparece mi hermano-compañero. Es una visión fugaz sustituida por un primer plano de sus pies. Adelanta el derecho, pisa la tierra esponjosa. Puedo ver con todo detalle cómo la tierra cede suavemente alrededor del zapato de deportes. Entonces ocurre: el suelo se hunde bajo él y mi hermano se precipita hacia abajo y desaparece. Todo es muy rápido. Asustado, me echo al suelo y me asomo por el agujero que se ha formado. Veo un pozo como de un metro de ancho, bien iluminado por la luz de fuera, con las paredes de barro resbaladizo. Mi hermano no está. Pero al mirar el fondo, donde se percibe claramente agua fangosa y sucia, comprendo que se encuentra allí debajo. No hay ningún movimiento en ese barro del fondo, pero yo sé que se ha hundido en él. Lo llamo a gritos desesperados por su nombre, y entonces el agua embarrizada comienza a moverse. Me ha escuchado. Le grito órdenes de ayuda con un nudo en la garganta: ¡Nada hacia arriba! ¡Levanta los brazos, sácalos fuera! El agua fangosa se agita brusca-

mente con los esfuerzos de mi hermano por salir. Sigo gritando, pero un instante más y el fondo queda quieto. Se ha ahogado en aquella suciedad. Miro hacia arriba (debo haber introducido buena parte de mi cuerpo en el pozo) y veo mi propio brazo levantado, con la mano moviéndose en busca de ayuda. Pido socorro, veo a un par de personas que se mueven hasta fuera de mi campo de visión y desaparecen. Siento mi corazón golpeándome el pecho con fuerza y me ahoga una congoja insoportable, no tanto por la muerte en sí como por la forma en que ha ocurrido, con todo ese fango entrando por su boca y llenándole los pulmones, esa muerte lenta y horrible. Despierto conmocionado: los latidos exagerados del corazón son reales, los siento despierto. Y la misma congoja, como si todo hubiese sido verdad.

La angustiada realidad del sueño me acongoja ahora, al transcribirlo, como en el momento en que me lo contó. Ya sé que fue su situación fisiológica la que provocó esa ensoñación, pero, de todos modos, me sigue impresionando. ¿Quién era en realidad su hermano?

El segundo varón, segundo en el orden de venir al mundo, fue para el hombre de los sueños, en la infancia, el hermano-compañero, sólo dos años mayor que él. Había nacido penúltimo y el soñador cerró el ciclo de partos de su madre. Jugaban juntos, solos o con otros amigos, dentro y fuera de casa, pero siempre en

los conocidos alrededores donde vivían los compañeros de juegos, que no eran otros que sus propios vecinos. Correteaban por aquellos contornos, calle arriba, calle abajo, pero a ninguno de ellos se le ocurría traspasar las fronteras que quedaron impuestas desde tiempo atrás. Esta camaradería continuó más adelante, cuando ya tenían edad para ir al puerto, en verano, con la pandilla, la del hermano-compañero, que el soñador nunca la tuvo suya hasta más adelante, cuando ingresó en el Centro Católico, y allí iban, al puerto, como decía, a pasear en barca y bañarse en las tranquilas aguas acotadas. Estaban en su ciudad natal, por supuesto. Y continuó con su propia voz: *Después, las circunstancias de la vida, el azar y la casualidad, que parece que son quienes verdaderamente nos empujan y conducen, como si fuesen una providencia sin proyecto ni lógica, nos llevaron por caminos diferentes.*

Su hermano-compañero se casó, trabajó sin descanso y creó una familia, siempre con la ayuda y el apoyo moral de su compañera, una mujer llena de fortaleza y una capacidad de trabajo que no parecía tener fin. Montaron varios negocios, no todos a la vez, que no hubieran podido llevarlos todos adelante, sino uno detrás del otro, según iban apareciendo las necesidades y se perfilaban los proyectos, y cuando les tocó el turno de retirarse de la vida activa y parecían acabados los sinsabores de tantos afanes, la compañera murió, relativamente joven todavía, después de haberle dado tres hijos, una chica y dos varones, a los que alcanzó a ver casados y con

familia antes de que un infarto acabara con ella en la sala de cuidados intensivos de un hospital. Aquellas fueron semanas interminables: las intervenciones quirúrgicas, el hundimiento en el coma, el despertar sin voz, y las salas de espera, las visitas a la UCI, con cuentagotas, y los partes médicos ansiosamente esperados durante toda la mañana y luego toda la tarde... El hermano comía apenas, dormía de puro cansancio y mal cuando lo hacía, no se afeitaba nunca y andaba de un lado a otro como un sonámbulo. Un trozo de sí mismo se le estaba yendo, y este desgarró lo sintió entonces, cuando ella murió, y más tarde, durante seis largos años, tres veces más que el común de los viudos. La compañera se fue sin cumplir el ciclo que la vida le tenía programado, en realidad no importa el cómo, que para morirse sólo falta estar vivo, aunque uno preferiría que tal momento nos llegara, y les llegara a quienes amamos, en la placidez del reposo familiar.

¿Ha sido este sueño, con una muerte tan dramática, una metáfora desbordada de lo que su hermano había sufrido durante tanto tiempo? Y el dolor que el soñador sintió ante esa muerte, ¿puede significar esa impotencia que a uno le atenaza, en la realidad, cuando no puede hacer nada para evitar un sufrimiento tan prolongado?

El Hombre Malo

He titulado así este sueño porque en realidad expresa lo más esencial: la existencia de un ser humano maligno, porque su misión era hacer daño a quienes lo descubrieran. Vivía en una cueva que no estaba ni en el campo ni en la montaña, sino en la misma ciudad, pues su boca se abría entre dos edificios de una calle. Empieza el sueño cuando yo estoy frente a ella mirando hacia dentro. Lo que veo es como un túnel de forma cilíndrica con las paredes pedregosas y arrugadas, aunque el suelo es llano y se puede caminar por él. Hasta una distancia de unos cien metros hacia dentro, la cueva puede verse sin necesidad de luz, tal vez porque está iluminada por la de la calle. A esa distancia se ve un grupo de gente, unas seis o siete personas, que buscan al Hombre Malo escondido dentro, donde reina la oscuridad. No lo buscan con linternas ni parecen tener prisa por encontrarlo. Más bien se diría que hablan de él con una mezcla de temor y curiosidad. De pronto todos corren gritando hacia la salida. El Hombre Malo viene. Yo también corro, y otras personas, algunas conocidas, que pasan por la calle. Salto sobre algo que parece una tapia, dando traspiés y muy asustado. La gente se dispersa en todas direcciones. Pero mientras corro se me ocurre una idea: el Hombre Malo sólo busca a los que han entrado en la cueva. Según esto, yo no debería tener miedo. En realidad, pensé,

aunque yo estuviera dentro de la cueva, bastaba correr hasta la salida y luego caminar como si fuese un viandante cualquiera ajeno a lo que pasaba allá dentro. El Hombre Malo podía verme y pasar de largo, porque no le importaba la gente que circulaba por la calle.

Todo volvió al principio. El Hombre Malo estaba otra vez oculto en la oscuridad interior, pero esta vez yo me encontraba dentro de la cueva. De nuevo se oyeron los gritos y comenzaron las carreras. Me dirigí con presteza a la salida y una vez allí caminé lentamente, como si estuviera paseando y sin sentir ningún miedo. Había algunas personas cerca de mí, entre ellas una muchacha muy joven, casi una niña. El Hombre Malo vino hacia ella, pero al verme se detuvo y se me acercó. Estaba frente a mí, pero yo no estaba asustado. Tenía el pelo revuelto, unos ojos saltones y en la boca entreabierta una mueca agresiva, como si fuese a lanzarse sobre mí de un momento a otro. Había levantado sus manos hasta la altura de los hombros y tenía los dedos recogidos, como las garras de un ave de presa dispuesta a clavar sus uñas. Pero a pesar de toda esta apariencia violenta, su agresividad no resultaba convincente, no lograba atemorizarme, como si yo hubiese descubierto que aquella extraña criatura era incapaz de hacerme daño, tal vez porque, en el fondo, no era el Hombre Malo que habíamos imaginado.

La cueva puede haber surgido de su infancia lejana. En su ciudad natal, a donde llegaron sus padres con la mitad de los hijos ya

nacidos, tenían una cantina, una bodega, una tasca, como quera-
mos llamarla, un espacio rectangular con los dos lados menores
situados uno como entrada y otro al fondo. El mostrador corría para-
lelo a la pared de la derecha, si nos imaginamos que estamos en-
trando, tenía un mostrador de madera dura y de color oscuro y so-
bre la pared, vasos, copas y botellas en estanterías también de ma-
dera, nada original, como todos los bares. Pero lo interesante se
encontraba en el fondo de la cantina: una cueva. Como toda la casa
se construyó adosada a un terreno elevado, estaba abierta en la
pared rocosa de un patio, pero no tenía más de dos metros de pro-
fundidad, y su boca era semejante a la altura de una persona. Allí
se guardaban botellas vacías de vidrio y de barro, amontonadas en
el suelo.

No se puede afirmar que aquella cueva haya engendrado esta
otra, pero es posible que a tan corta edad, pues debía tener unos
cinco años, la hubiese visto de noche en alguna ocasión, una boca,
grande para su estatura, negra y silenciosa, y fuese la hora de irse a
dormir, y haya dormido con aquella siniestra impresión, siniestra
para una criatura de tan corta edad.

De todas formas, este Hombre Malo, que a la postre no lo es tan-
to, resulta una incógnita. Pero el soñador me propone una idea: *¿No
podría ser yo mismo, mi lado oscuro, quiero decir? Todos llevamos
dentro, o a cuestras, o como sea, un Hombre Malo que nos empuja a
hacer daño. Si el de este sueño es el mío, acabamos de descubrir*

algo reconfortante: mi lado oscuro no es tan tenebroso, mi demonio intenta asustarme, imponerse, pero no lo consigue.

Vayamos por partes. En primer lugar, o da lo mismo que sea el segundo, ahora nos enteramos de que el hombre de los sueños es un buenazo, que tiene más de ángel que de diablo, que es casi un santo, y así se lo digo, como quien bromea. Él me dice que no, que no es eso lo que ha querido decir, que no hay nada que no pueda ser entendido desde más de un punto de vista, y que el suyo es bien claro: tiene un temperamento pacífico que en algún momento puntual puede convertirse en una borrasca con rayos y centellas, y que si hubiera de expresarse en forma de estadísticas debería decirse, para hablar con más exactitud, que su lado bueno ocupa un setenta o un ochenta por ciento, y el resto sería propiedad del Hombre Malo.

No me convence, y sigo preguntándome: ¿a quién representa esta criatura casi diabólica? Tal vez no sea un quién sino un qué. Esta especie de monstruo sugiere la existencia de alguna circunstancia adversa o problemática, o generadora de rechazo general, y no sólo por su parte. Pero sucede algo que podría calificarse de fascinante: a partir de una reflexión, como bien se precisa en el ensueño, es decir, de un encararse a la realidad de ese objeto hostil, se descubre su mentira, o si preferimos no ser tan drásticos, su mixtificación por parte de la sociedad (recuerda que en el sueño hay mucha gente curioseando y huyendo al mismo tiempo), y el soñador

se enfrenta al *Malo*, o a *lo malo*, sin ningún temor. Podría decirse que la razón ha vencido a la imaginación, al menos esta vez.

Pero seguimos como estábamos, aunque ahora la pregunta es ligeramente diferente: ¿qué cosa es el Hombre Malo?

Un barco en la calle

Me encuentro en la acera, muy transitada, de una amplia calle en una ciudad desconocida, pero conocida para mí en el sueño, como otras veces. Cerca de mí hay un kiosko de éstos que venden prensa y revistas, y otros más allá y acá, distribuidos de tal forma que no puedo ver la calzada, además de que me lo impide también la gente que circula. En la acera de enfrente hay edificios altos y abigarrados, y allí, no exactamente frente a mí, sino algo a mi derecha, con la proa mirando hacia donde estoy, hay un barco de pasajeros, así lo entiendo en el sueño, que alcanza hasta el quinto piso de los edificios. Ni siquiera se me ocurre pensar qué hace allí, en la calle, sólo estoy admirado de su tamaño, y lo mismo les ocurre a las personas que lo observan. A mi lado hay gente conocida, entre ellos

una mujer que ha vivido muchos años en el Cortijo donde paso tanto tiempo con el amigo-compañero, una señora real, aunque no nos vemos todos los días ni nuestra amistad es profunda. No me explico, ahora despierto, por qué esa buena mujer está en mi sueño. Le señalo el barco, maravillado, para que lo vea. Fíjate, le digo, los del edificio lo tienen a un par de metros si se asoman a los balcones. Lo curioso es que veo todos los detalles del barco, los aparejos, las escotillas, las cuerdas, la chimenea... Estamos mirando aún cuando, de pronto, el barco comienza a moverse y, cada vez con más rapidez, pasa a nuestra altura, imponente y majestuoso y sigue calle abajo. Ahora veo que en la calzada hay agua, pero no como en un canal, el agua es meramente superficial, lo que no impide que el barco siga navegando hasta desaparecer calle abajo. Pero la acción continúa. Ahora estamos pisando el agua de la calle y tengo la sensación, todos la tenemos, de que estamos en peligro. Delante de nosotros, unas luces zigzagueantes, pero superficiales también, surgen del agua. Sé que el peligro está en esas luces. La gente avanza rápido, una mujer con un niño en brazos va detrás de mí, le tapo los ojos al niño para que no se hiera con las luces. Casi corremos saltando sobre ellas para evitar dañarnos y por fin, un poco más allá, estamos fuera de peligro.

El soñador no ha conocido otro barco que aquel al que llevaba las cartas que su padre le dictaba en la vieja Underwood, y en el

que viajó en numerosas ocasiones mientras fue niño y muchacho. La realidad más parecida a este sueño es la imagen que él veía en el puerto: el barco atracado en el embarcadero, pegado al muelle, donde la gente que despedía a los viajeros está tan cerca que puede tocarlo, y ni rastro del mar, oculto por la mole alta e imponente. Pero estamos acostumbrados a que los objetos aparezcan en un contexto determinado: un sofá, en una casa; un tanque, en un cuartel; un avión, en el cielo; un barco, en el mar..., ¿por qué está en la calle de una ciudad, navegando sobre el agua superficial del asfalto? Tal vez el sueño pretenda decirle que en su vida hay algo que no encaja, que no debería estar, pero el sueño se niega a aclarar de qué se trata. En tal caso, el mensaje es ocioso, inútil. Sólo nos queda lo que sigue: el peligro que el barco va dejando tras de sí. De forma que ahora tenemos un elemento desacoplado que origina un peligro. ¿Correcto? Bien, estoy recordando aquel sueño repetitivo que te referí al principio: el mar, el agua embravecida como una amenaza que no llega a realizarse. Nuestro hombre comentó aquellos sueños con estas palabras: *Algo hubo en mi vida que me estuvo amenazando durante mucho tiempo*. Para que encajen ambos sueños, sólo le faltó añadir que aquello que lo amenazaba estaba fuera de lugar en su vida. Tú verás. Confío en tu sagacidad.

Una casa de ricos

Me encuentro en la vivienda de una familia rica. No es que lo sepa por la misma casa en sí, porque tenga una decoración o una construcción suntuosa, que no las tiene, lo sé porque simplemente lo sé. Las habitaciones son amplias y limpias. Lo que en realidad denota la buena posición social de sus ocupantes está en el aire, como algo intangible, y por la presencia de la señora de la casa, una mujer de unos cuarenta años, de buena presencia, cabello corto de color castaño y algo metida en carnes. No viste de forma especial, sólo un vestido de color verde manzana, sencillo pero elegante, y se mueve por la casa con aplomo y eficacia. Hay dos niñas, sus hijas, la una de unos nueve años, la otra apenas tiene dos. Aparecen algo borrosas, pero tienen personalidad. Yo estoy allí para cumplir una misión. Parece que me han contratado para hacer algo, pero no está muy claro. Sé para qué estoy allí, pero en mi cabeza, muy en mi interior, y ese conocimiento no aflora en el sueño. Pero me muevo por la casa con la seguridad de quien sabe lo que debe hacer, aunque lo hago sintiéndome inferior a aquella gente encopetada. A partir de ahí, me encuentro en una situación que ignoro si tiene algo que ver con lo anterior. Los señores han salido y yo me he quedado al cuidado de las niñas. Me vuelvo a lo que parece una cocina para continuar con lo que estaba haciendo, que no sé nada

bien en qué consistía. En este instante, la escena cambió bruscamente: toda la casa brillaba de limpia, y, lo más sorprendente, estaba llena. Llena de sillones, sofás, sillas, alfombras, mesitas con manteles blancos... Y mucha gente. Eran señoras y caballeros distinguidos de la alta sociedad, aunque la escena y la vestimenta sugerían una época pasada, tal vez finales del siglo diecinueve. Ellas y ellos charlaban entre sí en pequeños grupos, bebían en delicadas copas de cristal o comían cosas pequeñas, como pastas o tentempiés. Toda la habitación aparecía abigarrada de gente y de objetos. Por una puerta que daba a otro departamento, vi que también aquél estaba lleno. Detuve la mirada al fondo de esa otra habitación. A ambos lados de una mesita redonda, dos hombres charlaban ante una ventana. El de la derecha era como un fantasma. Quiero decir que su figura aparecía desdibujada, o simplemente fue que no me fijé en él. Pero el de la izquierda se me apareció con todo detalle. Era un caballero como de unos cuarenta y cinco años, con el pelo blanco y una pequeña y bien cuidada barba, que se inclinaba hacia delante como si deseara que el otro le oyera bien mientras movía una mano, al hablar, con ademán delicado, quiero decir de persona educada aunque exenta de afectación. Vestía una chaqueta de color gris claro, que parecía punteada de negro, como sus pantalones oscuros. Si me fijé en aquel sujeto fue por algo muy especial: mi vista, como si hubiese sido una cámara de video, realizó un zoom hasta el fondo, destacando a esa persona entre el resto. Después

de observarlo con tanto detalle pero sólo durante unos segundos, me moví entre los invitados y pasé a otras habitaciones. Una de ellas tenía una pared de fondo acristalada, de forma que se podía ver lo que había al otro lado: ante una mesa vacía, tres mujeres observaban, inclinándose, a los invitados. Una de ellas era mi difunta cuñada, no la de mi hermano-compañero, sino la del hermano rico. Entré y charlamos. No parecían estar muy contentas. Me dio la impresión de que eran criadas en aquella casa.

A continuación se esfumaron las imágenes y desperté.

En realidad, quiero decir, en la realidad, el hombre de los sueños nunca se ha sentido incómodo ante personas de mayor nivel social, quizás retraído, tímido, pero nunca inferior. Tampoco se creyó mejor que los demás, y esto último por un buen motivo: la posición social de su familia era de una medianía un tanto conmovedora, mucho trabajar, mucho luchar por salir adelante, todos, los hijos y los padres, pero sin ocasión para acceder más que a una educación primaria. Su propio padre tuvo que abandonar la escuela a los doce años a la muerte del suyo, el abuelo del soñador, que era propietario de una mina, y el muchachito tuvo que convertirse en el cabeza de familia. Más tarde, la mina se agotó, todas las minas se agotaron por entonces, y la gente tuvo que buscarse la vida como pudo cada cual. El padre montó un pequeño negocio, pero el lugar ya andaba bastante deteriorado, así que, casado y con algunos

hijos, se vio en la necesidad de emigrar. Llegados a la tierra de promisión, que fue la cuna del hombre de los sueños, sus tres hermanas mayores, las primeras nacidas, que ya tenían alguna edad, ayudaron a su vez al padre y a la madre en los diferentes negocios que emprendieron allí: un chiringuito en la playa, la cantina de la que te hablé más arriba, y una panadería. Los otros hijos e hijas se fueron uniendo al trabajo al tiempo que crecían, y así, económicamente, prosperaron poco a poco, no se podían quejar, como suele decirse, en casa no faltaba de nada, aunque la vivienda carecía de ciertas comodidades necesarias. Desdichadamente, el progreso económico no les permitió una instrucción mejor, había llegado demasiado tarde. Las tres hijas mayores y el hermano rico, el cuarto, se enredaron en los pasatiempos amorosos propios de la edad, y en tal situación, añadida la necesidad de seguir trabajando en los negocios de la familia, nadie está en condiciones de seguir estudiando. Sólo la hermana samaritana y nuestro soñador accedieron a una instrucción superior. Ella marchó a la universidad, y luego ingresó en una institución religiosa como profesora, y para él, el magisterio, que, como se dijo en otra ocasión, eligió libremente, contrariando a su padre, por cierto, que hubiera preferido verle farmacéutico. El cariño que sentía por sus padres y hermanos, que no tuvieron su suerte, pues ellos trabajaron duro para sacar la familia adelante y el soñador, al ser el último, lo encontró casi todo hecho, le ha llevado a la conclusión de que las personas no son importantes por su posi-

ción económica o cultural, sino por sí mismas, por su honradez y su forma de enfrentarse a la vida. Así que, cuando ha tenido ocasión de estar cerca de un personaje de cierta relevancia, no le ha impresionado en absoluto, ni le ha mostrado un respeto o una deferencia más allá de la que se debe a todas las personas, ni ha tenido la sensación de encontrarse en inferioridad de condiciones. ¿Por qué siente, en este sueño, todo lo contrario? ¿Arrastra, quizás, en ese mundo interior que todos padecemos, el viejo recuerdo de las penurias, sólo relativas, pero siempre desagradables, de una vida familiar de clase media baja?

Y otra sorpresa: la difunta mujer de su hermano rico, dentro de su sencillez social, destacaba entre todas las hembras de la familia por su cuidadosa forma de vestir, las uñas bien cuidadas y pintadas, las asiduas visitas a la peluquería, y la escasa dedicación a las tareas del hogar, que quedaban en manos de su madre. ¿Por qué aparece en este sueño asumiendo el papel de una criada?

Mi padre

En mi casa vive un matrimonio con un niño pequeño. El marido ha estado fuera. Cuando vuelve, mi padre le exige que pague el alquiler de seis meses que aún debe, pero lo hace con muy malos modos. No lo he presenciado, pero me consta que es así. Mi padre aparece con muy poca definición, como diluido en una especie de neblina, y tiene ya unos sesenta años. No habla conmigo ni con los inquilinos, es más una presencia fantasmal que real, y tampoco aparece ningún decorado, ningún ambiente, ningún lugar concreto. Todo se va desarrollando más como una impresión mía que como una escena. Ignoro si fue porque no podían hacer el pago o por otra razón, el caso es que se tienen que marchar, aunque no está claro que sea mi padre quien se lo exige, y me siento muy preocupado por su marcha. Me pregunto dónde irán, pues no disponen de muchos recursos y no tienen ningún familiar al que acudir. Como consecuencia de su actitud, mi padre ha quedado en muy mal lugar entre los vecinos. No es que los vecinos aparecieran en el sueño mostrando su disgusto, sino que yo sé, del mismo modo que ocurre otras veces, que la actitud de mi padre ha sido recriminada.

Esta ensoñación está relacionada, como en otras ocasiones, con la realidad que nuestro hombre había vivido poco antes. Sus pa-

dres, a los que había dedicado toda su vida, como ya quedó dicho, habían fallecido a una edad bien avanzada, acabaron su ciclo vital, cada uno a su tiempo, como está planificado por la naturaleza, aunque algunos científicos se empeñan ahora en que no es así, que no estamos programados para morir, pero bueno, ellos no lo sabían. Se quedó solo, como un huérfano, sin ninguna responsabilidad, sin nadie que lo necesitara. La casa donde habían vivido hasta entonces no era más que una vivienda alquilada, así que la dejó, compró otra nueva, llena de luz, toda abierta a dos calles, sin nada enfrente que le impidiera la visión del cielo y de la ciudad. Pero por muy agradable que fuese, una casa así resultaba demasiado solitaria. No es bueno que el hombre esté solo, dice el Libro, y aunque se refería concretamente a la necesidad de que Adán tuviese una compañera, también a él le concernía. No estuvo nunca muy convencido de que fundar una familia fuera algo necesario para ser feliz, algo que si mal no recuerdo también creo que quedó dicho en algún párrafo más arriba. Te atas para toda la vida –piensa él-, y tienes que andar como de puntillas para no hacer sufrir a tu compañera, ya sabemos lo difícil que resulta la convivencia y, lo peor de todo, llegan los hijos y con ellos unas responsabilidades para las que no se sentía preparado. Ahora bien, una vez solo en su nueva vivienda, cuando se sentaba a cenar ante el televisor con la bandeja sobre las piernas y la mirada casi perdida en la pantalla, le dio por pensar que esas responsabilidades tan serias no eran peores que la sole-

dad misma de cada día. Uno necesita llegar a casa y saber que alguien hay allí, o que llegará de un momento a otro, alguien con quien, para empezar por el principio, estás unido por una cierta empatía, cualquiera que sea el vínculo que te una a ese alguien, de familia, de amistad o de amor, pero que, en cualquier caso, no te inmoviliza con cadenas sentimentales ni vínculos eternos, que respeta tu intimidad y está allí cuando te encuentras en horas bajas. Espera, por supuesto, reciprocidad, y así la vida se hace soportable.

Cuando ya se han cumplido los sesenta no es tan fácil resolver esta situación, el amor ya no es lo que era, y la familia, como el soñador no la tiene propia, anda ya cada uno por su lado. Fue entonces cuando decidió ver a un amigo, que también vivía solo, tras su separación, en una casa en el campo, no una casa solitaria en medio de un desierto verde y ocre, que eso no lo hubiera soportado durante mucho tiempo, sino en una aldehuela, villorrio o caserío, y tan cerca de un pueblo bien poblado que se podía disfrutar de todas las comodidades imprescindibles, que las hay.

El lugar no resultaba una novedad para el hombre de los sueños. Había tenido una experiencia semejante tiempo atrás, pero tanto tiempo atrás que casi la había olvidado. El padre de nuestro soñador, sintiendo nostalgia de su tierra natal, de la que había emigrado tal y como ya te expliqué antes, compró una finca cerca de donde había nacido, y allí estuvo nuestro hombre de los sueños estudiando el sexto curso de aquel bachillerato interminable. La finca tenía

un huerto de frutales, dos vacas, cinco cabras, tres cerdos y numerosos conejos y gallinas, campos de alfalfa, de trigo y de cebada, higueras y algarrobos. Allí había segado alfalfa para las vacas, había limpiado el habitáculo de las cabras, trillado en la era o regado en el huerto. Se sentó muchas veces bajo la sombra de la acacia, y subía a las higueras a comer higos frescos, todo ello en compañía de la hija del casero, rubia y con dos largas trenzas, de su misma edad, un tanto desgarrada, pero simpática y de buen corazón. El soñador la llamaba *el hada helada*, jugando con esas tres palabras que la retrataban a la perfección. ¿Qué habrá sido de aquella chiquilla?, se pregunta ahora. Si vive todavía, debe ser una anciana, arrugada la cara, entonces tersa y suave, entorpecidas las piernas por la artritis, aquellas piernas que trepaban a la higuera con tanta agilidad, y la sonrisa consumida, y el pelo tal vez ralo..., mejor no hablar de ello.

Aquella experiencia, a los dieciséis años, sólo duró unos meses, y la vida urbana volvió a imponerse sin piedad. Siempre sintió morriña por la naturaleza entre los amasijos de cemento de las ciudades, y allí la tenía, en la cortijada, villorrio o caserío, detrás de la casa de su amigo, delante y a los lados, aunque hubiera otras catorce viviendas más. Bastaba asomarse a una ventana y podías ver los álamos del arroyo cercano, la sierra, agreste y enorme, casi al alcance de la mano, los campos de trigo y de cebada, las máquinas trajinando, la gallina que llamaba a los polluelos, los perros y gatos

de los vecinos que circulaban con toda libertad. Tras dos o tres visitas un tanto rápidas, decidió volver, y se quedó allí unos días, luego, unas semanas, unos meses, y así, poco a poco, se fue acostumbrando al lugar y a la compañía del amigo, con quien, de todas formas, le ataba una larga amistad de casi treinta años. Los dos estaban jubilados, con toda la vida, bueno, no tanta, por delante, el amigo se dedicaba a las tareas del huerto, con el que había soñado toda su vida, al jardín a la entrada, a mejorar la casa, dirigiendo a albañiles, electricistas y fontaneros, o a dar largos paseos entre los olivos en busca de espárragos, siempre andaba ocupado, más tiempo fuera que dentro de la casa, una fórmula como otra cualquiera de sentirse vivo, y el hombre de los sueños se abstraía leyendo, de lo mucho que tenía pendiente, a la sombra de la parra que crecía a la puerta, o a pasear con el amigo-compañero, aunque no por los olivos, que para aquello no estaba ya con ganas.

Fue entonces, casi recién llegado, cuando escribió las páginas que siguen, donde nos muestra cómo, en esos momentos, vivía una situación emocional a la vez íntima y sosegada.

Estoy aquí, sentado bajo la uralita de la cochera abierta al sol de noviembre. Frente a mí, la parra muestra sus hojas desgastadas sobre la puerta de la casa. La delgada y negra chimenea de la calefacción deja escapar una débil nubecilla de humo. El cielo es de un azul tan intenso que las pequeñas nubes no hacen más que resal-

tar. El hijo de una de las vecinas lava su moto más allá con el chorro de una manguera, y el perro casero y pequeñajo, peludo blanquinegro, cariñoso y viejito, se arrellana a mi lado sobre una toalla deslucida. Y la madre del amigo-compañero, con sus ochenta y más años, el pelo todo de un blanco marfileño, mira desde su butaca, a la sombra, la soledad de la calleja, el humo de la chimenea, las ventanas de la casa de enfrente, la perra del vecino que asoma. A falta sólo de morirse, como quien dice, mañana mismo, incapaz de valer-se en tantas cosas, depende de los demás para ir tirando los años que le quedan. Ahora, aquí, con su hijo, mañana, allá, con su hija, la alegría de sus dos nietos mocetones que vienen de vez en vez a verla, un programa de televisión que se le encasquilla, pues confunde a los de dentro con los de fuera, preguntas curiosas acerca de todo el que pasa, que son pocos, pero a los que no llega a conocer nunca.

Sobre la tapia del huerto de otro vecino se levanta una acacia monumental, a medio pelar en estas fechas del otoño y, tras ella, en una lejana cercanía, el monte, y otros montes y colinas, hasta los que llegan las hileras de los olivos, colinas rechonchas de espaldas abultadas y vestidas de un verde pardo oscuro, y las casas blancas de la calle, brillado al sol como joyas de cal, todo deslumbrante bajo esta luz omnívora del mediodía.

Y aquí estoy yo, en un lugar extraño porque es nuevo, viviendo una experiencia extraña porque es nueva, a mis sesenta años, le-

jos, aunque no tanto, de todo lo que ha sido mi vida cotidiana. Y mis ojos, como los de la anciana que tengo a mi lado, vagan de acá para allá bebiéndoselo todo. Sólo que yo disfruto de cada cosa y respiro hondamente este silencio, y ella no. Yo estoy aquí por pura elección libérrima, huyendo de mi propia soledad, es cierto, y, por tanto, un tanto empujado por esa y otras circunstancias, pero libre, incluso para elegir de nuevo, aunque siempre, como está mandado, dejando en cada sitio un trozo de mí mismo.

Ahora escribo y escribo bajo este sol de noviembre y la parra que se pela cada día. De vez en cuando tomo el escobón de palma y recojo las hojas disecadas. Un airecillo despistado las arrastra un momento y desparrama. No importa, no me estorban. También ellas merecen un respeto, si no por lo que son, por lo que han sido. Tampoco siento pena cuando las echo a la basura, irán al basurero y a la tierra, a cumplir su misión de eterno reciclaje, porque en este planeta nada se desperdicia, nada muere del todo. Ni nosotros.

Y ahora se ha puesto el sol. En el cielo, prácticamente en blanco, no hay una sola nube. Sólo dos líneas insignificantes, de ígnea blancura, en direcciones arbitrarias y absurdas: el chorro distantísimo de dos aviones a reacción, que no se ven, con su carga, con su pesada carga de humanidad en las entrañas. Más cerca, mucho más cerca, el sonido apagado de los vehículos que vuelan por la carretera, la autovía. Más gente que transita en todas direcciones.

Aquí mismo, al final de nuestra pequeña calle, un vecino lleva el carrillo de mano con la comida para los animales.

Sin ninguna duda, éste es un lugar apacible, se pueden disfrutar placeres inocentes: pasear, antes del desayuno, por la vereda que bordea los olivos; contemplar el vuelo de un abejorro negrísimo que más ballet parece que otra cosa; preparar el café del mediodía; airear las sábanas calientes de la noche; disponer la comida de la perra... Toda la sencillez del mundo aquí a mi alcance, sin pretender cosas excelsas, sólo vivir, dejando que la vida trasiegue por mis venas.

Sólo que a veces me pregunto, una pregunta inoportuna que eclosiona de pronto en mi conciencia, si yo tengo derecho a esta felicidad tan fácil mientras tanto dolor hay por el mundo. Una pregunta agazapada, lacerante, aguardando a que llegue mi respuesta. ¿Pero me siento en realidad culpable? ¿Es que me duele en serio ese dolor del mundo? ¿No será una pose, un gesto psicológico para justificar mi fuga ante mí mismo? Sea lo que fuere, me gusta recordar estas palabras de aquel viejo anarquista: “¿De dónde me viene esta pasión por la justicia que me atormenta, irrita y apesadumbra? No puedo explicarlo. Sólo sé que es mi dios, mi religión y mi ser, y que si trato de justificarla con argumentaciones filosóficas, fracaso en el empeño”

-o0o-

En estas tierras de olivares, cerca de aquí, tenemos un arroyo, un aprendiz de arroyo, con su alameda y todo. Álamos negros, dicen, salpicados de chopos alargados y algún que otro membrillo despistándose. Cuando el otoño avanza, todos ellos se cambian los colores, poco a poco, hasta acabar vestidos de un ocre amarillento, de un oro deslumbrante, destacando sobre los sienas de las tierras y el verde intenso de los olivos rancios. Es un espectáculo magnífico, parecen llamear apaciblemente en el paisaje, bajo el sol de la mañana clara. Y va pasando el tiempo, y estos árboles únicos van perdiendo las hojas y mostrando sus ramas descarnadas, como viejos cadáveres. Un anticipo del invierno inminente y frío. Pero no hay que apenarse, que la muerte no llega, se trata de un descanso, algo como una suspensión de los sentidos, de la savia que fecunda a estas criaturas. Se envuelven en el frío helado, como si fuera una mortaja, mientras sus almas duermen en esas ramas entumecidas y en las hondas raíces que escarban en la tierra esperando. Lejos está, encendida, esperando también, la primavera, y un día no distante se encontrará con ellos y habrá un despertar de yemas y de brotes y un despliegue de verdes en todas direcciones, y el arroyo se cubrirá de nuevo con la húmeda sombra de los álamos frescos.

Cuántas veces se nos ha comparado este sueño del árbol en otoño con la muerte real, con nuestra muerte. Dicen que luego, después que nos durmamos en la tierra, vendrá la primavera, tam-

bién, para nosotros. No sé. Yo no sé nada. La muerte, en todo caso, como alguien ha dicho, sirve para entender la vida, es un lugar para mirarla en perspectiva. Pero el misterio de la muerte permanece intocado. ¿Quién me demostrará que es una puerta? Los que tienen la fe en la otra vida, ¿lo saben, lo sospechan, lo desean? A veces, en mi vida, he querido morir definitivamente, hundirme en el lugar donde nada te hiera, como un seno materno, calentito y cubierto. Pero la vida vino, sin brotes y sin yemas, y me dijo: ¡adelante!, y me empujó a la fuerza cuesta arriba. Afortunadamente, me imagino.

-oOo-

Subiendo, al salir de la calle, hacia la izquierda, hay una loma con olivos. Desde allí se ve todo este sitio: un bloque compacto de casas, exactamente quince, si no he contado mal, todas apretujadas las unas con las otras, sosteniéndose mutuamente: blancas como la nieve, con su pequeño paisaje de tejados grisáceos a distintas alturas y en todas direcciones. Separadas de este bloque por la única calle, están los corrales y los huertos, donde se alojan las verduras, las gallinas, las palomas y los aperos. Así que sólo tenemos una calle, donde está la cochera y la parra donde escribo siempre que el tiempo es bueno, donde la perra tiene su casa de ladrillo y su cachorro, que ha nacido blanquinegro, como su padre.

La música de fondo es el silencio. Siempre está aquí, como el paisaje, entre las ramas de la acacia y de la parra, descansando en las piedras de la calle, vibrando en el aire resplandeciente de sol, acariciando las cosas, los animales y la gente, siempre invisible, imposible de tocar, inaudible. Es como una criatura, asustadiza y tímida, que huye de todos los ruidos y se esconde. Pero cuando nos vamos a dormir y apagamos las luces y cerramos los ojos y buscamos el sueño, aparece llenando totalmente la habitación en sombras, y las sombras no pueden ocultarlo, porque todos los ruidos del mundo ya se han muerto y sólo queda él, casi tangible ahora. Entonces recuerdo el estruendo de la ciudad, al que odio, y me quedo con este silencio del que disfruto a fondo, un instante, él y yo solos, hasta que me rinde el sueño. Luego, en la madrugada, me despierto un momento y lo encuentro presente, respirando a mi lado, y más allá, en la calle y la noche. Es un silencio perfecto, y total, y absoluto, aunque estoy convencido de que ninguna frase, ni miles de palabras, podrían dar una idea de lo que significa. Los oídos se abren, ávidos y expectantes, para no encontrar nada. Entonces él se cuela por todo tu cerebro y sientes que estás lleno de una paz inhumana, que te has ido muy lejos, colgado en un espacio infinito y oscuro, sin planetas ni estrellas, ni personas, ni cosas, fuera del tiempo, solo. Y entonces te duermes, apacible y sereno, respirando silencio.

Pero no siempre es todo tan hermoso y sencillo. A veces, no siempre, afortunadamente, en estas soledades apacibles te has de

enfrentar a todos los fantasmas que siempre van contigo. Son como aguijonazos que te hieren, o pretenden hacerlo, ocultos bajo disfraces de palabras y ruidos, a veces solamente ruido de palabras, o simples pensamientos que horadan el espacio y vuelan las distancias y vienen desde lejos y llegan y se clavan. Fantasmas que están sólo en mi mente: estridencias, chirridos, ondas de oscuridades pegajosas, bofetadas distantes, sombras que te amenazan de pájaros inmensos, chasquidos, latigazos, sonidos cacofónicos, engendros transparentes sin entidad ninguna, como globos sin aire, arrugados y muertos, que mi aliento estremece y los hincha, los hincha, y se elevan llenándose de vida retorcida y malévola.

Pero entonces el cachorro de Cuqui se me enreda en los pies mordiendo mis zapatos, y la hija de nuestra vecina viene con un plato de rosquillas caseras, y los chopos se mecen, abajo, en el arroyo, y la leña crepita en la estufa, y se escucha la tele y el trajín del amigo-compañero en la cocina preparando la cena.

-oOo-

Este es un lugar de poca gente: dos familias y nosotros, aproximadamente, una docena. Estamos lo bastante distanciados para mantener la necesaria intimidad de cada uno y suficientemente juntos como para vernos cuando lo deseamos y prestarnos ayuda en las cosas cotidianas. Es algo muy sencillo, aunque tal vez, sólo tal

vez, se trate del punto por el que habría de comenzar una vida en común de relaciones más complejas. ¿Mi sociedad anarquista? Supongo que todo el mundo necesita una utopía, un lugar en el que soñar cuando las cosas se ensombrecen, un horizonte al que mirar desde la estupidez de nuestra convivencia, cerrada y falsa, para no asfixiarse. Otros tienen el cielo y a los santos, yo tengo mi utopía. Por supuesto que hay una diferencia: la anarquía no es un estado, una situación definitiva, acabada y perfecta como la otra vida, es todo lo contrario: empezar cada día, equivocarse, rectificar, caminar sin descanso, búsqueda, experimento, ¡vida!.

Los fines de semana llega la gente de la capital y esto se puebla, se duplica. Esos días circulan por aquí niños, adolescentes y adultos, más bien maduros, aunque no mucho. Vienen de la ciudad porque aquí tienen sus casas, rústicas, sencillas, y supongo que buscan aire puro, y silencio, y espacios. De vez en cuando, algún fin de semana, alguien que ha estado cogiendo caracoles muy temprano se los trae a otra vecina, que los aliña y guisa y luego nos invita a todos. Bajo la cochera abrimos un par de mesas que pronto se llenan de ollas, cacerolas, vasos, botellas de vino y gaseosa, pan, platos con tortilla de patatas, alas de pollo asadas y gambas cocidas. Otras veces es alguien que está asando pinchitos en una barbacoa a la puerta de casa, y todos nos vamos añadiendo poco a poco. Reuniones improvisadas en nuestra calleja en las que se charla, se bebe y se come. Y casi nadie se sienta. Una informalidad

que te aligera el alma. Las cosas se amontonan sin orden ni concierto, tenedores, cucharas y cuchillos están desparramados. Tú preguntas por ellos o los buscas. Hay servilletas de papel, trapos usados de cocina, hasta papel higiénico. O te chupas los dedos. Todo el que viene ha traído algo, y todo se comparte. Y todo es muy sencillo, y no hay etiqueta, y el espacio nos sobra, porque el cielo está encima y la acacia está cerca, y la gente se expande, y los perros están con nosotros esperando algún hueso. Luego aparece alguien: cafeteras que humean olor reconfortante, y vasos levantados, y el café que se sirve y se repite. y cuando todo acaba hay manos que se llevan los platos y las ollas, los trapos, los cubiertos. Mientras tú pestañeas, todo desaparece. Mañana alguien dirá: ¿De quién es esta fuente?

-o0o-

He puesto la televisión y he visto una vieja y querida película en blanco y negro que casi había olvidado, y un tropel de recuerdos ha saltado en mi mente, como si de pronto hubiera vuelto atrás, a aquella adolescencia que ahora no parece mía, como si hubiese recobrado la memoria de pronto luego de alguna amnesia interminable. Los actores se movían por obra y gracia de la técnica igual que hablaban y cantaban en esos años que yo pensaba muertos, cuando era un muchacho sentimental y triste, bastante solitario,

enquistado en mis propias emociones, creando nuevos mundos dentro de mí y a solas, tal vez porque la vida no fuera tan hermosa como yo la quería, o la necesitaba. ¿En dónde se ha quedado aquel yo mío que me habitó un momento y luego se murió haciendo mutis de puntillas? ¡El tiempo! A estas alturas, qué descubrimiento: el presente no existe, sólo hay un futuro que se va convirtiendo, inexorablemente, en un pasado muerto a cada hora. Un segundo, tal vez una milésima, marca la diferencia entre ese futuro que se precipita hacia nosotros y el pasado que se hunde en el recuerdo. Como el otro día, cuando iba al pueblo conduciendo el viejo coche del amigo-compañero: la carretera gris aparecía delante preñada de promesas y antes de que pudiera darme cuenta se esfumaba debajo de las ruedas, rauda, vertiginosamente, y se perdía detrás, y se alejaba cada vez más, más lejos. Eso es el tiempo. Y nosotros, en esa frontera efímera muriendo a cada paso, viviendo a cada paso, suspendidos en estas aguas que pasan y no vuelven.

La película sigue. El pasado parece que aparece. Pero todo es mentira, la suprema falacia de la técnica. Los actores sólo son muecas de un rancio celuloide, y todos los recuerdos que volvieron de pronto, fantasmas de fantasmas. Imágenes de la infancia que nunca se disipan del todo, emotivas algunas, felices, satisfechas, y otras grises, incómodas, y otras ladrando, hiriendo. Viven conmigo, tal vez distorsionadas, ¡seguro!, y tengo que llevarlas todo el tiempo. Afortunadamente, la memoria me falla. Apenas recuerdo mi vida en

el pasado. Tal vez mejor dijera que no tengo interés en recordarla, que nada me interesa de cómo fui, qué hice, cómo y dónde he vivido. ¿Tal infeliz he sido? Rotundamente, no. Lo que ocurre es que siempre, a todas horas, estoy mirando al frente, hacia el futuro, abierto a esa avalancha de impensables acontecimientos que vienen hacia mí constantemente. Lo que queda detrás ya no tiene sentido, está muerto. ¿Para qué recordarlo?

La película acaba. Nuestro perro, casero y pequeñajo, peludo blanquinegro, cariñoso y viejito, duerme a mi lado en la silla de anea. El café de la tarde está sobre la mesa, con galletas, rebanadas de pan y mantequilla. En la calle suena la voz chillona del rubio vecino de apenas cuatro años tirando de un caballo de madera. Una vida que empieza.

Perdona que te haya obligado a dar este rodeo, pero de algún modo está relacionado con el sueño, porque el traslado a un lugar tan agradable le obligó a alquilar su piso a gente conocida, las viviendas desocupadas se deterioran lentamente, no se libran de la tendencia al desorden, al caos, esa ley que parece dirigir el universo. Los últimos inquilinos han sido un matrimonio emigrante con una niña, gente de universidad, pero con pocos medios económicos, aunque con él cumplen religiosamente, como suele decirse, no sé por qué. El sueño, pues, está justificado: un matrimonio con hijos y dificultades económicas, es decir, la realidad.

Lo que no le resulta comprensible es el papel de su padre en la historia. Él fue siempre un hombre comprensivo con los menos favorecidos por la fortuna. Recuerda que en la panadería tenía una lista de unas cincuenta personas que le debían dinero de lo poco que se llevaban de allí, que no era más que pan, y a quienes su padre, cuando la cuenta se abultaba demasiado, se limitaba a sugerir, en voz baja, para que nadie se enterase y los deudores no quedaran avergonzados, que hicieran lo posible por rebajar el débito. Aquella delicadeza con los necesitados, pues eso eran en verdad, y más entonces, que estaban pasando las penurias de la posguerra, contrasta con su mal genio en el sueño ante la deuda del matrimonio emigrado. *¿Qué ha ocurrido con mi padre aquí, dentro de mí?*, se pregunta. Reconoce sinceramente que le inspiraba, al mismo tiempo, devoción y respeto, y lo tenía, como quien dice, en un altar, por haber logrado una estupenda expresión oral y escrita a pesar de haber abandonado la escuela a los doce años para ayudar a su propio padre en los asuntos de la mina, como también ha quedado constancia en otro lugar. El hombre de los sueños se deshace en elogios relatando las cualidades poéticas de su progenitor, y aquí es donde se descubre la bondad del emigrado: cuando era joven y cortejaba a su futura esposa, le enviaba encendidas cartas de amor escritas en verso, tal vez demasiado románticos, pero no más que los de su futuro hijo, el hombre de los sueños, cuando pergeñaba poemas a una chica que ni siquiera conocía. Examinado desde esta

perspectiva, el padre del hombre de los sueños no podía haber sido nunca el personaje que apareció en esta ensoñación tan peculiar.

Lo único que podría explicarlo carece de importancia, pero tal vez por ahí vayan las cosas. Te explico. Como ya te he contado, el padre del soñador llevó una vida difícil desde su adolescencia, y tuvo que trabajar duro, más si cabe, cuando fundó una familia que, además, le resultó numerosa. Es posible que estas circunstancias no le dejaran tiempo para intimar con sus hijos e hijas, siempre ocupado en que todo marchara bien, la familia y los negocios, lo que el soñador pudo interpretar como un distanciamiento que le provocaba un vacío psicológico. Los hijos que pierden a su padre siendo niños también lo experimentan, pero nuestro amigo soñador lo tenía cerca a todas horas, así que una situación tan paradójica pudo quedar impresa en su memoria, siendo un niño o un adolescente, e influir en la aparición de esa imagen negativa de su padre que aparece en el sueño. El cerebro lo guarda todo, y cualquier día lo saca a la luz cuando menos lo esperamos.

El Protector

En este sueño no hubo ningún cambio de decorado ni se desarrolló ninguna historia, sólo una habitación con el aspecto de una oficina, aunque algo especial: era un despacho para dos personas. La primera persona, y la principal, era un señor desconocido. Quiero decir desconocido para mí en la realidad, porque en el sueño sí lo conocía. La otra persona, el ayudante, era yo, pero no a esta edad tan avanzada de ahora, sino trasladado de nuevo, y como sólo saben hacerlo los ensueños, a la juventud.

Él era un hombre de unos cuarenta años, vestido con traje y corbata, corpulento, poco pelo en la cabeza y semblante serio, pero no adusto. Lo veía de pie detrás de su mesa con algún papel en la mano en el que tenía fija la mirada. Yo estaba frente a él, también de pie, en otra mesa colmada de carpetas y papeles. El hombre podría haber sido un abogado, un empresario, o el director de alguna fundación. Nunca me miró. Simplemente me daba órdenes, cosas que debía hacer respecto al negocio o lo que fuese que, al parecer, dirigía. En esos momentos, me hablaba sin mirarme, en un tono natural, sin que pareciese una orden. Aparte de esto, no ocurrió nada.

Nada, excepto mis emociones. Entre aquel individuo y yo, como un hilo invisible, se había instalado una corriente de empatía, o mejor: estaba allí desde el principio, aunque en ningún momento se

exteriorizó ese sentimiento, ni por mi parte ni por la suya. Pero se trataba de algo más: yo lo veía como a un padre, o tal vez como a un hermano mayor, y sentía que me consideraba alguien muy importante. Era mi protector. Vi con claridad su mente: no hubiera consentido que me ocurriera nada desagradable. Yo era su protegido. Mis sentimientos eran de paz sabiendo que él estaba allí. Resultará sorprendente, para alguien que lea esto, el hecho de que aquel hombre me tuviera en tanta consideración y que, al mismo tiempo, no mostrara sus sentimientos en ningún instante. Pero en el sueño, aquel aparente distanciamiento, aquella sutil barrera que había levantado entre los dos, porque la había levantado él, no yo, no tenía la menor importancia. En realidad, no necesitaba que me mirara al hablarme, ni que me hablara con familiaridad al ordenarme algo, ni que me sonriera o me saludara al entrar. Mis emociones eran tan agradables que me bastaban con holgura.

Aparte el hecho, comprobado en otras ocasiones, de que estas emociones nunca las ha experimentado en la vida real, lo cierto es que jamás ha sentido la necesidad de que lo protegiesen, excepto en su infancia, como nos ocurre a todo el mundo. Y bien necesitado que estuvo entonces, como se deduce de esta anécdota que me cuenta con ese humor que proporciona la distancia temporal: En cierta ocasión, debía rondar los ocho o nueve años, volvía a casa después de andar fuera con unos amigos, y se encontró con una

situación inesperada y bien desagradable: nadie respondía a sus llamadas. Bajó las escaleras del portal y salió a la calle. Se sentía abandonado, y no sólo por su familia, sino del mundo todo, como si estuviera en una ciudad vacía. Vivir, siendo tan joven, esa experiencia de soledad total debe ser terrible. Afortunadamente duró muy poco, recordó que deberían estar todos en casa de una de las hermanas, casada poco tiempo atrás y que vivía dos calles más abajo, allí se fue, y allí estaban, efectivamente, y nuestro muchacho recobró la respiración, que parecía haber quedado en suspenso en aquellos minutos angustiosos. Siempre se sintió protegido por su familia, pero nunca había reflexionado sobre ello, sólo se dio cuenta de lo importante que era cuando creyó que le iban a faltar para siempre. Con el tiempo, creciendo y madurando, aquella necesidad de protección, aunque no fuese consciente, iba desapareciendo, poco a poco, lentamente, por supuesto, y en llegando a cierta edad, incluso le molestaba saber que alguien, como sus padres, por ejemplo, permaneciesen preocupados por él en alguna ocasión en que anduvo fuera de casa más tiempo del que tenía por costumbre. Llegó a estar convencido, como lo está ahora, de que se bastaba a sí mismo, no como quien no necesita de nadie, que eso sería soberbia y endiosamiento, sino al modo en que uno ya no precisa que haya personas pendientes de su vida, de su salud o de su trabajo.

Sin embargo, en este sueño, es patente su satisfacción al sentirse adoptado por aquel individuo. Y no es que apareciera como ne-

cesitado de protección, ni llegó a aquel lugar buscando refugio, en realidad sólo conocía a aquel individuo porque sabía que era quien dirigía el despacho. No había llegado allí buscándole, no le conocía de antes, pero sí parecía que llevaba algún tiempo trabajando con él. Empezó el sueño y al mismo tiempo aquella extraña relación. Pero esa corriente de empatía no era un elemento nuevo, sino que estaba allí de antes, aunque no sabe desde cuándo, tal vez desde que empezó a trabajar.

Supongo que podría haber aquí una referencia a la imagen paterna, y a la confianza que sin duda debió tener en su padre cuando la primera infancia. Él fue una figura protectora, evidentemente, pero casi siempre lejana: no recuerda que lo tomase en brazos, lo abrazara o le diera un beso nunca, pero tampoco echó de menos estos arrumacos, así que se libró de sufrir por su carencia. Pero en la relación con su padre faltaba este vínculo casi físico que lo unía al Protector. Por otra parte, siempre estuvo, de pequeño, más unido a su madre, como también te he dicho, de forma que, llegados aquí, las cosas no están nada claras.

Pero se me ocurre otra alternativa: el Protector puede representar a la divinidad, ese Dios al que llamamos padre, y del que siempre se ha dicho que nos ama y nos cuida con su providencia, y en este sentido, otras circunstancias concuerdan: la distancia, casi insalvable, que se establece entre los dos protagonistas, esa barrera levantada entre los dos, y levantada por el Protector precisamente, la

falta de diálogo, las órdenes que recibe, el hecho, en fin, de que a nuestro hombre no le importe lo mas mínimo ese distanciamiento, como le sucede al creyente piadoso.

Sin embargo, y puesto que resulta evidente la existencia de una atracción entre ambos, más clara en el protegido que en el protector, ¿no podría ser este sueño una indicación soterrada de cierta homosexualidad? No lo sabemos, pero es cierto, como él mismo dice, que sólo está presente, sin lugar a dudas, el vínculo emocional, sin relación alguna con el sexo. Como no me concierne en absoluto su vida sexual, no he querido indagar en este asunto. Él habla de sus recuerdos en relación con sus ensueños, y yo me limito a dejarle hablar con toda libertad.

Piruetas en el aire

Me encuentro en una habitación de grandes dimensiones, toda ella, techo, suelo y paredes, pintada de blanco. Está llena de gente, como una de esas reuniones que se forman cuando se inaugura una exposición o se asiste a un concierto. Por lo visto, debo conocer a algunas de las personas allí reunidas, pues estuve hablando con ellas. Sin transición, como si mi conversación versara sobre lo que iba a hacer a continuación, lo que no es cierto, pues no recuerdo nada de esa conversación, levito suavemente hasta situarme cerca del techo. Es allí donde me dedico a hacer piruetas de todo tipo: de espaldas al techo, me apoyo en él con los brazos abiertos y las piernas separadas, luego doy volteretas girando como una rueda, con la cabeza entre las rodillas, o sobre mí mismo, como una peonza, a una velocidad exagerada, y al cabo desciendo lentamente, de pie, y cantando algo que parece un aria de ópera, y no sólo me lo parece ahora que escribo, sino que en el sueño estoy convencido de que es eso lo que canto. Cerca ya del suelo, una señora comienza a cantar conmigo, respondiéndome, no la veo claramente, pero la oigo muy bien, y es evidente que formamos un dúo. No cantábamos en un idioma conocido, como tampoco sucedía en el sueño de la barca en el Pacífico.

El soñador y yo coincidimos en que se trata de una repetición de otros sueños, los de volar y cantar, dos actividades con las que se encuentra muy a gusto, cosa que a estas alturas ya es algo bien sabido. Me dice que lo primero, lo de vencer la fuerza gravitatoria que nos mantiene sin remedio pegados al suelo, es algo por lo que se sintió atraído desde que era un niño, sueños infantiles que se fueron guardando, uno tras otro, en el cajón oscuro de la memoria y que ahora le recuerdan sus sueños. Pero lo que resulta sorprendente es el hecho de que este hombre, según me confiesa, tiene verdadero horror a las alturas. Le basta imaginar que se encuentra al borde de un precipicio para sentir un terror incontrolable, y si tal cosa le ocurre con sólo imaginarlo, podemos suponer fácilmente qué le sucedería cuando se asomara a la terraza de uno de esos enormes edificios llamados rascacielos, que casi rozan las nubes y desde allí despiertan el vértigo del más temerario.

Está claro en este sueño que puede hacer las cabriolas más extrañas en el aire. Se trata de un dominio total de la ingravidez que no puede compararse más que con los efectos especiales de las películas modernas de acción, pero que no tienen su origen en ellas, porque nunca vio volar a ningún actor tal y como él lo hace en este sueño y en otros. Domina sus propios movimientos con una perfección total, su cuerpo responde a sus deseos como si deseos y cuerpo fuesen una sola cosa, que en realidad lo son, como bien sabes. Pero como otras veces, cuando hablaba de esas emociones

oníricas que tanto le asaltan, ahora insiste en que hay una notable diferencia entre *verse a sí mismo* girando en el aire como una peonza, por ejemplo, o como una rueda con la cabeza pegada a las rodillas, y el gozo que le produce hacerlo. Él no está volando entonces, solo está soñando, ¿cómo puede sentir esa alegría, esa emoción tan real? Le recuerdo que nuestro cerebro guarda celosamente, todavía, innumerables incógnitas que los científicos se esfuerzan por aclarar, y que esta afirmación vale, de un modo especial, para las ensoñaciones, de las que tan poca cosa sabemos a estas alturas. Sin embargo, le aclaro pacientemente, lo poco que sabemos es tan interesante que nos deja perplejos. Tendremos tiempo de comprobar la fabulosa capacidad creadora de nuestro cerebro cuando contemos la fantasmagórica experiencia que tuvo en la panadería. Ten un poco de paciencia.

Respecto a ese aprendizaje en la forma de volar, que en este ensueño llega a la perfección, que es indudable, si el soñador no nos está mintiendo, que no lo creo, debe tener algún significado. Como el hecho de volar puede interpretarse también como una liberación, deberíamos pensar en una liberación progresiva, que bien podría estar relacionada con su alejamiento de la religión, con la pérdida del sentido de culpa, o con cualquier otra circunstancia molesta de su vida, ese algo perturbador que también se insinuaba en el sueño titulado EL HOMBRE MALO.

La playa

Había una playa ancha, extensa hasta perderse de vista, con pequeñas dunas de arena casi blanca, sin edificios y sin mar. El mar apareció después. Creo que estuve volando a ras del suelo durante un rato viendo a algunas personas que tomaban el sol, pero aquí no pretendía llamar la atención, simplemente estaba disfrutando del aquel hermoso día y de la reconfortante visión de aquella playa.

En cierto modo, aquel lugar paradisíaco se parecía a la playa de que disfrutaban en su patria chica, de arena fina y casi blanca, más blanca si cabe que la del sueño. Eran varios kilómetros de dunas que unos pinos rastreros, colocados estratégicamente, detenían en su avance. Cuando era joven, y podía, tomaba la bicicleta y pedaleaba hasta esa playa, un dedo gigante de arena entre dos mares. Le gustaba hacerlo en los días laborables, pues era entonces cuando aparecía desierta en toda su extensión y podía bañarse desnudo sin que nadie se escandalizase de su atrevimiento, aquellos tiempos no eran como estos, ahora se ven por todas partes grupos de nudistas exhibiendo sin prejuicios sus carnes al sol. Aquellos días fueron hermosos, y tanto disfrutó que le dedicó un poema a la playa, un poema bastante cursi, como casi todo lo que uno escribe cuando es joven, y a veces también de mayor, y que terminaba así:

Por tu llanura sin límite,
cabalga que te cabalga,
los corceles de mi dicha
se han bebido las distancias,
y después, como en un rito,
silenciosa, embelesada,
para bañarse en tu orilla
se ha desnudado mi alma.

Es posible que estas imágenes hayan permanecido celosamente guardadas durante cincuenta años para despertarlas ahora, no en la memoria, donde lo guarda todo o casi todo, sino en un sueño en el que hace lo único que le falta para ser totalmente feliz en aquella playa, es decir, volar. *Pero mi cerebro soy yo*, me dice muy convencido, *soy yo mismo quien pretende compensar como puede las inclemencias con que nos regala esta vida*. Esta frase retrata una actitud bastante normal en todo ser humano que se siente impotente para cambiar su entorno, pero que en ocasiones puede resultar peligrosa. El soñador no sabe, o no quiere saber, que, a veces, esa forma de pensar es una huida, un rechazo de la realidad, y la realidad es algo que se impone con una insolencia descarada, de modo que toda escapatoria es imposible, un sueño sin sustancia que no puede tener otro final que esconderse en otros sueños, los suyos.

Ya te dije casi al principio de este informe, que este hombre había sido, en su juventud, un recalcitrante burlador de la realidad, y por lo que estamos viendo, no ha cambiado mucho.

El hombre de los sueños abandonó definitivamente su patria chica algún tiempo después, de modo que nunca volvió a esa playa. Y *nunca* es demasiado tiempo.

La Misa

En el Seminario se va a celebrar una misa solemne, una de esas a las que acude el obispo y concelebra con los sacerdotes del centro, una misa cantada por los seminaristas bajo la batuta del sochantre, que, por cierto, no lleva batuta. La antigua capilla se ha convertido en una gran bóveda recargada con enormes cortinas rojas, filas de apretados bancos y reclinatorios y un altar solemne y barroco. La veo en una de mis idas y venidas por todo el recinto, pues no hago otra cosa que recorrer los pasillos y escaleras, tropezarme con compañeros y sacerdotes que también van y vienen, ir de un lado a otro con una sensación de zozobra, de inquietud interior, de profunda preocupación. Es lo de siempre: temo que comien-

ce la ceremonia, que todos me vean allí y que, llegado el momento de la comunión, no pueda, o no deba, acercarme al altar, y los asistentes se den cuenta de mi ausencia, y piensen, mirándose unos a otros: no ha ido a comulgar, debe estar en pecado. Esto es lo que me preocupa en el sueño, el qué dirán, y por eso estoy tratando de ocultarme en algún sitio, pero no hay lugar alguno donde pueda hacerlo. Lo intento tras una de las cortinas, moviéndome de sitio, saliendo y entrando, todo para despistar a los que pasan junto a mí, sin atreverme a ocupar uno de los asientos, con aquella sensación de 'trágame, tierra' que siempre tengo en estos casos. Es una de las angustias que me dejó mi educación religiosa. Si me hubieran educado en el hinduismo, por ejemplo, una creencia que desde hace varios miles de años integró el sexo en lo religioso, no hubiera sufrido aquellas desazones.

No recuerdo cómo acabó este sueño, pero tengo la sensación de que al fin logré esconderme o escapar.

¿Qué ocurrió allí, en el Seminario, para que esos años se instalaran con tanta fuerza en el subconsciente del hombre de los sueños hasta ahora, casi cuarenta años después? Debieron ser tiempos cruciales, de esos en que se toman resoluciones serias y definitivas, para toda la vida, o al menos eso creía él, como todos sus compañeros, un tiempo en el que se ha mirado la aguja imantada, se ha visto el norte y se ha pensado: allá vamos. Pero un tiempo en el que

las ilusiones de futuro tienen que contar con los inconvenientes de la navegación diaria, especialmente con la prosa de cada hora y de cada minuto, y con los capotazos de las olas y los vendavales que te sacuden inevitablemente, y hay que tener las ideas muy claras, y ser muy fuerte para no volver a puerto.

Pero nuestro muchacho llegó allí cargado de intenciones más románticas que religiosas, según él mismo piensa ahora. Podría ser cierto, pues ya en sus diarios juveniles había dejado constancia de su emotividad en este sentido:

Ya oscurecido estuve en la iglesia haciendo la visita. Es el lugar donde me encuentro más a gusto. La quietud de la atmósfera, las sombras que proyectan las luces, escasas a la hora de cerrar el templo, el sonido celestial del órgano y el recogimiento natural de las personas que entran, me hacen sentirme en la antesala del Cielo. Es aquí donde puedo desahogar mis penas, contar a Dios todas mis cosas y pedirle su ayuda con fe. ¿Qué sería de mí si no tuviera estos momentos de expansión espiritual!...

O bien:

Cuando recibí el Pan de ángeles y me arrodillé a contemplarme, solo y en la penumbra, una extraña sensación de felicidad me hizo estremecerme. Nunca me había sentido tan cerca de Dios, y nunca había sido tan maravillosa la comunión. Estaba como exaltado por el éxtasis y me parecía que nada en el mundo era ya digno de consideración...

Y en otra ocasión:

Llegué a la iglesia cuando estaba terminando la ceremonia de la tarde. Escogí un lugar poco concurrido y abrí el Kempis. Hacía ya tiempo que no leía este libro maravilloso y me produjo una gran alegría tenerlo de nuevo entre las manos. El primer capítulo del libro segundo trata de 'la conversación interior', y es un magnífico discurso para persuadirnos de que el hombre recogido, que no hace caso de las cosas externas, puede gozar siempre de las conversaciones celestes, y que en cualquier momento puede volver los ojos a Dios y elevarse hasta Él. El altar mayor parecía el de un cuento maravilloso. Una lámpara oculta tras una columna le daba luz de lado. Todo era de un color suave, como la obra de unos pinceles celestiales. En el ábside, la figura del Corazón de Jesús miraba el crucero y la nave central del templo como queriendo fundir en sus llagas las almas de los que en aquel silencio oraban...

Después de esta incursión en la emotividad religiosa de nuestro comunicante, de la que no habrá quedado ninguna duda, o al menos eso espero, no debiera sorprendernos que dejara plasmados esos sentimientos en forma de poemas al estilo de los místicos, y a pesar de que algunos de ellos, me refiero a los místicos, no a los poemas, sonreirían condescendientes si llegaran a leerlos, te transcribo un ejemplo para que te des una idea:

Me llamas, Tú me llamas,
¿y cómo no acudir a tu reclamo
si de sincero amor cuando te llamo
mi corazón inflamas?
¿Cómo no unir mi amor con ese tuyo
en íntima alegría
cuando este mundo terrenal rehúyo
y sólo pienso en Ti de noche y día?

Pero esa piedad, más imaginaria que real, andaba, además, enfrentada a este mundo: urde una insólita estratagema para evitar ir con su madre al cine porque la película aparece calificada como 'rechazable' en la parroquia; está convencido de que su enamoramiento súbito de aquella chica rubia que acabó demostrándose imposible, era cosa de la Providencia, o bien que el hecho de no encontrarla se debía a un castigo divino por no haber hecho progresos en su conducta diaria. Si uno se sumerge en esa fe ciega, que más que fe es puro sentimentalismo, acaba valorando negativamente todo cuanto hay fuera de ella. Y esto puede conducir a un aislamiento casi total de la sociedad. Es lo que le ocurrió a nuestro muchacho. No sé si habrás leído el texto en el que cuenta sus dudas acerca de la oportunidad de asistir a un baile. Las resuelve cuando entra en el templo y ve al Santísimo expuesto:

No hice más que mirarle y se borraron mis dudas repentinamente, como un viento huracanado limpia el cielo de nubes. Ya sabía lo que había de hacer. Y levantando otra vez los ojos a Dios, exclamé: ¡Señor, has triunfado!

Pero a continuación, confiesa abiertamente:

Me da miedo sentirme en un lugar que no es mío, miedo de querer vivir en un mundo que no se hizo para mí; miedo de salir derrotado, de no saber hacer lo que todos, de sentirme diferente de todos los muchachos de nuestro tiempo. Miedo, sí, miedo de ser un hombre que quiere vivir en un lodazal y rezar allí, de sentirme extraño ante las muchachas, ante mis amigos.

En varias ocasiones anteriores habla de sus interminables y solitarias tardes de domingo, y se interroga a sí mismo acerca del por qué, pero no alcanza a dar en la diana:

Hoy he ido al puerto. Fui esquivando a la gente que se ponía en cola para entrar en los cines, los que paseaban por la Avenida, los que venían del puerto en interminable hormigear. Creía que cada persona, al verme, exclamaría: ¿Qué carácter tendrá ése que va tan solo, sin amigos? Por ello no quería que nadie me viese. Yo mismo me pregunto: ¿verdaderamente es justo que casi no tenga amigos?

Y cuando pretende justificar su soledad, se hunde en el fundamentalismo más brutal: *He intentado conciliar los dos mundos, el de*

Dios y el de los hombres, pero veo que esta misión es casi una quimera. En las circunstancias morales en que vivimos no hay más que un camino: Dios. Todo lo demás es descarriarse, torcer el rumbo, perderse sabiéndolo, porque el mundo mira hacia la región de las sombras, porque la sociedad está resquebrajada, y hay que huir de ella antes de que se derrumbe. Si la sociedad es inmundada, no me pesa dejarla. Si la sociedad me demostrara que no necesitamos a Dios, yo destruiría la civilización y hundiría el progreso.

Estas últimas frases son contundentes, y se ven reforzadas por aquellas palabras un día del Corpus: *¡Humillaos ahora los que blasfemasteis contra Él! ¡Hundid la cabeza en el polvo de la calle, vosotros los orgullosos!* A través de estos textos, nos encontramos con un muchacho cuya fe le ha llevado hasta el cielo, pero no lo ha bajado de él, le ha intentado salvaguardar del mundo, pero lo ha encerrado en sí mismo, le ha mostrado las ventajas de amar a Dios, pero le ha negado la compasión. Una fe así no puede ser verdadera, evidentemente. Su lectura de la Biblia, especialmente del Antiguo Testamento, como te he comentado, la hizo trizas.

Aquellos sentimientos, apasionados, románticos y radicales, despertaron en él la necesidad de dedicarse, de todo corazón, a la salvación de las almas, pues la mayoría de la gente, fuera o no conocida, andaba por la vida alejada de Dios, como el hijo pródigo anda-

ba en lo suyo alejado de su padre, y había que seguir el ejemplo de los santos, que se enfrascaron con todas sus fuerzas en llevar hasta el Señor las ovejas descarriadas. Descarriadas por esos caminos estúpidos de lo mundano: la ambición, la soberbia, la envidia, el poder, el dinero, el sexo. ¡Ah, el sexo! Todo lo demás no era un lastre para el hombre de los sueños, no era ambicioso, ni le interesaba el poder o el dinero, ni ninguno de los otros seis pecados capitales, pero el sexo sí que fue una carga con la que ingresó en el Seminario y de la que no pudo desprenderse durante todo el tiempo que estuvo allí, donde se limitaba a soportar su peso como podía en una lucha personal y solitaria, o siguiendo las peregrinas indicaciones del director espiritual: *cuando tengas una erección involuntaria, aprieta el pene contra el vientre, así conseguirás que vuelva a su postura normal*. Nuestro hombre supone que sus compañeros tenían idénticos problemas, pero allí no se hablaba de tales cosas, en cuestiones de sexto y noveno mandamientos, todos pasaban como de puntillas.

No resulta nada insólito que con semejante carga, e impedido de poner en práctica algún exorcismo, como una conversación entre amigos, que la hiciera más llevadera, aquellos seis años se le convirtieran en una eternidad y acabara terriblemente cansado de aquella lucha en la que jamás podría salir victorioso definitivamente. Tal vez ésta sea también la razón que explique el sueño titulado EL EXTRAÑO SEMINARIO-CASTILLO, en el que, como verás, aparece un

Seminario del que quiere escapar pero no puede. Me ha contado el desasosiego en que vivió el último curso, cuando ya había decidido marcharse pero no se atrevía a decírselo a nadie, ni compañeros, ni profesores, ni familiares. Se sentía culpable por no haber tenido el coraje suficiente para continuar hasta el final y alcanzar el sacerdocio.

Para mí, sin embargo, lo del sexo era una parte del problema, tal vez la más decisiva, pero no la única. A pesar de su romanticismo religioso, en el fondo de su corazón necesitaba una prueba de la existencia de Dios, una prueba en la que su fe quedara anclada firmemente. Es posible que estuviera pensando en esto cuando escribió, en el Seminario, los siguientes párrafos. Fue después de una larga meditación dirigida, y el director espiritual había platicado acerca de la brutal muerte de Jesús, insistiendo en el hecho de que nuestros pecados de ahora le hicieron sufrir entonces tan atroces tormentos:

Estas meditaciones sobre tu Pasión, Señor, ¿por qué no me impresionan? No comprendo qué tienen que ver mis pecados con tus sufrimientos. ¿Hasta qué punto cada pecado mío te ha hecho sufrir? ¿Por qué ibas a estar pensando en mí en medio de tus sufrimientos? ¿Cómo te consoló entonces mi amor de ahora, si algún momento te he amado? Concédeme la gracia de ver qué verdad hay

en todo eso, y dónde acaba la verdad y comienzan las consideraciones puramente piadosas.

Me atrevo a pensar que esta necesidad, nunca satisfecha, de anclarse firmemente en la divinidad, influyó decisivamente en su abandono del Seminario. Pero hubo más, por supuesto, nadie toma una decisión tan importante por una sola razón, como quien bebe un vaso de agua simplemente porque tiene sed y no necesita de más explicaciones. A mi entender, el apunte que encontré en una pequeña libreta que utilizó en el Seminario nos orienta hacia una nueva razón:

Cosas que me chocan: ostentación innecesaria, falta de sencillez, exceso de jerarquización (separación), estudiar cosas que no convencen, diferencia entre el Evangelio y la vida exterior de la Iglesia...,

La nota, como puede verse por esa coma final, está inacabada, lo que sugiere que pensaba incluir otras consideraciones. El seminarista comenzaba a utilizar su espíritu crítico, y a partir de aquí, las preguntas se acumularían, un proceso que cuando comienza no tiene vuelta atrás. Y es largo y lento. Nuestro hombre no se desprendió de su fe de una forma consciente, como quien se quita el sombrero al llegar a casa y decide arrojarlo por la ventana, sería una suposición absurda. No. Resulta imposible cuando se han asu-

mido las creencias desde niño y se han reforzado con el ingreso, bien deliberado, en un Seminario para dedicarse a Dios toda su vida. No debió ser nada fácil renunciar a todo aquello.

Unos diez años después de quitarse la sotana de seminarista, su mente andaba todavía sumergida en el dolor que le produjo aquella pérdida, porque barruntaba que se le había arrancado de sus carnes algo más: todos aquellos años desde su infancia. Y siempre que se pierde algo, especialmente un algo que fue parte crucial de la propia vida, se produce un desgarramiento casi físico, el alma se desmorona en trozos que se buscan sin encontrarse, como si fuese un puzzle distorsionado cuyas piezas no hay forma de encajar, la brújula mental se estremece sin encontrar el norte y las cosas pierden su sentido. No hay más que leer lo que escribió algún tiempo después de su salida:

Tengo que decidirme. El tiempo da aletazos terribles y me sacude con espasmos de agonía. He vuelto la cara atrás, a mi vida, y he visto un informe montón de días, horas, años, semanas, minutos, meses. Todos se retorcián, unos sobre otros, como gusanos oliendo la muerte. Todos tenían mi cara. Luego he mirado al frente, horrorizado. He mirado a mi otra vida, al futuro, la que me espera, y allí estaban de nuevo, fríos, esqueléticos, húmedos y resbaladizos, en informe rímero, sin razón, sin orden, sin belleza, mis días, mis años,

mis horas, mis semanas, las mañanas anónimas, las tardes aburridas, los domingos interminables, las noches solitarias.

Pero estaba equivocado, afortunadamente para él.

Ahora bien, al salir del Seminario, pasados ya los treinta y seis, intentó que su vida religiosa continuara al mismo ritmo que llevaba desde los diez años, pero ahora todo había cambiado. *Me aburrían los inacabables sermones en la misa de los domingos, siempre oyendo las mismas cosas que ya sabía de memoria desde tanto tiempo atrás.* Le impacientaba tener que confesar sus pecados casi todos los días para poder acercarse a los sacramentos, así que, casi sin darse cuenta, recurrió a la solución más fácil, no frecuentarlos, lo que supondría, a través de los años, un abandono total de sus deberes religiosos. Este cambio de rumbo en su vida fue un duro golpe para la hermana samaritana, pobrecilla, que como persona religiosa, había soñado con verle al pie del altar, puente entre lo humano y lo divino, un gozo inefable para todo creyente que se precie.

Pero a veces se veía en la obligación de asistir a una misa de difuntos a la que también iba ella, y cuando llegaba el momento de la comunión experimentaba un incontenible deseo de desaparecer para que nadie lo viese quedarse en su sitio mientras todos acudían a tomar el pan del cielo. Y esto, exactamente esto, es lo que sucedió en este sueño.

El espíritu

Camino por un paseo marítimo desconocido para mí. En un momento determinado veo un autocar parado en la playa cerca del agua. Hay algunas personas dentro y otras, fuera. Algo sucede, pero no estoy seguro de qué se trata, el autocar parece que tiene algo que ver. De pronto tengo una sensación extraña: un algo indefinible, pero con personalidad, como si fuese un ser inteligente, lo está llenando todo. Quiero decir el ambiente, incluido el autobús, la gente, la playa. Tal vez procede del autocar, pero no podría afirmarlo rotundamente. Lo que siento es una presencia que no tiene forma. Es como si un ser invisible, amplio, profundo, y sobre todo poderoso, estuviera tomando posesión de la gente, del paseo marítimo, de las calles.

Estoy un poco atemorizado, deseo alejarme de aquel lugar, tuerzo a la izquierda y comienzo a subir una calle. Recuerdo que cerca de mí hay alguien conocido o familiar, pero ya no sé de quién se trataba. En ese preciso instante siento que aquel ser se ha fijado en mí, que está pensando en mí, y que, además, desea poseerme, no me pregunten cómo llegué a sentirlo, hay cosas que no se pueden explicar porque no disponemos de las palabras adecuadas. Sigo andando ligero, cada vez más ligero, pero él me atrapa. Exactamente fue eso, atraparme. Sentí en el cuello, detrás, bajo la nuca, como

un leve roce, y supe con toda certeza que estaba en sus manos. En aquel instante, sin transición alguna, me encuentro en una habitación donde hay una cama alta y ancha vestida con algo de color blanco, y a su lado, un ventanal que llega hasta el suelo. El misterioso ser está allí. No sé cómo, pero siento que me ha llevado allí para hacerme su prisionero o algo parecido, que no está nada claro. Intento escapar a su poder, pero no de una forma física, que sería inútil y ridículo, sino resistiéndome mentalmente. Imposible. Entonces hago ademán de huir por el ventanal, pero él no me deja, aunque no me toca ni le veo. Le grito que se vaya, pero tampoco da resultado. Es en ese momento cuando recuerdo que los espíritus malignos huyen ante el nombre de Jesús, y comienzo a gritar ese nombre. El espíritu se resiste. Yo grito aún más fuerte: ¡Jesús es amor!, y lo repito una y otra vez, a cada momento más seguro de que desaparecerá. Creo que entonces se abrió la ventana.

Desperté asustado. El corazón me latía con fuerza.

El hombre de los sueños recuerda una experiencia lejana que tiene un cierto parecido con esta ensoñación perturbadora. Vivía en aquella casa de su ciudad natal que hemos descrito antes, la vivienda, arriba, comunicada con la panadería, abajo, por una escalera de madera construida en el patio. Su padre lo mandó bajar para que apagase una luz que se había quedado encendida, siempre anduvo preocupado por esto de las luces, y el muchacho, que tal

era entonces, se vio obligado a hacerlo a pesar de que no le gustaba la oscuridad del obrador. La lámpara encendida quedaba lejos de la salida hacia la escalera, así que, una vez apagada, quedó a solas en aquellas tinieblas. Una leve luminosidad, que venía de aquella salida, le indicaba el camino. Comenzó a andar procurando no tropezarse con nada, pero más preocupado aún por la oscuridad que dejaba detrás. Conforme avanzaba, aquella oscuridad se iba convirtiendo en una mano enorme que lo seguía. La pesadilla se hizo insoportable cuando comenzó a sentir que la horrible mano le andaba tan cerca que casi le rozaba la nuca y la espalda, así que, llegado a la escalera, subió los escalones de tres en tres en una huida desbocada. Se encontró arriba con el corazón enloquecido y sin apenas poder respirar. La ominosa mano se había quedado abajo, a la espera de que, otro día, volviese el indefenso muchacho. Nuestro soñador, sin embargo, era ya, a esa edad, un verdadero racionalista en el sentido de usar la razón, la lógica, el sentido común, al menos esa es la actitud mental idónea que explica su conducta siguiente: una vez quietadas las reacciones violentas de su cuerpo, sintió vergüenza de lo que había hecho, abajo no podía haber ninguna mano gigante, era ilógico, absurdo, y mucho menos con la intención de cogerlo a él. No estaba dispuesto a que el fantasma permaneciera allí, amenazante, y la vergonzosa escena volviera a repetirse. Resuelto, pero con más miedo que coraje, bajó de nuevo, ahora sin ninguna luz encendida, a oscuras la ida, hasta el

fondo, y la vuelta. Todo el tiempo, la mano anduvo allí, amenazadora, y, como antes, tuvo la sensación de que pertenecía a un cuerpo, un cuerpo que debía ser enorme y terrible. Anduvo hacia la escalera. El monstruo lo siguió, casi rozándole la espalda. Al llegar a la salida, se detuvo ante el primer escalón. La mano estaba detrás de él, el vello se le erizó en los brazos, el corazón latía deprisa, pero resistió pensando: ¡no hay ninguna mano, no hay ninguna mano! Puso un pie en el primer escalón. A su cuerpo, tal vez en un ataque de adrenalina, se le habían despertado todas las alarmas, deseaba con urgencia precipitarse escaleras arriba. Se detuvo soportando todo el peso de aquel peligro inminente. Respiró con lentitud, luego comenzó a subir, despacio, despacio, al tiempo que las piernas exigían a gritos: ¡deprisa, deprisa! Pero tuvo el valor necesario hasta llegar arriba sin precipitarse. Estaba nervioso, inquieto, pero el corazón apenas había aumentado su ritmo, la respiración era relativamente tranquila y su piel no sudaba. Las otras veces que bajó a oscuras a la panadería, el fantasma apareció de nuevo, pero nuestro muchacho lo apartó de un manotazo mental. Había vencido a su propio cuerpo. A raíz de aquel episodio, comprendió el tremendo poder de su cerebro, capaz de crear criaturas tan siniestras y de provocar aquellas reacciones en su ánimo y en sus carnes. Y se pregunta, no sin cierta razón: y los seres bondadosos y amables de ciertas visiones, ¿no serán también producto del complicado mundo neuronal?

No es que aquella experiencia provocara este ensueño, pero tampoco debemos descartar esa posibilidad: como él dice, su cerebro parece que no hace distinciones entre pasado y presente. Este sueño de ahora es una pesadilla onírica tan incómoda como la verdadera, pero muy especial, no cae por un precipicio, ni le atacan ratas voraces, ni le amenazan las gigantescas olas del mar, ha aparecido un ser invisible, que por cierto recuerda al demonio, y quiere poseerlo. Este elemento perturbador resulta insólito, y te diré por qué: a aquella edad, los cuarenta y cuatro, el soñador ya no creía en ninguna clase de espíritu, bondadoso o perverso, o estaba evolucionando hacia una incredulidad que a estas alturas de su vida, a estas de ahora, se encuentra firmemente establecida.

Deberíamos tener en cuenta que este sueño apareció cuando hacía unos diez años que había abandonado el Seminario. La personalidad de Jesús, creada en su mente desde niño y mantenida allí durante tres décadas, aún permanecía viva. Él lo explica a su modo:

Es muy posible que en los circuitos de mi cerebro perduraran, descansando confortablemente, las creencias de mi infancia y de mi juventud, y que mi subconsciente las hubiera actualizado en uno de esos juegos con que me regala o me aturde de vez en cuando.

En estos tiempos de vejez en los que anda ya sumido, aquellas historias de demonios y de ángeles no tienen cabida. *Es posible*, me

dice, que existan cosas por ahí, ánimas encarnadas o liberadas de la carne, criaturas maléficas o bondadosas, diosas y dioses, genios o duendes, llámenlas como quieran, pero si nuestros sentidos no están capacitados para detectarlas, jamás llegaremos a conocerlas, así que, a la postre, nos importa un pimiento que existan o no.

Así de tajante fue, tan desdeñoso, como si hubiera encontrado la seguridad de un argumento científico, que no lo es, como habrás advertido. Ahora bien, en lo que respecta a la divinidad, si llamamos divinidad, ahora, en estos tiempos, a Dios, el de nosotros, los occidentales, ya tendremos tiempo de hablar más adelante cuando llegue el momento de referir el sueño que ha titulado DIOS Y SU GATO.

Mi propia muerte

Se trata de una escena muy corta. Alguien me pregunta algo acerca de la muerte, pero no sé exactamente qué. Sin embargo, en el momento de la pregunta y sin duda provocado por ella, aparece en mi memoria el recuerdo de haber muerto anteriormente, hace mucho tiempo, algo que había quedado en mi memoria guardado y olvidado, y que ahora se me presentaba con toda nitidez. Y, acompañando a este recuerdo, surge una evocación de ese instante final, que no es una escena de esas que aparecen con gente y decorado, sino el conocimiento de un tiempo sereno, acabado y perfecto, uno de esos instantes en los que deseamos que el mundo se detenga, tanto el de arriba como el de abajo, para gozar sin que nada ni nadie nos estorbe. Así se lo comunico a la persona que está conmigo. Y el sueño termina.

Fue algo asombroso para nuestro hombre. El sueño le hace *vivir*, porque eso fue en realidad, los últimos instantes de su vida, sin que él posea ningún dato que pueda ayudarlo a componer una historia semejante, puesto que nunca ha muerto. Y más sorprendente aún por el hecho de que la ha reconstruido como un estado emocional, sin echar mano de ninguna imagen que lo acompañe: no hay escenario alguno, ni personajes que se muevan por él o permanezcan

quietos, hablen o le distraigan, sólo él recordando algo que no ha sucedido en la realidad. Ahora bien, el que ese estado emocional aparezca como pleno de perfección y serenidad, de silencio, bienestar y todos los sinónimos que se quieran añadir, que todos serían pocos para describir lo entonces vivido, no resulta tan sorprendente si continuas leyendo lo que viene a continuación.

En aquellos tiempos, ya casi olvidados, en que era joven, pensaba a menudo en la muerte o, por mejor decir, en su propia muerte, que si lo miras bien son cosas diferentes. Tenemos una reflexión suya a nuestra disposición fechada por el tiempo en que andaba estudiando en el Seminario:

Anoche te pedí, Señor, la gracia de morirme anoche mismo. Hoy pienso en la muerte y no tengo la misma tranquilidad. Siento la tristeza, la negrura, lo desagradable de la muerte. Quisiera morir sin darme cuenta, para ahorrarme ese trance. Sin embargo, Señor, concédeme una muerte cristiana, llena de fe, de amor, de confianza.

No eran pensamientos agradables, lo que puede parecer paradójico en un muchacho piadoso que diariamente asiste a misa, comulga, hace meditación y lectura espiritual, reza el rosario y visita al Santísimo, a lo que es justo añadir otras prácticas religiosas, como la dirección espiritual, la confesión semanal o el retiro de cada mes,

y no olvidemos, para que el cuadro esté completo, los ejercicios de San Ignacio cada año. Que un joven tan devoto sienta temor ante el pensamiento de su muerte, por muy lejos que esté, puede, sin embargo, explicarse. Lo habían educado, como a todo buen cristiano, en la creencia de que es necesario morir en gracia de Dios si es que de verdad queremos ir al Cielo. *En gracia de Dios* es casi un tecnicismo teológico, significa que Dios habita en lo íntimo de tu alma porque se complace en ti cuando estás libre de pecado y en vista de los esfuerzos que haces para evitar una situación tan peligrosa. Pero también significa que, si vuelves a pecar, un peligro y una posibilidad de la que nadie está libre, pierdes esa gracia, o dicho de otro modo, Dios tiene que abandonar tu alma porque, dada su perfección moral absoluta, le es imposible convivir con el pecado. Esta situación sólo podía ser superada arrepintiéndose y confesando ante un sacerdote, actos que, automáticamente, te devolvían esa gracia perdida, es decir, Dios se reconciliaba contigo y habitaba de nuevo en tus mismas entrañas. Este pecar y arrepentirse, este deshacer y hacer, este perder y recuperar, le llevaron, a lo largo de los meses y los años, a la convicción de que resulta imposible detener el ciclo de las repeticiones. Al mismo tiempo, eso fue lo que le sucedió a él, se daba cuenta de la fragilidad de la gracia, algo que hoy tienes y mañana no, que tienes ahora mismo y dentro de un minuto la has perdido, que jamás será tuya para siempre, a no ser que te mueras con ella, como decíamos antes, y te salves. Ahora bien,

nadie podía asegurarle que muerte y gracia divina coincidieran en el tiempo. Es sabido que la vida está repleta de circunstancias enredadas entre sí, todas ellas propicias para que el maligno intervenga, y las historias de buenísimas personas que fueron al infierno porque dudaron en el último instante, porque murieron en un accidente sin tener ocasión de arrepentirse, o a causa de una tentación de última hora demasiado fuerte, no lo dejaban dormir tranquilo cuando tales pensamientos acudían. La verdad es que su confianza en Dios era casi sobrada, pero sólo casi. El convencimiento de que era un pecador nacido ya en pecado, como enseña la Escritura, la certeza, procedente de la experiencia diaria, de su fragilidad, es decir, la facilidad con que perdía la gracia, le hacían temer que la inmensa piedad de Dios y su poder omnímodo no fueran suficientes para salvarle, habida cuenta de que Él no podía interferir en su libre albedro.

Pero es de justicia aclarar que no se trata de que viviera permanentemente desasosegado, sino que cuando el pensamiento de la muerte le asaltaba, que no es que sucediera a cada hora, no podía evitar el temor de perderse para siempre. Sin embargo, ya en el Seminario, repleto de santos propósitos, pero acuciado por unos remordimientos cuyo origen ignoro, escribió un soneto que no me resigno a dejarme en el tintero.

Dame muerte, Señor, si he de ofenderte,
si es para esto, ¿a qué quiero la vida?,
si el pecado la tiene dividida,
mi alma la tengo ya, Señor, en muerte.

Si para serte fiel yo no soy fuerte
y el más ligero soplo me derriba,
no permitas, mi Dios, más tiempo viva
pues no puedo servirte de otra suerte.

Tú pusiste en mis manos el talento
de mi vida de acá, y a mi manera
lo habría de administrar. Mas esto siento:
no lo sé administrar por más que quiera.
Pídeme cuentas ya, que en un momento
te devuelva el talento y que me muera.

El tiempo, como esos vientos que lo arrastran todo, se llevó esos temores definitivamente. Todo cambió hasta el punto de parecerse a lo que ha sentido en este sueño. Ahora, a estas alturas de su vida, cuando el momento definitivo está cada vez más cerca y a nadie extrañaría que se sintiera desalentado, lo cierto es que no lo está. El truco, dice, consiste en aceptar lo inevitable, afirmación que puede resultar bien simple, porque deja a un lado la dificultad que entraña, pero que puede alcanzarse con buenas dosis de reflexión, según lo entiende él. Es como quien padece un cáncer que le está carco-

miendo una víscera y la paz del cerebro. Si no aprende a convivir con él, su vida será un infierno, viva más años o menos. Pero si se acepta esa presencia inoportuna, si se asimila esa situación insoslayable, el cerebro se serena y entra en una fase de vitalidad y creatividad. No es que resulte fácil llegar a ese estado, lo comprende, porque se necesita la ayuda de un temperamento adecuado, que unas personas tienen y otras no, las hay inquietas y excitables, angustiadas y deprimidas, incapaces de reflexionar y meditar, y las hay animosas y optimistas, impasibles y enteras, maneras de ser, estas últimas, que favorecen la reflexión tranquila y sosegada, y el hombre de los sueños pertenece, al parecer, a este segundo grupo. Hay que hablar con el cáncer y, en nuestro caso, con la muerte, repitiéndonos una y otra vez que no puedes eludirla, ni cambiarla de sitio, ni olvidarla.

Cuando joven, sus temores venían de la idea que le inculcaron: morir era traspasar una puerta sin saber con certeza lo que había detrás, si la gloria de Dios o el infierno de Satanás, por más que te ejercitaras en la confianza del Todopoderoso, cuestión de la que ya se ha reflexionado más arriba. Ahora, siendo viejo, ha llegado a la conclusión, por sí mismo, aunque en esto coincida con otros muchos, famosos o desconocidos, de que morir no es un principio, sea hacia lo bueno o hacia lo malo, sino un final definitivo. Y esta circunstancia, aquí está el meollo de la cuestión, me dice convencido, no tiene vuelta de hoja. Cuando se presenta no hay manera de re-

gresar ni de proseguir, sencillamente ha llegado la hora de detenerse para siempre. No es como el telón que cae cuando acaba la obra de teatro, ni el silencio que se hace en tu mente cuando cierras el libro que acabas de leer, ni como un adiós provisional; en todos estos casos es posible volver a empezar. *Ahora, me dice, se trata de personas, o animales y plantas, todos andamos metidos en el mismo saco, que un día nacieron y, tras cumplir su ciclo vital, deben morir inexorablemente, una ley natural de la que nadie puede sustraerse, ni siquiera los que resucitan por arte de milagro, pues al cabo volverán a morir, y ahora para siempre.* Es este designio de la naturaleza, que nos fastidia, pero al que no podemos apelar, el que ha aceptado, no con resignación, como a desgana, sino con una calma sosegada que le aparta los temores más insoportables.

Pero no resisto la tentación de preguntarle: si nada espera del más allá, ¿cómo transcurre su vida? ¿En qué se apoya, que de un bastón todos necesitamos para sobrellevar las adversidades cotidianas? ¿Cuál es su esperanza? También tiene un truco, me dice. Todo consiste en volver la atención hacia la vida, que te rodea por todas partes con un ansia incontenible de perpetuarse, y te protege de depresiones y esquizofrenias. Y de esa forma disfruta viendo a las preñadas que andan gozosas por la calle enseñando su barriga llena, a los recién nacidos, bolas de carne tierna y suave, cuyo sueño, contemplado, apacigua nuestros demonios más perversos, a esos ojos enormes que te miran inquisitivos, a esa sonrisa de com-

plicidad inocente que componen para ti sin conocerte, a todo aquello, en fin, que huele a nuevo en este mundo, donde todo muere y todo resucita, aunque no resucita lo que ha muerto, sino su imagen viva. Todo consiste en asombrarse de continuo, sin hartarse jamás, ante un brote vegetal en primavera, una flor que se abre cargada de polen, un árbol cuyo tronco revienta las aceras, un nido en un almendro, un potrillo trotando tras su madre, el traajín de las hormigas, el gato que se lame, los niños en el patio de recreo, los novios que se cogen de las manos y se besan en el parque, las personas desnudas en la playa, la luz del sol haciendo brillar las alas de un pájaro o la cabellera rubia de una chica que lee, la abuela con sus nietos, los geranios en la ventana, la tomatera que nació en un alcorque...

Pero al hombre de los sueños le parece que todo lo anterior es bastante idílico, muy al contrario de lo que sucede en la vida real, y por ello termina:

Luego viene el accidente de autocar que se llevó la vida de treinta y dos personas, la mujer golpeada por su pareja hasta morir, los niños que mueren de diarrea por no tener medicamentos, el muchacho inocente fusilado, el negro ejecutado por una ley absurda, la guerra, que no se apiada de nadie... Parece que la vida está llena de muertes artificiales, como si no tuviéramos bastante con los terremotos, los huracanes, las inundaciones, los accidentes y las enfermedades. Pero a esta edad, a mi edad, ya no se puede hacer

otra cosa que llorar por esos muertos provocados, y volverse a la vida que empieza, siempre empieza, y te trae esperanzas de nuevas generaciones que, cuando ya no estemos para verlo, no importa, arreglen este mundo dislocado.

No parece haber duda de que es este modo reposado de ver la vida, esto, y no otra cosa, lo que su cerebro ha conservado celosamente para actualizarlo ahora en este sueño.

Un cura bígamo

Me encontraba en el Seminario. Lo sabía aunque lo que estaba viendo no se parecía en nada a aquél en el que había estudiado. En realidad, lo que me resultaba convincente era la presencia de varios seminaristas y sacerdotes con sotana, que me rodeaban o se acercaban a mí. Y el ambiente, impalpable pero real, que nos rodeaba. Todos estaban muy contentos, yo también, por la sencilla razón de que me habían ordenado sacerdote. No hubo ordenación ritual, con la capilla llena de gente, el obispo oficiando con los curas del centro, el altar cuajado de luces, los cánticos gregorianos, sino que sólo aparezo yo convertido en un cura y felicitado por mis compañeros. Repito que me sentía feliz sabiendo con toda certeza, en lo más profundo, que ya no era una persona normal, algo impalpable me había transformado, pues estaba investido de una condición sobrenatural y tenía unos poderes que sólo compartiría con otros sacerdotes. Me veía a mí mismo como un joven que ha asumido con toda seriedad su nueva condición, una condición que me complacía, sin duda, pero que no producía un estado de euforia, sino una calma interior muy profunda. Es decir, exactamente lo que debe sentir un creyente en esas circunstancias. Pero sin apenas transición, desaparecieron los compañeros y me encontré junto a dos mujeres con las que me había casado: sin dejar de ser sacerdote, era, al mismo

tiempo, esposo bígamo. Sus caras no me eran conocidas, y las ceremonias de las dos bodas no aparecieron en el sueño, como tampoco apareció la ordenación. Me encontré ordenado y casado de pronto, en un mismo instante. Nadie me lo dijo, pero yo lo sabía. No recuerdo si las dos estaban juntas cuando las vi. De todas formas, eran dos figuras sin definición, borrosas como espectros o ectoplasmas. Esta es una laguna en mi memoria que no me perdono, porque imagino que hubiera sido importante para una mejor interpretación de este sueño. De todas formas, todo está muy claro.

Efectivamente, aunque esa claridad resulta demasiado simple y, por lo tanto, sospechosa. Los sueños suelen ser más complicados, hablan con símbolos, alegorías y metáforas, son enigmáticos, enrevesados, ambiguos, no nos dan facilidades. Me pregunto si éste no habrá sido uno de esos que aparecen cuando estamos medio dormidos, en esa duermevela en la que no sabemos si pensamos por nuestra cuenta o nos llegan los pensamientos desde dentro sin que podamos controlarlos. Pero mi pregunta es imposible de responder, así que nos dedicamos a buscarle la explicación que sigue.

Sus estudios en el Seminario le facultaban para cumplir la tarea sacerdotal, sólo le faltaba recibir el sacramento, y este sueño se lo proporciona. Después de esos estudios, de nuevo en el mundo, intimó con una muchacha a la que conoció, como más adelante contaré, en una agrupación coral. Con ella, afortunadamente, no

estuvo unido por promesas de matrimonio ni de ninguna otra forma de vida en común, sólo por una amistad que dura todavía. Y digo afortunadamente porque con ella no tuvo que romper ningún vínculo, y de ese modo se ahorra cavilaciones repletas de culpabilidad. Por aquel tiempo, también estuvo cortejando a una chica que conoció por medio de un amigo, pero el cortejo no duró más allá de unos meses, como sabrás más adelante. ¿No serían estas dos mujeres las que aparecieron en su sueño como esposas? No hubo otras en su vida que gozaran del privilegio de entrar en sus sueños con ese rango. Estoy pensando en alguien más, aquella de su juventud de la que ahora te hablo, pero no creo en absoluto que podamos contar con ella.

Antes de entrar en el Seminario había tenido *una novia formal*, una manera de decirlo muy propia de aquellos tiempos, en la ciudad donde nació, y que también pertenecía al Centro Católico. Los muchachos y las muchachas de aquel Centro paseaban los domingos por la avenida principal, arriba y abajo, entre el gentío que gustaba de esos paseos por una calle en la que no transitaban los vehículos. Una forma de encontrar amistad y pareja sin necesidad de salir del propio círculo, todo quedaba en casa, como se dice, los jóvenes no se veían expuestos a juntarse con personas que, a lo peor, resultaban incrédulas, o perezosas en el cumplimiento de sus deberes religiosos, lo mismo daba, no les convenía. Fue en aquellos paseos donde el joven de los sueños se declaró, otra expresión que ya no

se usa, a una de las muchachas. No es que lo hiciera en la calle, entre el bullicio de la gente por aquella avenida, sino que fue algo más insólito, incluso él mismo no puede contener la risa cuando lo recuerda: la llevó a la iglesia y allí, de rodillas los dos, le propuso unirse en *santo noviazgo*. Esto es exactamente lo que me dijo, aunque no lo que le dijo a ella, una expresión suya, muy jocosa por cierto. Pero esa relación duró muy poco, tal vez semanas, o meses, o tal vez días, ¡ha pasado tanto tiempo! Sólo recuerda que la volvió a llevar a la iglesia para decirle que lo suyo, de ellos, no funcionaba, al menos para él. Ahora bien, sí mantiene claramente en su memoria el desasosiego en que estuvo desde que pensó hacerlo hasta que lo hizo. En ella ha quedado, dormida hasta que la despierta ahora, aquella tarde en que se fue a pasear al malecón del puerto para pensar a solas cómo le daría a la chica la desagradable noticia. Más que una tarde se debería decir que era un atardecer, la luz se iba haciendo difusa, y una ligera neblina, húmeda, casi lluviosa, lo envolvía en aquella soledad donde sólo el ruido de las olas parecía acompañarle.

Ya te he anticipado que semejante episodio de su época juvenil no puede haber inspirado este sueño, así que sólo nos restan las dos mujeres reales de las que ya hemos hablado. De todas formas, romper aquel compromiso fue una experiencia que podría calificarse de terrible sin mucho exagerar, y no porque entonces fuese un muchacho que empezaba a vivir, pues exactamente eso, una expe-

riencia terrible, fue la que vivió también cuando tuvo que terminar su otra relación, la chica conocida a través de un amigo, veinte años después, y la misma, exactamente la misma, cuando tuvo que decidir que no quería ser sacerdote. ¿Recuerdas aquel sueño que llamamos UN VIAJE EXTRAÑO, donde escapaba volando de varias situaciones comprometidas? Nuestro amigo ha huido también, como ves, en su vida real, asustado.

Momentos tan amargos son el fruto natural de su forma de ser: el hombre de los sueños no acierta a explicarlo, pero siente un rechazo casi visceral hacia aquellas responsabilidades que llevan ese letrero, espantoso, lo llama él, que reza “para siempre”. Pero en este sueño la realidad se ha vuelto del revés, se ha ordenado sacerdote y se ha casado con la segunda novia y con la amiga cuya amistad perdura todavía, si es que se trata de ellas, como te he sugerido. ¿Tal vez su inconsciente ha querido aliviar la frustración que le produjo su incapacidad para asumir obligaciones? Esa incapacidad y ese tiempo terrible de las rupturas crearon unos remordimientos que resistieron durante mucho tiempo: no soportaba el desencanto que causaba a la Iglesia y a su hermana la samaritana, en el caso del sacerdocio, y a las mujeres que decepcionó, quienes, pensaba, habían sufrido por su causa.

Se trata de una culpa nunca redimida, pero que pasa por su memoria como una sombra y luego se desvanece de inmediato. Ya no es tiempo de enmendar el pasado, las cosas ocurrieron, las perso-

nas heridas ya no pueden ser curadas, o ellas solas se han curado con el paso del tiempo, mejor dejarlo todo como está.

Vuelo en el Seminario

Estoy volando por unos pasillos anchos y altos, y eso me permite hacerlo con holgura. También los había en el Seminario, pero en este caso eran galerías que daban al exterior, y no tan amplios como estos. Todo aparece muy cambiado respecto a la realidad, hasta el punto de que tuve la sensación de que estos pasillos formaron parte alguna vez de un hospital, tal vez por las camas que se veían adosadas a las paredes. Aunque parezca absurdo, tengo recuerdos de este lugar, recuerdos de sucesos y personas que no he visto nunca, como si al soñar tuviese otra vida diferente con una memoria de sentimientos, emociones y circunstancias totalmente distinta a mi memoria real.

Debajo de mí, y a un lado, camina un seminarista, estoy seguro de ello, aunque no lleva nada que lo identifique como tal, y me inclino extendiendo mi brazo para darle la mano. El muchacho se sujeta, es decir, accede a volar conmigo. Desciendo suavemente, toco

el suelo, doblo las piernas para impulsarme hacia arriba e inicio el vuelo tratando de arrastrarle, pero no lo consigo: su peso es demasiado para mis fuerzas. El muchacho se suelta de mi mano y cae, pero no se hace daño porque apenas se ha elevado unos centímetros. Lo dejo, doy la vuelta y sigo volando, de pie, hago un giro para entrar a mi izquierda a otro pasillo. Pero no llego a hacerlo porque en ese instante el sueño acaba.

La insistencia del Seminario en estos sueños es obvia. En esta ocasión hay dos elementos nuevos. Uno de ellos es insólito: sabe que es el Seminario, pero no lo reconoce, se le aparece como un hospital, y al contemplarlo como hospital, tiene recuerdos, fugazmente, de cosas ocurridas allí. Sabemos que un recuerdo no existe por sí mismo, es una reconstrucción del pasado que hace nuestra mente, pero en este caso no hay ningún pasado, el lugar-hospital le resulta desconocido. Su cerebro ha reconstruido un pasado imaginario, algo que nosotros podemos hacer despiertos, como cuando escribimos una novela, por ejemplo. Bien, después de todo, si podemos hacerlo durante la vigilia, ¿por qué no podríamos durmiendo?

El otro elemento nuevo es la aparición de ese supuesto seminarista a quien el hombre de los sueños desea ayudar a volar con él, pero que le resulta imposible porque *su peso es demasiado para sus fuerzas*. Volar con él, si estamos de acuerdo en aquello que

dijimos más atrás, a saber, que volar significa liberarse de un peso, podría entenderse de un oculto deseo, por parte del soñador, de que otros hagan lo que él hizo, dejar el Seminario. Una vez fuera, y a esta edad de ahora, ¿le duele que sus compañeros continuaran prisioneros en lo que concebía como una cárcel para el entendimiento? Me dice que no, que tal idea es un disparate, aunque no lo expresa así, por respeto a su anfitrión, supongo, sino con otras palabras más delicadas que, a la postre, vienen a significar lo mismo. En todo caso, el seminarista *pesa demasiado*, es decir, intuye que sus creencias son tan fuertes que será imposible, y, además, necio, hacerle desertar.

En realidad, el hombre de los sueños nunca ha hecho, ni siquiera pensado, cualquier intento en esta dirección. Se marchó cargado de preocupaciones, demasiadas, tantas que ya no estaba para quijotismos ateos, si puede llamarse así a este proselitismo tan especial, ni le interesaban lo más mínimo, tenía más que suficiente con sus propios problemas, los de sufrir el despegue de sus creencias y encauzar su vida por nuevos derroteros ideológicos.

La marea negra

Me encuentro en un lugar desconocido cerca del mar, aunque entre éste y yo hay algunos edificios. Al fondo, tras los edificios y sobre ellos, se levanta una ola, inmensa hacia la derecha, pero que va decreciendo en altura hacia la izquierda. Parece avanzar, imponente, pero no acaba de llegar a tierra, lo que no impide que yo esté asustado, o preocupado, y corra hacia la izquierda para avisar a mi amigo-compañero del peligro. No lo he visto, pero sé que está allí. Sin embargo la ola desaparece en ese momento y veo el mar, liso y llano, pero todo negro, un negro que lanza reflejos producidos por la luz ambiental. Pero no se trata de que el agua tenga color negro, sino de que está cubierta de alguna sustancia que le da ese color. No hay olas, el agua se mueve, se abulta y desciende suavemente, lo que me recuerda aquellos otros ensueños de pesadilla, sólo que ahora no es tan terrible. Lo estoy observando todo como desde arriba, aunque no estoy volando. En ese instante veo al amigo-compañero correr hacia el agua ennegrecida, se lanza a ella y nada como si tal cosa. Siento una intensa repugnancia.

Parece claro que las noticias sobre vertido de combustibles, hechas públicas en espectaculares imágenes televisivas, han influido en este sueño de una forma especial. En estos tiempos nuestros,

esa pequeña pantalla, omnipresente en nuestras vidas, nos bombardea, ésta es la palabra correcta, con innumerables mensajes en forma de imágenes, sonidos e historias, de una forma brutal, y toda esa confusión se almacena en nuestro cerebro, y sus distintos elementos se combinan entre sí endemoniadamente, como si todo aquello que entró sufriera una serie de distorsiones antes de aparecer de nuevo en las experiencias oníricas. Esto explica los disparates que encontramos en ellos, por ejemplo, en éste: un mar asqueroso en el que su amigo-compañero se baña como si se tratara del agua inmaculada de una piscina.

Ahora bien, si tenemos en cuenta el efecto que la escena tuvo en el soñador, es decir, la repugnancia que sintió al ver a su amigo zambullirse en líquido tan viscoso, lo único que queda claro es que su amigo no veía el mar tal como lo veía él, una digresión ésta que nos permitiría divagar sin término acerca de las diferencias entre ambos personajes. Pero tal cosa es demasiado obvia, porque todos los humanos somos diferentes, y estoy convencido de que no nos llevaría a ningún sitio que valga la pena relatar.

Más interesante resulta destacar que hay aquí una probable explicación de lo que pareció un enigma en su momento. Está relacionada con aquella *amenaza* de la que hablamos con anterioridad, y respecto a la cual nuestro amigo soñador se quejaba de no saber en qué consistía: el mar embravecido. La amenaza que pendió sobre él durante tanto tiempo, fuere lo que fuese, tiende a desaparecer, si

no es que ha desaparecido definitivamente. El soñador ya lo dijo, como recordarás, cuando me señaló este sueño como prueba.

El extraño Seminario-Castillo

El lugar se parece al sueño titulado VUELO EN EL SEMINARIO, pero es más opresivo. Hay pasillos muy anchos y muy altos, paredes con molduras y paneles, y una luz difusa por todas partes, una iluminación que no procede del exterior ni de focos internos. He aparecido aquí, levitando, como si hubiese llegado repentinamente y he ido de un lado a otro, cerca del techo, buscando una salida, porque, nada más aparecer, he sabido que estoy como preso en aquel edificio. Mas para evadirme debo subir a otros pisos, hacia la azotea, desde la cual me será fácil volar al exterior, pero no encuentro la forma. Mientras vuelo por los pasillos, debajo de mí corre un perro, como si me estuviera siguiendo. El pasillo tuerce a la izquierda, pero en medio veo una verja de hierro. No llega hasta el techo, así que puedo pasar por encima. Vuelo un poco más, porque a unos pasos el pasillo termina, aunque no está cerrado por una pa-

red, no hay pared alguna, y al salir me encuentro en un patio muy grande. Miro hacia arriba, las cuatro paredes del patio se alzan en forma de torres puntiagudas que casi se juntan en lo alto. Podría subir volando y salir fuera, pero hay cables y tuberías delgadas, unos y otras entrelazados por todo el patio como una retícula enorme. Para subir tendría que apoyarme en esas cuerdas y tuberías, pero en tal caso no podré llevarme al perro en brazos usando sólo una mano. Me vuelvo por el pasillo hacia el otro, desde el que vine, y me siento en un saliente de la pared, un adorno como una cornisa, que está más alta que una puerta. En este momento, el perro ha desaparecido del sueño. A esa altura, debajo y a un lado de mí, hay una puerta que yo veo en escorzo, como es lógico verla desde donde me encuentro. Miro y veo a un sacerdote que se apoya en el marco abrazando a una mujer. Ellos no me ven, puesto que estoy encima. La cara de él me es muy conocida, se trata de un cura del Seminario, pero no es nadie que yo conozca en la realidad, sólo en el sueño. Despego del saliente y vuelo casi pegado al techo para que no me vean y salgo a otro patio, muy amplio y algo oscuro, como si entrara en él la luz de un anochecer. Me coloco, de pie, en el centro, levitando. El suelo del patio está debajo de mí a varios metros. Comienzo a cantar con la intención de que todos me oigan. Ignoro, ahora, quiénes son todos, pues no hay nadie más por allí, pero yo daba por supuesto que debía haber gente que podía escucharme. Lo que canto, improvisando música y letra, es una denun-

cia de lo que acabo de ver. No obstante, no digo claramente lo que ha sucedido entre el sacerdote y la mujer, mis palabras tienen un doble sentido, y estoy seguro de que quienes me oigan se darán cuenta de lo que quiero decir.

Al fin, en la secuencia última, mi intención de salir del tenebroso edificio ha desaparecido.

Se trata de un sueño tan sencillo como esos que encontramos en los libros de texto. El Seminario es opresivo, incluso siniestro, el hombre de los sueños quiere salir a toda costa, pero la salida está repleta de impedimentos: se representa aquí la necesidad de dejar aquel lugar que acabó agobiándole, y las amarguras que soportó al hacerlo.

El sacerdote que abraza de modo libidinoso a una mujer representaría las razones eclesiales de su huida: él cree que acabó por descubrir las contradicciones internas de la Iglesia, demasiado humana para su gusto, contradicciones que desea divulgar, aunque sin alharacas, según se entiende el canto acusador, aunque velado, del final. Teniendo en cuenta que el soñador ama a estos animales, la figura del perro simboliza algo muy querido que él desea salvar, tan querido que incluso prefiere no escapar porque no puede llevarlo consigo. Pero es imposible averiguar de qué se trata, ¿una persona, un objeto, una sensación, simplemente un recuerdo?

La última afirmación, *mi intención de salir del tenebroso edificio ha desaparecido*, y precisamente después de haber pregonado lo que piensa de la Iglesia, parece significar que estaría dispuesto a pertenecer a ella si cambiara sustancialmente. De hecho, el hombre de los sueños me ha confesado que a veces piensa en una Iglesia nueva, *descargada de toda la hojarasca que acumuló en el tiempo*, y reducida a una sola idea: mantener encendida la llama de la utopía que predicó el hombre de Nazaret, uniéndose así a la multitud de los que piensa del mismo modo pero desde otras perspectivas. Él, sin embargo, comprende que semejante idea no pasa de ser un sueño de éstos que tenemos despiertos. Se le olvida decir, y esto lo añado por mi cuenta, que semejante idea no renovaría la Iglesia, sino que la destruiría: un cristianismo puramente ético, sin un Hombre-Dios al que adorar, no sería cristianismo. Los dogmas lo impiden.

De todas formas, la peregrina idea de pertenecer a una Iglesia renovada, y renovada de un modo tan drástico como se ha dicho, nos obliga a plantearnos una pregunta: ¿por qué le agradaría volver, qué espera este hombre encontrar allí? En esa nueva Iglesia no habría nada de lo que él disfrutó tanto tiempo: un sagrario ante el cual recogerse en íntima plegaria, el espectáculo litúrgico, que tanto une a los creyentes entre sí, no podría rezar en común unión con los otros ni en lo íntimo de su soledad personal, y en esto precisamente consisten las religiones, porque la moral, la ética, el buen

hacer en la vida cotidiana, puede hallarla en cualquier parte. ¿Qué encontraría entonces? Y si nada de lo vivido podría vivirse de nuevo, ¿a qué volver?

Volvemos a lo de antes. Pienso que ese deseo, pequeñito, por cierto, nada relevante, no es más que la nostalgia del leve calorcillo de un rescoldo que necesariamente queda por ahí dentro después de tantos años de mantenerlo vivo. Pero nada más.

Vuelo sobre el acantilado

Estoy sentado en una playa. Hace un hermoso día de sol y luz. A mi izquierda hay algo así como un paseo marítimo, con las tradicionales tiendas para turistas. Se supone que el mar debe estar a mi derecha, pero a ese lado no hay nada, absolutamente nada, sólo una mancha blanca. Alguien se acerca y habla conmigo. Como consecuencia de la breve conversación, me levanto y voy hacia el borde de un acantilado. Me explico: donde antes estaba el paseo marítimo, ahora hay un corte profundo debajo de mí. Es un acantilado de forma circular: empieza en la orilla del mar, forma un semicírculo y acaba otra vez en la orilla, algo más allá, como unos cuatrocientos

metros. Camino deprisa. Al llegar al borde extendiendo los brazos en forma de cruz y sigo avanzando en el aire. Por un instante tengo una sensación clarísima del espacio que hay debajo de mí, como otras veces, y un ligero, ligerísimo, temor, que desaparece rápidamente. La persona que habló conmigo en la duna había bajado del acantilado por algún lugar accesible, supongo, pues apareció abajo, a unos treinta metros, en la playa que cerraba el acantilado. La veo, parece ser un hombre, en la perspectiva lógica con que se ve a alguien desde arriba: la parte superior de la cabeza, los hombros y la punta de un pie. Hay alguien más en la solitaria playa, en el mismo centro de ella, pero no distingo los detalles. Todo esto sucede rápidamente y me olvido pronto de esa particularidad. Vuelo, exultante y eufórico. Me vuelvo para seguir volando de espaldas a gran velocidad y me oigo a mí mismo: ¡eh, eh, eh, no debo correr tanto! Voy mirando hacia atrás para no tropezar con la otra parte del acantilado semicircular, pero sin temor. No hay a mis espaldas rocas ni grietas ni aristas. Es una pared como de tierra esponjosa con manchas de vegetación. La sensación es de total plenitud interior, un goce que parece habitar dentro de mí como una burbuja que se va hinchando, abriéndose paso entre las vísceras y amenazando con explotar de júbilo.

Despierto. Ha sido hermoso.

Ni el hombre de los sueños ni yo intentamos buscar una explicación, el ensueño se basta por sí mismo. Todo es normal, nada que turbe la placidez de la narración, como ese desasosiego que le ocurre en otras ocasiones y le volverá a ocurrir. La impresión que se tiene es la de un estado emocional perfecto, pero con este término, perfecto, no quiero implicar una sensación de tranquilidad, de paz, es algo que va más allá, y que el soñador define perfectamente en el último párrafo: un gozo como una burbuja que se va hinchando y amenaza con estallar de júbilo. No es algo estático, indiferente o pasivo, sino impetuoso, vehemente, algo vivo que quiere crecer y seguir creciendo hasta no se sabe cuándo ni cuánto. Las emociones, cuando estamos despiertos, sean placenteras o trágicas, no parecen aumentar en intensidad hasta ese punto casi insoportable, y los psicólogos nos veríamos en apuros para explicar tal situación anímica si llegara a darse. Nuestro comunicante se pregunta por qué razón aparecen en los sueños, ésta no es la primera vez que le ocurre, no hay más que recordar cuando cantaba en aquella isla que parecía del Pacífico, y si se puede morir de felicidad, que eso parece que le va a suceder. ¿Se trata de una emoción real, tal como aquellas que sentimos cuando nos encontramos bien despiertos, o son simples imaginaciones? Pero no pueden serlo, imaginaciones, quiere decir, porque está bien claro que no lo son cuando aparecen aquellas que resultan trágicas, como la ansiedad, el terror, el dolor no físico, ése que nos hiere como si nos arrancaran las carnes pero

no nos las arrancan. Nuestro amigo me recuerda aquel sueño que tuvo cuando vio morir a su hermano-compañero de una muerte espantosa. Su estado de pánico y dolor era tan fuerte, que la misma pesadilla lo despertó a la realidad, y, al despertar, se encontró respirando tan trabajosamente como si se ahogara, y saltándosele el corazón, exactamente las mismas sensaciones que sufría soñando. No habían sido imaginarias, no, estaba allí presente aquella emoción incontrolable, repercutiendo en las vísceras de su cuerpo con un grito de realidad que nadie se hubiese atrevido a negar de haber estado allí como testigo. Entonces, se pregunta, ¿por qué una sensación de felicidad plena, tan extraordinariamente plena como la de este sueño de ahora, no sería tan real?

Es evidente que despiertos tenemos emociones, y que todas ellas, sencillas o desmesuradas, nacen aquí, dentro de nuestra cabeza, despertando vibraciones biológicas en nuestras carnes, de esto no cabe la menor duda, y está bien estudiado todo el proceso, pero también es evidente que las emociones no surgen de la nada, precisan de un estímulo que las despierte, y esos estímulos suelen venir de fuera, del mundo exterior, incluso del estado de alguna de nuestras glándulas. Lo cierto es que si no hubiera gente cerca de nosotros, no podríamos amar, para que nos asustemos es necesario que tropecemos con un peligro inminente, real o imaginado, hace

falta una persona, una cosa o una circunstancia, para estimular nuestra ira, o nuestra alegría, y así sucesivamente.

El problema se presenta cuando estamos dormidos; entonces nuestros sentidos se apagan, o se aletargan, estamos separados del mundo exterior. ¿Cómo, entonces, pueden vivirse esas emociones con tanta nitidez, acompañadas de aquellas repercusiones fisiológicas de las que he hablado más arriba? ¿Es que pueden esas alteraciones fisiológicas, ese malestar de nuestras vísceras, provocar tales sueños dolorosos?, me pregunta nuestro amigo. Porque, en tal caso, habrá que concluir que también tienen el poder de inducir ensoñaciones tan magníficas y reconfortantes como la del sueño que acabamos de leer, no cabe duda.

Nos quedamos con las preguntas, sin ahondar más. Los dos sabemos de dónde procede esa plenitud extraordinaria.

Mis alumnos han crecido

Como en otras ocasiones, el lugar, el ambiente y la decoración no los puedo reconocer una vez despierto, pero todo sucede con la más correcta lógica. Se trata de un centro educativo, y la edad de los chicos y chicas me obliga a deducir que es un Instituto. He encontrado a un par de alumnos de aquellos tiempos en que daba clase de Primaria y ellos no tenían más que seis o siete años, pero, también como otras veces, sus rostros no tienen nada que ver con la realidad, aunque suceda, como es lógico, que los niños cambien cuando crecen y se hacen muchachos y muchachas espigados y espigadas. Aquellos dos chicos, aunque no se parecían a ningún alumno mío, pequeño o grande, me eran, en el sueño, perfectamente reconocibles. Los saludé efusivamente, porque yo estaba realmente complacido de verlos, y ellos me correspondieron mostrando en sus caras el contento de ver a su antiguo maestro después de tanto tiempo. Pero la entrevista duró sólo un instante, porque, casi inmediatamente, me acerqué a un aula donde yo sabía que estaba el resto de mis alumnos, todos ellos del mismo curso, y deseaba verlos también. No era sólo un deseo, sino, hablando con mayor precisión, una verdadera necesidad: algo había nacido en mí difícil de describir, pero muy parecido a aquel sentimiento, o conocimiento, o lo que fuese, que aparecía en el sueño que he titulado EL

PROTECTOR, sólo que al revés. Ahora era yo el que se sentía protector de aquellas personillas que me traían tantos recuerdos agradables, y en aquel sueño yo era el protegido.

La puerta del aula se encontraba entreabierta y por la abertura pude ver la mesa del profesor, vacía en aquellos momentos. Puse la mano en la puerta como para abrirla y entrar, pero no lo hice, no me atreví a infringir alguna norma que prohibiera la entrada de extraños, así que me decidí por asomar la cabeza y medio cuerpo para que mis alumnos me vieran. Todos estaban mirando al intruso, les hice un guiño de complicidad y les sonreí complacido, y ellos mostraron su sorpresa y alegría. Me habían reconocido. Una corriente de simpatía se estableció entre ellos y yo, una sensación de júbilo contenido que sólo se expresaba en sus rostros, pues, al parecer, eran unos chicos que habían aprendido a esperar a su profesor sin montar ninguna algarabía, cosa que, cuando tenían siete años eran incapaces de hacer. Aquellos rostros me eran perfectamente conocidos, en el sueño, quiero decir, hasta el punto de que podía recordar a cada uno de ellos como si de verdad los estuviese viendo. Pero aquella situación tan perfecta y agradable duró muy poco, pues desperté, o tal vez tuve otro sueño que no recuerdo.

La relación del hombre de los sueños con los alumnos mayores siempre fue perfecta, al menos desde su punto de vista, y tal vez sea esa circunstancia la que se refleja en esta ensoñación. A poco de salir del Seminario, debiendo reintegrarse a la enseñanza de

nuevo, tanto por necesidades económicas como de vocación, fue a parar a una de aquellas escuelas confesionales en las que los alumnos aprendían un oficio, muchachos que no habían logrado superar los niveles anteriores, se les cerró el camino a los estudios superiores, no les quedaban más que sus manos para buscarse la vida. Allí se le encargó la jefatura de disciplina del centro, un nombre demasiado solemne para un trabajo que se suponía lleno de dificultades a causa del nivel de gamberrismo de los alumnos, a los que todos los profesores miraban con recelo. Unos muchachos que se preparaban para aprender un oficio, y que terminarían siendo electricistas, fontaneros o mecánicos, despertaban cierta desconfianza en el profesorado y, sobre todo, en el sacerdote que dirigía la escuela, un hombre mayor que se empeñaba en encajar la piedad religiosa en los revoltosos cerebros de los jóvenes *de una forma contundente*, en su original y primaria acepción. A nuestro amigo se le ocurre llamarlo así por las decisiones que tomaba. Para empezar, había que rezar un credo, un padrenuestro y tres avemarías, todos colocados en filas en el patio de recreo, antes de entrar en clase, y los alumnos, inquietos por naturaleza y mal dispuestos ante las prácticas de piedad, demostraban su nerviosismo moviéndose, carraspeando, bostezando, o riendo a escondidas. A continuación debían dirigirse a las aulas en fila y en completo silencio. Ni que decir tiene que tal cosa era imposible de conseguir, y en esos momentos quien se ponía nervioso era el cura-jefe, que se movía de-

trás de los alumnos tratando, inútilmente, de imponer silencio. Pero todo esto no tiene mayor importancia, lo que realmente preocupaba a nuestro hombre era la decisión de restar dinero de las becas que recibían los alumnos en el caso de faltar a misa, y el soñador era el malvado que debía tomar nota de los ausentes. Roída su conciencia por el terror al pecado, y obsesionado por el sexo, el buen cura quería que el soñador, cuando los alumnos entraran en las duchas después de la gimnasia, los vigilara para que no se mirasen los órganos genitales los unos a los otros estando todos desnudos como estaban. Fue entonces cuando decidió hacer algunos cambios: se negó rotundamente a esa vigilancia de las duchas, redujo las oraciones de entrada a un padrenuestro y decidió no tomar nota de los ausentes a las misas. Al director no le gustó nada semejante insubordinación, pero no había nadie más que pudiera encargarse de aquellos menesteres, así que tuvo que aceptar los cambios a regañadientes. Los alumnos se percataron de la situación y la recibieron con agradecimiento y respeto. Nunca tuvo ningún problema de disciplina con ellos en todo el curso.

Otro tanto le ocurrió más tarde. Quedó vacante una plaza en un reformatorio, que tal cosa era aunque nadie quería llamarlo así, me refiero a quienes lo regentaban, el Tribunal de Menores y una congregación de frailes. Durante seis años bregó con aquellas criaturas, unos encerrados por algún delito menor, otros, porque les faltaba el calor de los padres, que los tenían, pero despreocupados de

ellos. De ese modo, todos revueltos, los inocentes faltos de cariño y los jóvenes maleantes, nadie acababa de saber quines eran los unos y los otros. Pero nada de aquello impidió que nuestro hombre se llevara bien con todos, los mayores y los más jóvenes. En realidad, apeló a un viejo recurso pedagógico: demostrarles lo mucho que le importaban a él, cualquiera que fuesen sus problemas. Siempre le había dado resultado, y la verdad, según me cuenta, es que no tenía necesidad de esforzarse, bastaba tomarlos en serio y los muchachos lo captaban enseguida. Nada debe extrañarnos que este sueño sea una representación onírica de lo que en realidad ocurría, sólo que ya hace casi quince años que dejó la enseñanza y es ahora cuando aparece.

La gran fiesta libertaria

Me encontraba en una ciudad, y sus calles y plazas estaban llenas de gente, gente joven mayoritariamente, que bailaba y saltaba al mismo tiempo. Daba igual que caminara hacia la calle de al lado, en todas partes se celebraba, al parecer, una gran fiesta popular, aunque no recuerdo que se oyera ninguna clase de música. Pero no sólo se dedicaban a bailar y cantar, alguien se había sentado en algún sitio, tal vez cansado, o mareado, y otro alguien se le acercaba para ocuparse de él, o de ella, una chica le recogía el pelo a otra en un moño, dos muchachos caminaban cogidos por los hombros, algunas parejas se abrazaban en silencio en medio del bullicio. Se respiraba camaradería, deseos de pasarlo bien compartiendo la alegría general. Debían estar celebrando algo, esa simbiosis total no se explicaba sólo por el hecho de estar juntos, debía haber una idea que los uniera. En un momento determinado supe quienes eran, lo supe del modo en que me ocurrió en otros sueños, un saber que no llegaba de ninguna parte: se trataba de un grupo de miles de personas formado por la simpática canalla de los libertarios, los ácratas, los anarquistas. Continué de un lado a otro, sin bailar, ni saltar, ni hablar con nadie y, sin embargo, contento como un niño. Ignoro por qué ocurrió, pero luego me acerqué a una puerta alta en un edificio poco definido, entré, subí por unas escaleras y atravesé un pasillo

hasta entrar en una habitación donde había un hombre grueso durmiendo en una cama grande. Era un sacerdote. Me coloqué a los pies de la cama, en el suelo, como si fuese a dormir. Entonces entraron varios estudiantes de teología y se me acercaron. En ese momento yo estaba desnudo, pero cubierto con una manta o algo parecido. Ellos, no sé por qué razón, querían ayudarme, pero yo, cubriéndome con la manta, salí aprisa del edificio. Todo volvió a ser como antes, la fiesta continuaba y yo seguía mezclado con la gente. Un grupo de chiquillos jugaba y reía en medio del jolgorio. Y fin.

Nuestro anciano está muy satisfecho. Le ha producido una sensación de bienestar, de paz y confianza en sí mismo, que raramente había sentido, ni en los sueños ni en la realidad. Me habla de su curiosidad por conocer esas ideas, de cómo leyó cuanto encontró en las librerías, de su ingreso en una agrupación anarcosindicalista y hasta qué punto se entusiasmó con los gritos de libertad de aquellos románticos revolucionarios de los primeros tiempos. El cambio que experimentó poco a poco, como quedó claro más atrás, después de su salida del Seminario, se vio reforzado por estas lecturas de revoltosos innovadores que pregonaban, me explica, la ruptura de todas las cadenas, esas cadenas que aherrojan a los humanos hasta límites insospechados, unos límites que ni siquiera ellos mismos, los aherrojados, pueden distinguir, porque tienen los ojos vendados por la realidad que se les ha impuesto. Pero sentía yo curio-

sidad por saber de qué forma y en qué circunstancias había llegado este hombre a esas ideas, que no parecían tener ninguna vinculación con su vida pasada, y así se lo dije.

Su respuesta fue sorprendente. En aquellos tiempos, y precisamente cuando ya pertenecía al Centro Católico, su padre le hablaba con entusiasmo de una obra que llevaba un sugerente título, 'La Conquista del Pan', muy apropiado para que lo leyera un panadero. Al joven de los sueños no le interesó gran cosa, pero su cerebro lo guardó en su memoria a largo plazo acompañado de un cierto sentimiento de admiración que, como es de suponer, le habían provocado las referencias apasionadas de su padre. Y quiso el azar, si es que el azar tiene voluntad de querer o no querer, que, visitando un día cierta biblioteca de libros usados, se tropezara con aquel título. En ese momento sintió agolparse en su memoria los viejos recuerdos de cuando era un muchacho y su padre aún estaba vivo. Compró el libro, lo leyó, supo que lo había escrito un famoso anarquista, y de ahí a buscar otros libros del mismo autor y de otros autores, todo fue uno.

Nuestro amigo está sorprendido por la forma en que se entretajan los sucesos de la vida cotidiana. Su hermana samaritana, con paciencia y determinación, lo había introducido en los hábitos e ideas religiosas desde que era un niño, y, sin embargo, acabó renegando de todo aquello con el paso del tiempo. Su padre, con sólo el elogio

entusiasmado de un libro, le avivó, al cabo de los años, el deseo de conocer a esa canalla revoltosa, como él la ha llamado.

Mis alumnos están felices

De nuevo, al despertar, las escenas se confunden en la memoria, y sólo quedan, de una forma nítida, las emociones, los sentimientos, las vivencias, y todas ellas muy positivas. Estoy en un colegio, lo sé porque he visto otras aulas además de la mía. Mis alumnos son pequeños, como los que he tenido la mayoría de las veces en la vida real. Ninguno de ellos está sentado ante un pupitre, en realidad no recuerdo que hubiese pupitres por ninguna parte, sino que andan en grupos, se mueven de acá para allá, charlan animadamente, pero en ningún momento puede hablarse de algarabía, se les oye, pero las voces son tan naturales como las de unos adultos reunidos en un pic-nic. No están trabajando en nada relacionado con el aprendizaje. Están allí, simplemente. Me sorprendió, agradablemente por cierto, la última escena que recuerdo: los pequeños han comenzado a salir del aula en dos filas perfectamente ordenadas, yo estoy en la puerta viéndoles, y no acierto a comprender por qué se

van. ¿Es ya la hora de salir? Miro a mi derecha, donde está la puerta de otra clase y allí están todavía un grupo de niños con su profesor, ¿por qué no salen éstos? ¡Mis alumnos se están escapando ordenadamente! Pero se me ocurre mirar mi reloj de pulsera y observo, satisfecho, que es justamente la hora de la salida. No he dado la orden de marchar, ni de que se coloquen en dos filas, ni de que vayan en silencio, lo han hecho todo ellos mismos, a pesar de que sólo tiene siete u ocho años. Estoy contento, mis alumnos pueden organizarse por su cuenta, no me necesitan. Así es todo el sueño: un cierto distanciamiento entre profesor y alumnos, como si ellos supieran ya lo suficiente para desentenderse de mí, lo que no es obstáculo para que se palpe una camaradería mutua, una situación de bienestar, de comprensión, de respeto. Nunca había soñado así con mis alumnos. Me he despertado feliz.

¿Recuerdas el sueño titulado MIS ALUMNOS HAN CRECIDO en el que se encuentra con sus antiguos alumnos en un instituto? Aquellas sensaciones eran bien parecidas a éstas. Yo diría que si su cerebro hubiese respetado la secuencia cronológica, ese sueño pasado debería ser la continuación de este último, y entonces todo sería perfecto. Pero las ensoñaciones no siguen esas pautas, como bien sabes tú, y si hubiese sucedido tal cosa, quedaría al descubierto que nuestro comunicante andaba imaginando sueños para construir un final adecuado a sus intereses literarios. Este sueño, como el anterior y algunos otros, no forman parte de un desenlace buscado

intencionadamente, sino reflejo de una realidad que se va imponiendo en los últimos años de su vida. Así pues, una vez más estamos frente a una situación nueva que viene a trastocar todo el pasado. Nuestro hombre sufrió muchas veces, en sus sueños, verdaderas pesadillas turbadoras en las que sus alumnos son personajes quisquillosos y desobedientes a los que resulta imposible de controlar. A veces, siente una irritante frustración, se encoleriza, y entonces zarandea, o golpea con la mano, a alguno de ellos. Pero, sorprendentemente, esos golpes no llegan a dañar, ni siquiera tocar al destinatario: su brazo parece que avanza con un movimiento ralentizado y la mano se detiene justamente al rozar al muchacho, que se ríe desvergonzadamente al ver lo inútil de su gesto. Estos sueños han tocado, también, a su fin. Los años han ido cauterizando sus heridas, el tiempo está jugando a su favor, la paz interior y la serenidad emocional se van imponiendo poco a poco. El hombre de los sueños me señala la posible influencia, en esta nueva forma de sentir y de soñar, de uno de esos preparados que alivian los estados depresivos, y que le recetó su psiquiatra hace dos o tres años. Me dice que ese fármaco, como un ángel protector, debe estar produciendo, con su varita mágica, ciertas reacciones químicas en su cerebro que lo están llevando a esta nueva situación tan placentera, y que ello, sin duda, se refleja en sus sueños.

Personalmente, me satisface que el soñador haya llegado a esta situación, sea o no debida a un medicamento, pues eran muchos

los fantasmas acumulados en su mente. Ahora está preparado para el final, y si él puede afrontarlo con entereza dejando a un lado las creencias religiosas, tendremos que aceptar esta posibilidad, aunque a mí, como creyente, me complacería más que en este tiempo de espera contara con el apoyo que le brinda la Iglesia. Bueno, no se puede tener todo, como suele decirse.

Vuelo sobre una ciudad

Estoy en una calle que parece más bien la de un pueblo. Hay gente que conozco, pero en el sueño, no en la realidad. No están a mi lado, sino a unos metros, hablan entre sí y conmigo, pero no recuerdo lo que decíamos. Yo estoy pensando en volar, siento necesidad de hacerlo. Ante mí, la calle termina ligeramente inclinada hacia abajo y más adelante asciende. Ya no hay más casas. Me decido. Me lanzo hacia delante a pasos largos, cada vez más aprisa, dando zancadas de varios metros, manteniéndome en el aire entre zancada y zancada, hasta que me elevo, ingrávito, en el aire, hacia lo alto. Es de noche. Tengo ante mí la barrera de un monte, asciendo suavemente y, superado el obstáculo, veo, asombrado, un

espectáculo grandioso: como a cosa de un kilómetro, sobre una llanura oscurecida, una ciudad enorme se pierde en la lejanía y en ella brillan miradas de luces entre la negrura de los tejados y azoteas. La ciudad aparece muy uniforme en su estructura y apenas sobresale un edificio de otro. Sin embargo, a no mucha distancia, una extraña construcción se elevaba sobresaliendo de un modo descarado sobre todos ellos. Era alargada y de aspecto achaparrado, y tenía un cierto parecido con una catedral, aunque carecía de agujas ni nada que sobresaliese. Desde el lugar en que la contemplaba, aparecía como una gran mancha oscura y uniforme, lo que, sin embargo, no impedía que se adivinaran ventanales y contrafuertes. El extraño edificio respiraba serenidad, como un gran animal dormido e inofensivo. Atraído por él, y siempre de pie, me deslizo en su dirección lentamente, pero sin que yo lo deseara mi velocidad aumenta mientras me voy acercando. Es como si el edificio me atrajese, pero en el sueño no tengo esa impresión. Mi cuerpo se dirige hacia el extremo izquierdo de la construcción, a unos metros por debajo de la parte superior. Ahora la veo tan cerca que soy consciente de su enorme estructura. Al tiempo que me acerco, mis piernas se adelantan como si inconscientemente tratara de evitar un golpe. En ese instante aparece a mis espaldas un colchón que presiento de espuma y que se adhiere a mí, pero transversalmente, no a lo largo de mi cuerpo. El colchón y yo, que en ese momento estoy casi horizontal y boca arriba, nos elevamos suavemente hacia la

parte superior del edificio. No he tenido absolutamente ningún temor mientras ha durado la operación de acercamiento, la grandeza de la ciudad y del edificio me tenían absorto y subyugado.

El sueño es sosegado y placentero, y la ciudad, que no tiene ninguna relación con su vida real, pues nunca ha visto algo parecido, transmite paz y tranquilidad mientras duerme entre sombras y luces escondidas. La extraña construcción lo atrae suavemente y le ayuda a colocarse sobre su gigantesca mole, una atracción delicada y exquisita, como la bienvenida de alguien que te ha estado esperando con calma durante mucho tiempo, como el recibimiento de una madre cuyo hijo se fue por su propia voluntad y no quiere recriminarle, sino olvidarlo todo, y suena sin parloteo, con una sola palabra: ven. Él dice que le recuerda vagamente una catedral, y nos preguntamos si pudiera simbolizar algo relacionado con sus obsesiones religiosas. ¿Tal vez el Seminario, que como un animal dormido e inofensivo le sigue atrayendo? ¿Quizá la Iglesia, o simplemente sus creencias? Insiste en que no se trata de eso, pero nuestro oscuro inconsciente puede estar ocultando, en sus cuevas más profundas, muchos sentimientos que, conscientemente, seríamos incapaces de reconocer.

Pero no es necesario forzar las cosas hasta sacarlas de quicio, como suele decirse. En los ensueños, una ciudad no es una ciudad, ni un edificio debe llamarse así, porque lo más probable es que

sean símbolos de otras cosas, de otras muchas cosas, tantas que debe resultar, para vosotros, los expertos, bastante difícil dar con aquella que resulte ser la verdadera. De lo que no cabe duda, a pesar de estas incertidumbres, es de que en este sueño hay algo sumamente agradable que estaba esperando a nuestro protagonista y desea retenerlo, pero cariñosamente, como si dijéramos, de un modo como sólo saben hacerlo los padres, los enamorados... y la muerte. Se me ocurre acordarme de ella porque nuestro hombre la ha soñado así, dulce, apacible y amable, como creo que recordarás cuando, paginas atrás, hablamos de otro sueño. La ciudad puede ser la vida y, en medio de ella, vigilándola aunque parezca dormida, alzándose sobre todo, destacando, como algo mucho mas importante que cuanto la rodea, porque la vida es sólo un soplo de nada, allí esta ella, la muerte, siempre, imperturbable.

Un sueño y una realidad

Estoy paseando por una calle cualquiera, acompañado, pero no sé de quién. Como otras veces, siento la necesidad de volar. Echo a correr. Antes de elevarme miro la calzada: no está alquitranada, como es normal, son adoquines, muy pulidos por cierto, unidos con delicadeza, de manera que forman un dibujo de líneas blancas: las uniones. La impresión de conjunto es de pulcritud, acentuada por una cierta humedad que hace brillar la calle. Presiono suavemente sobre el suelo con un pie y me elevo. Veo numerosos árboles, encuentro una rama en mi camino y la esquivo por encima, todo ello sin esfuerzo, sin pensar, dejándome llevar. El terreno aparece con numerosas elevaciones, todas ellas paralelas, como esos decorados que en el escenario simulan planos diferentes de la realidad. Me acerco a una de esas elevaciones. Hay dos árboles de poca altura cuyas ramas se tocan y, entre ellos, unas plantas espinosas en el suelo. Decido atravesar el hueco que queda entre la hierba y los árboles, y siento que, al pasar, las plantas espinosas me arañan las piernas, no me hieren pero no resulta agradable. Ahora bien, el vuelo, hasta ahora placentero, pues lo del espino fue cosa de nada, empieza a complicarse: debajo, corriendo por el suelo campestre, un hombre rápido y corpulento me mira y me sigue. Giro a mi izquierda. Frente a mí hay una pared natural que se eleva vertical-

mente, asciendo ante ella y, cuando acaba la pared, encuentro un llano sobre el que me siento seguro volando: estoy a tal altura que a mi perseguidor le resultará imposible subir. Pero estoy equivocado: llega al mismo tiempo que yo. Mi única salida, pienso, es el precipicio por el que he subido. Como estoy en el aire, al moverme hacia él aumenta la distancia que hay entre el suelo y yo, y mi perseguidor, como no vuela, no podrá seguirme porque se precipitaría en el vacío. Confiado en esta estrategia hago un giro a mi derecha: ya tengo el vacío bajo mis pies, estoy a salvo. Pero no, aunque parece imposible, el hombre me ha seguido y me agarra por un hombro. Creo que ha dado un salto para aferrarse a mí y no caer. No he sido lo suficientemente rápido. Giramos los dos en el aire, yo con la intención de desprenderme, él, seguro de que no caerá si no me suelta. Bajamos suavemente. El sueño acaba.

¿Recuerdas aquellos que te conté al principio en los que está volando y alguien le coge las piernas para devolverlo al suelo? Entonces te dije que aquello había desaparecido, excepto en una ocasión, ésta que acabas de leer. Ahora, tras un vuelo alegre y placentero, aparece de nuevo la bajada decepcionante. Para el soñador, se repite el aviso tras el regalo: no creas que siempre va a ser así, no des nada por seguro, si las circunstancias te son propicias, disfrútalas, pero en este mundo todo es caduco, la mayor felicidad dura lo que un suspiro. ¿Qué fue de aquel amor primero, qué de las

amistades de la infancia, de tus arrebatos religiosos, de tus fantasías de universitario, de cantante, de pintor y de poeta? ¿Dónde se fueron tus sueños? Todo cambia, todo acaba, nada permanece, palabras que se han dicho desde que la humanidad aprendió a escribir, hace muchísimo tiempo, y que nunca acabamos de aprender.

Pero nuestro hombre, en la actualidad, no se siente nostálgico del pasado, no echa de menos nada de lo que le ha sucedido con el transcurso del tiempo, ni siquiera se imagina a sí mismo ligado a aquel niño de la panadería, al muchacho del Centro Católico o al joven ilusionado en el Seminario, sus proyectos pretéritos se fueron a no se sabe dónde y su recuerdo carece de relevancia. Lo ha dejado muy claro en un texto que escribió sólo hace unos días:

Desde hace años, muchísimos años, van y vienen conmigo papeles de mi infancia y de mi juventud, momificados, como yo mismo, dentro de una carpeta. Ayer los saqué de su sarcófago para que les diera el aire y se espantaran las polillas, y miren por dónde, me encontré el Libro de Calificaciones de mi Bachillerato. Nada más abrirlo, dos fotografías me miraron desde los ángulos superiores izquierdo y derecho. La primera era un niño de diez años como cualquiera de esos muchos millones que pueblan el planeta, sin absolutamente nada que lo diferenciase, un ser anodino, como tantos, y yo diría que anónimo si no fuese por el hecho de que su nombre aparecía pocos centímetros más abajo. El de la derecha era un adolescente de diecisiete, el rostro ovalado, alargado el cuello y una mirada que

parecía ir más allá de la cámara, pero nada más. Los dos eran yo. Al detenerme en ellos, la memoria de mi rostro de ahora, que me observa todas las mañanas desde el espejo, se unió a aquellos rostros en un acto automático de comparación. ¿Quién era yo de los tres, y de los otros muchos que aún conservo? Tengo un yo de cuando el servicio militar, otro de aquellos tiempos en los que estudiaba en el Seminario Diocesano, varios, bastantes, en que aparecían mis cuarenta años, y luego los cincuenta, etc. y etc. El último es el yo del Carné de Conducir, y el más reciente, de ahora mismo, como si dijéramos, el impertinente del espejo. ¿Soy una suma de yoes, o tal vez un yo versátil que cambia crónicamente?

Esta mudanza no se refiere sólo a lo que ven mis ojos cuando me detengo en esas fotos, mudanzas de la estatura, de la piel, del pelo, de los dientes, pero también internas, viscerales, del estómago, de los huesos, de la próstata, ni siquiera soy aquel niño de diez, ni el de diecisiete, ni ninguno de ellos, si recordamos que mis células tampoco son las mismas, aquello que dicen los biólogos, que cada no sé cuánto tiempo se ven sustituidas por otras nuevas. El cambio afecta también, y esto es lo realmente decisivo, a otras áreas mucho más determinantes. Sus inquietudes, sus preferencias, sus amores, sus proyectos, nada tienen que ver conmigo. Todos nosotros, mis yoes y yo, tenemos algo en común, desde luego: el nombre, la familia, algunos amigos, ciertos lugares en los que convivimos y determinados recuerdos, distorsionados, por supuesto, pero,

¿puede un yo concretarse sólo en eso? Puede que sí, tal vez no somos otra cosa que formas cambiantes arrastrando consigo la sombra del origen hasta que la muerte detenga el proceso. A mí me da igual. Pero no entiendo esas mudanzas de mi propia persona a través de los años, porque al cambiar me convierto en otra que apenas tiene que ver con la anterior. Cuando era niño y joven, me creía todo lo que me decían mis padres, mis maestros y mis catequistas, lo digería en mi cerebro e intentaba vivir con ello después de asimilarlo, y todas esas creencias influían en mi vida, en mi forma de razonar y en mi conducta, todo yo giraba en torno a ese centro formado en mi mente por otras personas. O sea, eran los demás quienes vivan en mí, yo era un cero a la izquierda, cuando no una marioneta. ¿Cómo puedo reconocermé a mí mismo en esos personajes ahora que lo critico todo y sólo me convence lo que resulta lógico y demostrable, ahora que mi visión del mundo que me rodea es tan distinta? Me estoy refiriendo a mí, pero ¿qué ocurre con los demás? He observado que muchas, muchísimas personas, se mantienen incólumes en el primer yo de la infancia y de la adolescencia, aunque sus cuerpos cambien, que se ven a sí mismas en sus viejas fotografías porque sus ideas, sus pensamientos, sus amores, inquietudes, preferencias y proyectos han sido los mismos hasta ahora. Lo mío es diferente, tal vez sea un bicho raro, pero en estos momentos tengo un yo totalmente nuevo, recién estrenado, recién nacido, que disfruta tirando a la papelera las viejas fotos de otros yo

que ya no existen. No sé qué ocurrirá mañana, pero me gustaría seguir así algún tiempo, justo el que necesito hasta que cese el cambio.

Si este sueño, como se ha dicho más arriba, es, una vez más, algo así como una advertencia acerca de la brevedad y caducidad de las cosas, sean personas, sentimientos o circunstancias, es evidente que el soñador, como queda demostrado por el texto anterior, lo ha aceptado plenamente. También es evidente que esta forma de pensar, como muestra de ética práctica, podría servir, especialmente a los famosos que se ahogan en su propia gloria. Pero el hombre de los sueños no lo es, nunca lo ha sido, entonces, ¿a qué viene esa advertencia, por qué razón debe permanecer vigilante? Supongo que la explicación es muy sencilla: los sueños le están alertando de los peligros, no de la fama real sino de esa otra simplemente subjetiva, fantasiosa, deseada, que le descubrimos hurgando en sus diarios juveniles. Pero ha pasado mucho tiempo, tales avisos apenas se repiten, y, sin embargo, aquí lo tenemos de nuevo. ¿Acaso a estas alturas, ya viejo y sin mucho futuro por delante, piensa todavía en sobresalir, como le ocurría en el teatro según lo contamos en otra ocasión? No tendría nada de extraño, genio y figura...

Otro asunto resuelto

Estábamos en un pueblo. Esto es importante para la probable interpretación, como ahora se verá. Yo era mucho más joven que ahora, y entre las muchachas que estaban conmigo había una a la que yo había pretendido, como se decía en mis tiempos, alguien a quien no podía reconocer. No recuerdo que ellas hablaran, el peso de la conversación, si es que puede llamarse así, lo llevé yo, estuve hablando casi todo el tiempo que duró la escena. Lo que sí recuerdo es cómo lo hice. Aquí, para que se comprenda mejor, debo hacer una distinción entre mi forma de hablar y el contenido de lo que decía. En cuanto a la forma, me impresionó el hecho de que las palabras acudieran a mi boca con tal rapidez que casi no me daba tiempo a pronunciarlas. Recuerdo que en mi juventud me pasaba algo parecido, todo cuanto quería decir lo tenía tan a la mano que me bastaba desearlo para que pudiera pronunciarlo sin ningún titubeo. Pues bien, en el sueño, yo hablo con aquella maravillosa rapidez de mi juventud, incluso creo que más. El truco está en que no necesito tantear, cotejar, evaluar o controlar lo que voy a decir, las frases surgen con una fluidez extraordinaria. Al mismo tiempo que hablo, me muevo por el lugar donde estamos, detrás de las chicas, incli-nándome sobre ellas, sentándome y dándoles la cara, mirándolas

directamente a los ojos, con un tono de persuasión totalmente espontáneo.

En cuanto al contenido de tan largo parloteo, no recuerdo ni una sola frase. Quizás estuviera justificando mi comportamiento, es decir, el haber cancelado mi incipiente relación con la muchacha, pero tal cosa no concuerda con mi estado de euforia. Lo que está bien claro es que he dado por superada mi angustia, mi vergüenza, mis remordimientos. Todo quedó atrás, o mejor dicho, todo se ha borrado, como si hubiese asistido a un juicio en calidad de culpable, temeroso de un terrible castigo, y el juez, o mejor aún, el jurado, me hubiera declarado inocente: se acabó, puedes marcharte en paz. Saldría a la calle dando saltos de contento, manifestando a todo el mundo mi exculpación. Esto es exactamente lo que yo podría haber estado diciendo en toda aquella parrafada. En fin, fuera como fuese, desperté tranquilo y relajado.

El soñador y yo estamos de acuerdo: hay aquí una referencia clarísima a una persona determinada, la chica que conoció por medio de un amigo. Me sorprende que haya aparecido este personaje después de tantos años de haber sido cancelada su relación, pero mi interlocutor me aclara que no es la primera vez: desde entonces, ha soñado en varias ocasiones con la misma persona, sólo que todo era muy diferente. Él iba a un pueblo desconocido, andaba por sus calles, o visitaba a algunos amigos que tampoco eran reales, pero

siempre evitando encontrarse con la chica o con sus familiares. Hubiese sido realmente turbador toparse, como quien dice, con la madre, que le detiene en su caminar y le espeta con resentimiento algo así como *¿Qué le ha hecho usted a mi hija? ¿No le da vergüenza?*, a lo que se hubiera visto obligado a responder, *Señora, sólo he dado por finalizada una relación, no es nada del otro mundo*, y la buena mujer sigue con las recriminaciones, y nuestro hombre se tiene que marchar dejándola con la palabra en la boca; o hubiese ocurrido de otra forma, quizás ni siquiera lo mira a la cara y sigue su camino como si no existiera aquel hombre que acongoja a su hija. Efectivamente, este encuentro hubiese resultado tan angustiante como si le hubieran culpado de dejarla embarazada y acto seguido desaparecer para siempre. La realidad fue también inquietante. La muchacha había cumplido ya la treintena, era atractiva, morena, alta, sencilla, no tenía otra cosa que hacer que sus labores, entre las cuales figuraba su afición por la pintura. Huérfana de padre, sus dos hermanos, propietarios de una empresa de construcciones, cargaban gustosamente con sus necesidades y las de la madre, y vigilaban el bienestar de la moza, no sólo físico sino especialmente el moral, es decir, desconfiaban de cualquier hombre que se le acercara. Desconfiaron desde el primer día del hombre de los sueños, que iba a visitarla cada fin de semana, se sentaba con ella en su casa a charlar o daban un paseo por el pueblo. La gente, en las poblaciones pequeñas, donde todo el mundo se conoce, miraba

a la pareja con curiosidad, tal vez porque ella, a la edad que tenía, aún era virgen, incluso de pretendientes. La animosidad de los hermanos resultaba tan evidente que llegó a ser molesta para nuestro hombre. Pero no fue aquello lo que le hizo arrepentirse, o tal vez no sólo aquello. De nuevo se encontró atrapado, como en su ciudad natal con aquella chica a la que pidió relaciones en la iglesia, como en el Seminario, cuando ya estaba turbadoramente cerca la decisión final. Ahora, el tiempo pasaba y las cosas se iban poniendo cada vez más serias. La muchacha, su madre, los amigos y conocidos del pueblo, todos estaban esperando que, de un momento a otro, el soñador hiciera una declaración formal de sus intenciones. El vínculo se le echaba encima como una espada de Damocles. Pero aún era tiempo de rectificar. ¿Cómo hacerlo? He aquí el problema que le inquietaba día y noche, y que trataba de resolver dándole vueltas a una u otra posible solución. Por fin se le ocurrió una excusa que resultaba a todas luces insuficiente, pero no tenía otra. Salieron a pasear, hablaron de cosas banales durante un tiempo y al fin se decidió. Le explicó que había tenido un quiste en un testículo, lo cual era cierto, que lo habían operado y, como consecuencia colateral, quedó incapacitado para tener hijos, lo cual no era cierto. Pero continuó, con la vista baja, avergonzado: como él no comprendía el matrimonio sin descendencia, había decidido mantenerse soltero de por vida. La excusa era bastante pobre, y es probable que la muchacha se diera cuenta de que no era otra cosa que una

excusa, pero la decisión estaba tomada, y una vez más lograba escapar de esa red a la que tanto temía: la responsabilidad. Se despidieron como otras veces, con un apretón de manos, como si nada hubiese ocurrido entre ellos, pero ambos habían sido heridos gravemente, ella en sus esperanzas, él en su propia estima. Tardó mucho en recuperarse, como en otras ocasiones, y como en otras ocasiones los sueños vinieron de vez en cuando a remover la herida, como ya hemos visto. Ahora, después de treinta años, cuando ya andaban aquellos recuerdos casi dormidos, su cerebro llegaba para confirmarle que todo había terminado, la herida estaba ya cicatrizada, ni siquiera era culpable, y podía disfrutar del resto de sus días sin vergüenza ni remordimientos. Esta es la razón de que este sueño le haya reconfortado tanto.

Vuelve la amiga de siempre

Estoy en mi tierra natal, en la calle en donde se encuentra la panadería de mi padre, aquella en la que escuchábamos, en las noches serenas del verano, la voz inolvidable de mi querida hermana deforme. Entro en la panadería, paso el despacho de pan y estoy en el obrador. Allí, a mi derecha, el antiguo horno de leña. Lo curioso es la presencia de una muchacha rubia entregada a la tarea de meter el pan en el horno con la larga pala de madera. Se vuelve a mirarme. Tiene los ojos azules, y una figura esbelta. No recuerdo cómo sucedió lo que sigue, si fue que volví a entrar en el local o que ya continuaba allí, pero el caso es que ahora hay otras dos chicas de las mismas características: rubias, esbeltas y de ojos azules, aunque no visten del mismo modo. No sé lo que dicen, pero me están hablando. Parecen alegres de haberme encontrado y me siguen hasta la escalera que lleva a la vivienda, arriba, sobre la panadería, aquella por la que subí espantado cuando tuve la alucinación que conté en EL ESPÍRITU. Aunque ignoro lo que están diciendo, su intención es indudable: se diría que me están tirando los tejos. Subo la escalera riendo interiormente de la situación: dos muchachas bonitas y jóvenes interesadas en un viejo como yo. De pronto todo cambia. Ahora soy joven y estoy ante el mostrador de una tienda donde se venden no sé que cosas. A mi izquierda está la

puerta de entrada y a través de ella puede verse la calle. Y allí, en medio de la calle, tan joven como en los buenos tiempos, está mi amiga de siempre, aquella con la que me había casado en un sueño anterior, cuando fui sacerdote y marido de dos mujeres, todo a la vez. La llamo sin moverme de donde estoy, pero no me oye. En ese momento llega otra muchacha que habla con ella. La vuelvo a llamar, ahora más fuerte, y aparece instantáneamente en la tienda, pero al otro lado del mostrador, donde deberían estar los dueños. Habla, pero no conmigo, no se dirige a nadie en particular. A pesar de que sus palabras no las recuerdo, o tal vez no llegaron a mis oídos, sé perfectamente que se encuentra molesta, ofendida o dolida por algo. Su estado de ánimo, sin embargo, no tiene nada que ver conmigo. Parece que hablamos al final, cuando el sueño estaba a punto de acabar.

En el sueño aparece una criatura real, la amiga cuya amistad perdura todavía. La conoció, apenas salido del Seminario, cuando andaba en la estupenda edad de los cuarenta en los ensayos de una coral de aficionados, como aquella en la que tanto disfrutó en su tierra natal. El soñador sintió, desde el primer momento, que había captado la atención de la muchacha, una atención tan intensa que no la hubiera esperado nunca, y puesto que aquella circunstancia facilitaba las cosas, se dejó llevar por semejante devoción. Aunque no acababa de reconocerla como la imagen sublimada que

guardaba en mi mente, me dice evocando la conversación que habíamos tenido al principio, ¿recuerdas?, aquella en la que me hablaba de la imagen interior, totalmente idealizada, que todos tenemos de nuestra posible pareja. A pesar de ello, la muchacha andaba de buen ver, quince años menor que él, ingeniosa, vivaz e inteligente, todo lo cual contribuyó a que su compañía le resultara sumamente agradable. Salieron juntos muchas veces, al cine, a pasear en la moto de él, a contemplar la ciudad desde lo alto del viejo castillo, a una función de teatro... Él la utilizó, el hombre de los sueños lo cuenta así, para leerle sus poesías y sus prosas, ella estaba tan encantada que se sentía feliz escuchando, de modo que todo parecía perfecto. Fue entonces cuando los dos tuvieron sus primeras experiencias sexuales y él comprendió lo inexperto que era en esas lides. Pero el drama apareció bruscamente cuando él descubrió la fuerza del sentimiento posesivo de ella. No acostumbrado a que las mujeres llevaran la voz cantante y dirigieran su vida, ya que en su familia nadie le había presionado nunca, acabó, poco a poco, con aquella relación que lo llevaba de cabeza al matrimonio, algo que a él le horrorizaba. Fue un acabar que realmente no acabó del todo, y por eso la sigue llamando la amiga cuya amistad perdura todavía. Han transcurrido muchos años desde entonces, tienen un ahijado común, y ella, maestra también, ha tenido el coraje de ingresar en la universidad y obtener una licenciatura casi a los sesenta, algo que el soñador no fue capaz de hacer.

El final del sueño encierra una incógnita: ella aparece molesta, incomodada, pero se ignora la razón. Nuestro hombre, sin embargo, afirma conocerla: él no quiso sujetarse ni sujetarla con los lazos del matrimonio o de simple emparejamiento. Puede que esa frustración por parte de la amiga no sea real, pero si nuestro hombre la siente así, el resultado es el mismo, y en este ensueño ella aparece tal y como él la piensa, es decir, decepcionada.

Pero ocurrieron otras cosas en aquella panadería de su infancia y de su juventud. Tendría unos siete u ocho años cuando tuvo una experiencia relevante respecto al sexo. El soñador jugaba por entonces con otros niños y niñas de su edad a la puerta de la tahona. Con una sonrisa un tanto socarrona, me cuenta que se escondió detrás de una puerta con una de las chiquillas y que allí, fuera del alcance de curiosos adultos, jugaron a tocarse y besarse. Pero los adultos aparecen cuando menos se les espera, así que no es extraño que alguien abriera la puerta sorprendiéndoles *in flagranti*. Pasado ante la vista de aquel espectáculo, el adulto ñoño reaccionó sacándolos de su escondite casi a rastras, les propinó un par de azotes y les reprochó su despreciable comportamiento. Nuestro hombre recuerda claramente, a pesar del tiempo transcurrido, la vergüenza que pasó en aquellos instantes. Una experiencia peligrosa, como puedes figurarte, que podría haberle traumatizado para el resto de su vida dada la edad en que ocurrió.

En otra ocasión, no recuerda si antes o después de la vivencia anterior, uno de los obreros invitó a los niños que jugaban, cree recordar que eran cuatro o cinco, a la habitación donde se guardaba la leña para el horno. Con aire misterioso, el hombre les dijo que era capaz de orinar leche en lugar de orina. Estaban todos sentados sobre los troncos, incluido el hombre, y llenos de expectante curiosidad. Ante su asombro, ocurrió tal y como el obrero había dicho. Pero nuestro comunicante no recuerda en absoluto que aquel adulto se masturbara delante de ellos. Puede que el pederasta fuese un eyaculador precoz, excitado ya desde que entró en la habitación apartada con los niños, por lo que la masturbación resultara tan rápida que los niños apenas se dieron cuenta, o tal vez se trata de un recuerdo guardado en su inconsciente, o simplemente olvidado. Si tal experiencia pudo repercutir en su vida posterior, de adolescente, de joven o de adulto, es cosa que nunca sabremos, a menos que el soñador nos contara con todo detalle su vida sexual.

Como en otras ocasiones, no he querido profundizar con preguntas incómodas, siempre me he limitado a escuchar o a animarle a bucear en su pasado y su presente en busca de razones para sus ensueños. Al fin y al cabo, son esas interpretaciones tuyas las que nos interesan, aunque sean desacertadas e incluso caprichosas. Pero mi respetuoso comportamiento ha conducido a esta situación: son muchos los espacios vacíos que han ido quedando a través de estas historias, reales o soñadas. Ya sabes que no es curiosidad,

pero a causa del interés que nuestro comunicante ha despertado en mí, me gustara conocer lo que encierran esos huecos. Pero tendré que esperar a que tú encuentres las respuestas en la investigación que te pido.

Dios y su gato

Estoy con alguien ante una casa de dos plantas que tiene aspecto un tanto cochambroso. La otra persona me dice algo, las palabras son confusas, pero entiendo el mensaje: me está informando de que Dios está dentro. No dudo ni un instante y atravieso la puerta de entrada. Me encuentro muy emocionado ante la idea de ver a Dios, y debo añadir que, junto a esta emoción, hay una sensación de profundo respeto, un cierto y difuso temor que no molesta, los creyentes le llaman temor reverencial, según recuerdo. Entro en la casa y me encuentro en un pequeño pasillo cuyo final no puede verse porque no tiene ninguna luz, pero a la izquierda hay una entrada sin puerta. Me asomo a ella y veo una habitación, blanca, sin muebles ni cuadros, sólo dos camas que están a mi izquierda contra la pared. En la pared que tengo frente a mí veo una puerta: hay que

pasar entre la pared y una de las camas para llegar a ella. Bastante decidido y sin temor alguno, entro en una habitación algo más pequeña, con un mueble, que no aparece claro en mi visión, aunque tiene el aspecto de un armario de oficina, y una mesa de despacho. En ella está Dios. Se trata de un hombre con bigote, cara redonda, de unos cuarenta años, que escribe a mano inclinado sobre la mesa. No me mira, me dice que espere y me siento a un lado, pero mirándolo de frente, y es desde allí que puedo verle como acabo de describirlo. Aunque veo a un hombre, yo sé que no lo es, que es realmente Dios, algo parecido a lo que me ocurrió en la muerte de mi querida hermana, la que tuvo aquella deformación en la columna: la veía viva, pero sabía que estaba muerta. Sobre la mesa veo, sentado, un gato de color desvaído que me mira. Se arrastra hacia mí con el trasero pegado a la mesa, una postura harto ridícula. Lo cojo, pero pronto salta al suelo e intenta subir arañando por la puerta del armario. Pasan unos minutos y entonces Dios me dice, sin mirarme, que no podrá atenderme, que vuelva otro día.

La presencia divina no puede ser más antropomorfa, como lo era la imagen de todos los dioses antiguos, sólo que aquellos iban acompañados de símbolos muy claros de su poder o de su excelencia, mientras que el de este sueño es un hombre tan vulgar como cualquiera que pasa por la acera. Al menos, debería haber aparecido como lo ha visto tantas veces en las pinturas religiosas, el anciano

no con barba y el triángulo tras la cabellera canosa. Pues no, ésta es una representación totalmente original. Pero, ¿por qué no le dice nada, se pregunta, excepto que vuelva, y con el tono de quien no muestra demasiado interés en que ocurra tal cosa? Para encontrar respuestas, el hombre de los sueños me propone indagar en su pasado, como un detective cuidadoso, cuáles fueron sus relaciones con la divinidad en su vida de creyente.

Lo primero que supo, que recuerde, es que Dios era una rebanada muy fina, casi transparente, de pan, que estaba guardada, dentro de una copa grande de oro y plata, tras la puerta de una pequeña caja ornamentada con esmero. A su lado, una llama de aceite advertía a quien pasaba, entraba o salía, de que estaba allí. Si uno se llevaba a la boca aquel pan, se comía a Dios, intrascendente alimento para el cuerpo, pero sabroso y nutritivo para el alma. Más tarde, supo que era el Creador del universo todo, incluidos nosotros, por supuesto, que todo lo controlaba y dirigía, que su poder no tenía límites, que podía enterarse incluso de nuestros más ocultos hechos y pensamientos, que gratificaba a las personas buenas, entiéndase, aquellas que cumplían su voluntad, pero que era insobornable a la hora de castigar a los desobedientes irredentos, y como, según queda dicho, todo lo veía, resultaba imposible escapar de Él aunque se bajase a las profundidades del mar o nos ocultásemos en el mismo centro de la tierra. Sin embargo, así es el corazón humano, lleno de paradojas, cuando en aquellos tiempos de juventud practi-

caba el que llamaban vicio solitario, nunca se le ocurrió caer en la cuenta de que Él lo estaba viendo. La mente cubre piadosamente toda posible perturbación para que el sujeto pueda disfrutar de sus actos pecaminosos.

Sin embargo, había algo muy reconfortante respecto a Dios: que nos amaba como un padre a sus hijos y, por consiguiente, no deseaba otra cosa que nuestro bien, es decir, disfrutar de su gracia, a la que también nos hemos referido antes, único bien del que Dios se preocupaba, pues a nadie se le ocurriría, estando en su pleno juicio, pedirle que le toque la lotería, le suban el sueldo, le aprueben un examen o le devuelva la pareja que se ha marchado de casa, ni mucho menos que le resucite al hijo muerto en un accidente de moto, cuando andaba en la flor de la edad, a pesar de que todo eso está en su mano hacerlo.

Más tarde, cuando lo del Seminario, profundizó en el conocimiento de Dios, que esto, y no otra cosa, es lo que pretende la teología. Aquel conocimiento favorecía su ego, pues la sabiduría acerca de Dios, aunque dice que a la postre no fuese más que pedantería, que tal cosa descubrió con el tiempo, como le ocurrió al de Aquino, le daba una seguridad de la que carece el común de los mortales. No diré nada aquí acerca de esos conocimientos, son tantos y tan técnicos que no hay forma alguna de resumirlos, ni creo que tengan interés para este informe. Sólo añadir, porque espero que comprendas sus más íntimos anhelos religiosos y su posterior evolución, un

poema que escribí poco después de salir del Seminario, aunque él no está seguro de que fuese Dios el destinatario; piensa que no tiene receptor, que es pura poesía.

Te he venido sintiendo desde niño,
mi cariño besaba los suspiros
que en el aire dejaba tu cariño.
Mis ojos perseguían tu perfume,
y mi boca, siguiendo el dulce rastro,
¡todavía!,
del gozo de tu aliento se consume.
Te oía dentro de mí como una fuente,
me paraba a beberte... y se moría,
y yo con tu frescor me construía
los ardientes anhelos de mi puente.
Acostado en mi puente te buscaba
dibujando debajo la corriente
de tu cariño azul que se escapaba.
Los ojos se me abrían como ventanas,
y abiertos se quedaron, ¡todavía!,
para escuchar el son de tus campanas
que luego a tus campanas se volvía.
Yo era un niño asombrado, tu esperanza
me acunaba flotando a la deriva

en el tranquilo mar de tu tardanza.
Y cuando apostaba la dejaba abierta
de par en par, para que entrara viva,
¡cuantas veces tu voz sonó en mi puerta!
He vivido de ti, tú me has creado
cada vez que en mis pasos te veía,
y ahora que tengo tanto mar andado,
tú me sigues haciendo, ¡todavía!

Leyendo con cierto detenimiento, y suponiendo que la divinidad fuese su objeto, este poema expresaría la nostalgia de algo que pasó muy cerca y que se está alejando, a pesar de ese “¡todavía!”, hacia el olvido definitivo. Te recuerdo que lo escribió poco tiempo después de abandonar el Seminario, todavía impregnado del olor espiritual de toda su vida anterior y especialmente de aquella Casa.

Ya ves que aquellos seis años debieron impactarle por alguna razón que no es necesario analizar ahora, de forma que, ya liberado de reglamentos y actos de piedad, una fuerza suave pero apremiante le empujó a leer los libros sagrados desde el Génesis hasta el Apocalipsis, sin saltarse una coma, y no una vez, sino muchas, cosa que, incomprensiblemente, jamás hicieron en los estudios de teología. Esa lectura detenida y reflexiva le llevó a la conclusión de que el Dios de la Biblia era demasiado humano para ser divino, pensamientos y anhelos de criaturas ordinarias puestos en labios de Dios,

donde todo cabía, tanto el amor y la ternura, como la venganza y la brutalidad. De aquí a negar que las Escrituras tuvieran algo de sagradas, no había que un paso. Y lo dio, pero no fue el único, porque una cosa tira de la otra, y así llegó, poco a poco, a negar la divinidad de Jesús, la sacralidad de la Iglesia, sus mandamientos y sus sacramentos, la existencia de ángeles y demonios y un largo etcétera. En cuanto al sexo, descubrió ahora, regocijado, que cuanto había creído malignas tentaciones del diablo, resultaron no ser otra cosa que las urgencias químicas de su organismo.

Y aquí vuelve a aparecer lo que tanto me sorprende en un incrédulo: llegado a este extremo, sintió que se había liberado, como si hubiese experimentado una conversión al revés. El lo explica de un modo muy gráfico:

Imagine que a un recién nacido le han implantado unas lentillas a través de las cuales lo ve todo más oscuro de lo que es en realidad. Ese niño crece y crece creyendo que aquél es el color real del mundo, y un día cualquiera se le caen las lentillas y se queda sorprendido al constatar lo diferente que es todo cuando se ilumina con una nueva luz.

Perdidos los que él llama sus viejos fantasmas, aunque su cerebro parece que los guarda soterrados, un júbilo interior ha presidido el resto de su vida, algo así como aquello que experimenta cuando vuela o canta en los ensueños. Hace años que la sexualidad no es

para él un problema cargado de culpabilidades agobiantes, ya no escribe aquellos versos desolados,

Traigo, Señor, mis manos
vacías a tu presencia.
Nada vengo a ofrecerte, nada tengo,
mis campos, por mi culpa, sin cosecha.
Ni una mísera flor que regalarte
como lírica ofrenda,
ni una canción sonando en estos labios
resecos y marchitos,
ni un triste pensamiento, ni una idea.
Sin flores, mi rosal se está secando
y sus hojas se arrastran por la tierra.
El estanque, sin agua,
y la fuente, ¡tan seca!
Perdóname, Señor, si no te traigo,
más que la triste, empobrecida ofrenda,
de mis manos ociosas, de mis canas,
de las arrugas de mi cara vieja,
de un corazón endurecido y frío
y de un puñado de esperanzas muertas.

No confunde el amor con aquel romanticismo ñoño de raíces religiosas, no sueña con el mar agitado y amenazante, ni con unos alumnos que le agobian y le desesperan, ni con gente desabrida que le impide volar arrastrándolo al suelo, incluso aquella culpable conciencia por haber decepcionado a un par de muchachas ha disminuido hasta límites soportables. Desde hace varios años, esos sueños en los que vuela y canta colmado y exultante no significan otra cosa que el estado anímico en que se encuentra este anciano en la actualidad, y estoy seguro de que, al menos en buena parte, se debe al hecho de haber desaparecido los agobios de una fe mal entendida que le impedía desarrollarse plenamente y que llegó a colonizarle el cerebro con esos fantasmas que aparecían en sus sueños.

Ahora, en este que comentamos, Dios no es más que un hombre gordito y con bigote que parece un burócrata pegado a su mesa de despacho. El soñador siente un silencioso respeto por una figura que parece emanar autoridad, pero lo cierto es que no espera nada de ella.

Regreso al hogar

Se trata de un sueño muy largo, al menos desperté con la impresión de haber estado soñando toda la noche, y toda la noche volando dentro y encima de una ciudad imaginaria. Atravesaba, casi a ras del suelo, calles y plazas que, al menos algunas de ellas, habían aparecido en otros sueños y ya me resultaban familiares. Ascendía ante las fachadas de altos edificios, a veces con cierto trabajo, y me elevaba por encima de la ciudad contemplándola totalmente. No era como un juego sino como una insistente necesidad. Súbitamente aparezo en un barco de pequeño calado. Mi madre está allí también, era una imagen borrosa, como una mancha con forma de mujer entrada en carnes. A través de los cabos de la jarcia, veía el mar embravecido, pero nada de aquellas olas terribles de mis otros sueños. Sin embargo, era amenazador y sentí miedo. La sombra de mi madre murmuró algo, no era una frase bien articulada, sino un sonido imposible de definir, pero cuyo sentido llegó claramente a mi cerebro: no te preocupes, no tiene importancia. Más que su deseo de tranquilizarme, fue el hecho de ser ella la que hablaba lo que en realidad canceló todos mis temores. De improviso, me encontré en el agua, tranquila ya, junto al barco, bañándome despreocupadamente mientras me cogía a una cuerda atada al navío. Mi madre seguía allá arriba dirigiéndolo, dio potencia a los motores y se desli-

zó rápidamente sobre el mar, llevándome consigo alegremente. Llegamos cerca de la costa, un lugar parecido a una pequeña bahía. El agua era poco profunda, clara y transparente. Creo que me puse de pie sobre el fondo arenoso. Y de nuevo como un relámpago, todo cambió: seguía volando por las calles de la ciudad, sorteando muros, tapias y personas, subiendo y descendiendo, a veces gozoso, a veces preocupado, o esquivando a quienes intentaban impedirme volar. Volví a colocarme sobre la ciudad, no sin algún esfuerzo, y desde allí arriba, totalmente inmóvil, contemplé el extraordinario panorama. Era de día y los detalles resultaban asombrosos. Mi madre había desaparecido. Yo estaba pensando en volver a casa, lo necesitaba, pero no sabía dónde se encontraba en aquel maremágnum de construcciones. Estaba convencido de que el lugar se hallaba cerca de una iglesia, así que anduve un rato buscando una torre o un campanario, pero no había nada que se le pareciese, aunque no faltaban elementos arquitectónicos que sobresalían por todas partes. Entre el laberinto de edificios, destacaban dos calles paralelas enfiladas hacia delante. Estaba seguro de que subiendo por una de esas calles lograría encontrarla. Las contemplé largamente intentando decidirme. Al detenerme en la de la izquierda, la reconocí, pero sabía que acababa en un lugar que no me interesaba. La calle de la derecha parecía más segura. Pero yo seguía indeciso cuando el sueño acabó, o tal vez sucedió que no recuerdo el

final, una circunstancia que también me ha ocurrido en otras ocasiones.

En conjunto, se trata de un sueño relajado, pero no exento de cierta tensión. El comienzo enlaza con el final perfectamente, no vuela por divertimento, sino por necesidad, como si estuviese buscando algo cuya entidad no se descubre hasta que el sueño está terminando. Pero entre ambos espacios, principio y conclusión, nos encontramos con un paréntesis decididamente interesante, una ensoñación que aparece bruscamente, aporta varios datos sobre la totalidad de la historia y desaparece también de modo repentino para dejar paso al desenlace. Una narración insólita, pero bien construida.

La escena central, empotrada como a la fuerza, o al modo en que un autor tuviese una repentina inspiración y separase lo ya escrito para incluir otro relato, relacionado por supuesto con la totalidad, contiene dos apariciones relevantes: el mar, que a pesar de estar embravecido ha dejado de ser aquella criatura monstruosa y terrible de sus sueños pasados, como si nuestro hombre hubiese terminado, una vez más, con aquella amenaza que le persiguió durante tanto tiempo, y acerca de la cual he sugerido que bien podría representar algo ajeno a él mismo, un algo que no encajaba en su vida. La segunda aparición es la madre, que viéndole todavía estremecido, acude y tranquiliza tanto al mar como al soñador, y a continua-

ción lo lleva hasta la orilla, como un ángel protector que aparece en el momento oportuno. Pero deberemos recordar que no entra en escena sino como una sombra en forma de mujer, y esta circunstancia me mueve a pensar que tal vez no se trate realmente de la madre, sino de un símbolo que representa otra cosa. ¿tal vez sus sueños, que le están tranquilizando en estos últimos años, como si le dijeran *no te preocupes, no tiene importancia?*

En la última escena, que dijimos enlazada con la primera, la madre desaparece repentinamente sin que se aporte ninguna explicación al respecto, y entonces se aclara el objeto de su búsqueda: siente la necesidad de volver al hogar, quizás el reposo total y definitivo, que es para él como la vuelta a esa nada de la que todos procedemos. El hecho de que su hogar debe estar cerca de una iglesia y que la torre de ésta le puede señalar el lugar en que se encuentra, sería fácil de interpretar como un deseo inconsciente de regresar a sus antiguas creencias, pero el caso es que ese templo, que podría considerarse como un faro que guía, no llega a aparecer y, por consiguiente, no puede llevarlo a ningún puerto, esto ha sido ya obra de la madre. Lo que más me intriga es que la ensoñación no acaba definitivamente, la calle de la izquierda, que conoce, no le interesa, y aquella de la derecha, más segura, le mantiene indeciso. ¿Qué es lo que conoce pero no le interesa?, quizás la religiosidad que vivió durante los años cruciales de su vida. ¿Y qué es lo que le parece más seguro sino su nueva forma de pensar actual? Pero

ante la posibilidad de que este último camino le lleve al hogar, sea éste lo que fuere, el hombre de los sueños se mantiene vacilante y dubitativo. ¿Acaso su actual situación de incredulidad no ha sido asimilada totalmente? ¿Es posible que un resto, un pequeño resto de incertidumbre, ande agazapado todavía, como al acecho, en algún lugar de su cerebro? Sin embargo, a pesar de ello, el símbolo materno cumple su función consoladora y lo lleva a un estado de sosiego.

Antes he sugerido que ese símbolo se refiere a los sueños, y la verdad es que aparte de ellos no encuentro ninguna otra realidad que pueda cumplir esta función sedante, puesto que la fe, que sí podría cumplirla, no forma parte de su bagaje psíquico, y lo único de que dispone ya este hombre es de sí mismo.

De momento, necesita de estos sueños, ellos son, en ocasiones, una bocanada de aire fresco y un gozo que le hace sentirse colmado, pero no dejan de advertirle, al menor descuido, que no debe dormirse en el descanso, que el fin aún no ha llegado y, por lo tanto, pueden esperarle el desaliento y las incertidumbres, como sucede en éste en el último instante. Deberá reconocer que su vida aún no ha terminado y que vivir significa lo que él bien conoce ya: que no hay nada que dure para siempre.

--oo0oo-

Hemos llegado al final de mi informe. Debo aclararte que los sueños aquí relacionados se manifestaron en un periodo aproximado de un año, una etapa de creatividad onírica que al cabo de ese tiempo desapareció. Por supuesto que nuestro hombre continúa soñando, pero ahora, sus ensoñaciones carecen de la nitidez que hemos visto. Son sueños de los que sólo quedan, al despertar, retazos inconexos y confusos, imágenes de personas y lugares imposibles de localizar, evocaciones discontinuas de situaciones fugaces, como ráfagas de fotografías, palabras y sentimientos que se escapan en el laberinto de la memoria para perderse definitivamente.

Espero que este material sea suficiente para tu trabajo. Sé que andas muy ocupado, pero tampoco se trata de un caso urgente. Tómallo con calma y, cuando hayas terminado, me tienes al corriente.

LA RESPUESTA

CENTRO PSIQUIÁTRICO
ÁNGEL de la GUARDA

De: Arquímedes Sourances

Para: D. Ramiro de Prada.

Departamento de Psicología del Hospital Universitario

Querido amigo Ramiro:

He leído tu informe con detenimiento, y no una sola vez, y la verdad es que no esperaba algo tan detallado y minucioso. El hombre de los sueños, como le llamas, es muy escrupuloso en los pormenores de su información, pero tú no le vas a la zaga cuando relatas las conversaciones mantenidas con él. La verdad es que te has anticipado a mi respuesta con tus sugerencias, muy acertadas, por cierto, sin embargo, a pesar de mi interés por el tema, mi trabajo no ha podido ser tan meticuloso: me resultaba imposible dedicarle el tiempo necesario a cada una de esas ensoñaciones en particular, una tarea ingrata y prolija como pocas, así que decidí centrarme en un solo tema, su sexualidad. La idea surgió cuando acabé de leer tu informe por segunda vez, y como íbamos a pasar el fin de semana en el adosado que tenemos en las afueras, resolví aprovechar este tiempo para contestar, aunque fuese brevemente, a tu petición.

Mi decisión de ajustarme a este asunto me fue sugerida por una frase tuya en el sueño titulado EL PROTECTOR. Hablabas de que aquel individuo desconocido podía ser un símbolo paterno, o tal vez divino, y ambas posibilidades me parecen acertadas, pero acababas con una interrogación: “Sin embargo, y puesto que resulta evidente la existencia de una atracción entre ambos, más clara en el protegido que en el protector, ¿no podría ser este sueño una indicación soterrada de cierta homosexualidad?” Cuando acabé de leer todo tu informe, me pareció que tu sugerencia se veía corroborada por otros detalles a lo largo del texto, así que opté por centrarme en aquel tema. En realidad sería más exacto hablar de bisexualidad, como irás comprobando tú mismo.

No se trata de que yo esté convencido de mis propios argumentos, pero como teoría nos ayudan a encontrar explicación a otras circunstancias. Por ejemplo, la extraña relación que se establece entre el hombre imaginario y el soñador en EL PROTECTOR se justifica perfectamente si tenemos en cuenta ese dato. Ahora bien, hay que tener en consideración el hecho de que el hombre de los sueños ha conseguido idealizar esa relación, y esto es precisamente lo que hace que el ensueño resulte decididamente ambiguo.

Si repasas el capítulo donde hablas de los sueños eróticos, en la primera parte de tu informe, verás que, después de la aparición de las dos mujeres en la cueva, siguen estas reflexiones:

“En las restantes ocasiones (oníricas), el soñador mantiene una relación que más bien puede llamarse platónica: un íntimo y profundo deseo de comunicación con otras personas, no exento de connotaciones sexuales, pero en el que predomina lo que podríamos llamar comunión espiritual. Habla de empatía, de atracción magnética, de sexo con amor, una comunicación en la que se unen, a la par, el goce de las caricias, sin ir más allá de ellas, con el placer que produce contemplar la personalidad que se revela en el rostro de la pareja”.

En estas frases no se hace ninguna mención expresa al género femenino, incluso parece que tratara de evitarlo (comunicación *con otras personas*, la personalidad que se revela en el rostro de *la pareja*, etc.), así que podemos aplicarlas a un sexo o al otro.

En UNA CASA DE RICOS, encontré otro detalle que parece confirmar mi teoría. Te transcribo el párrafo que nos interesa para que recuerdes la situación:

Por una puerta que daba a otro departamento, vi que también aquél estaba lleno. Detuve la mirada en una mesa al fondo de esa

otra habitación. A ambos lados de una mesita redonda, dos hombres charlaban ante una ventana. El de la derecha era como un fantasma. Quiero decir que su figura aparecía desdibujada, o simplemente fue que no me fijé en él. Pero el de la izquierda se me mostró con todo detalle. Era un caballero como de unos cuarenta años, con el pelo blanco y una pequeña y bien cuidada barba, que se inclinaba hacia delante como si deseara que el otro le oyera bien mientras movía una mano, al hablar, con ademán delicado, quiero decir de persona educada aunque exenta de afectación. Vestía una chaqueta de color gris claro, punteada de negro, como sus pantalones oscuros. Si me fijé en aquel sujeto fue por algo muy especial: mi vista, como si hubiese sido una cámara de video, realizó un zoom hasta el fondo, destacando a esa persona entre el resto. Después de observarlo con tanto detalle pero sólo durante unos segundos...

Es muy interesante la imagen del zoom. Se trata de una forma muy clara, aunque indirecta, de decir que se había sentido atraído por aquel individuo. Observa con qué precisión lo describe, no sólo físicamente, sino incluso en los detalles de su vestimenta. No hay duda alguna de que, en el sueño, la homosexualidad ha sufrido una represión inconsciente, exactamente como ocurrió con el Protector: lo único que queda es una cierta admiración que nada tiene que ver con el sexo.

Parece claro que el soñador había nacido heterosexual. Lo confirma aquel enamoramiento de la chica rubia en el cine, que lo mantuvo desasosegado durante varios meses, algo inverosímil en un muchacho de diecinueve años, una edad en la cual la homosexualidad ya debería haberse desarrollado plenamente, y sobre todo lo confirman sus escauceos sexuales con la amiga de siempre, una respuesta heterosexual sin dificultad alguna que a ella la empujó a soñar con el matrimonio. También la experiencia de su infancia que me cuentas al final de tu informe: el juego erótico con aquella niña detrás de una puerta de la panadería. Es prácticamente imposible que un niño de su edad, de haber tenido claras tendencias homo, tomara la iniciativa con alguien del otro sexo. Evidentemente, la aparición de aquella persona mayor, que les afea su comportamiento, provocó una inhibición de sus tendencias heterosexuales. Los adultos no saben hasta qué punto pueden influir en la conducta futura de los niños cuando reprimen sus inclinaciones todavía inmaduras. En este caso, el pequeño debió entender que esa clase de relaciones con sus pequeñas amigas era considerada por los mayores como algo que merecía un castigo, tal y como sucede cuando uno se mancha de chocolate la camisa, le pega al chico de la vecina o se rompe los zapatos jugando a la pelota. Es decir, son cosas que no se deben repetir si se quiere recibir la aprobación de los adultos. Siendo como era un chiquillo, lo más probable es que no se presentaran otras ocasiones de jugar con el otro sexo, y aquel episodio

quedara olvidado en el subconsciente, pero no de una forma definitiva: sabemos que el subconsciente sigue influyendo en nuestra conducta, tanto para bien como para mal.

A todo esto podemos añadir otro dato: la exhibición del pederasta en la leñera. El hombre de los sueños tenía la misma edad de su aventura anterior. Ahora visualiza el pene de un adulto y su masturbación, estos dos detalles no los cuenta porque no los recuerda: fueron reprimidos en el inconsciente por tratarse de algo tan inesperado, sorpresivo y desconcertante.

A partir de aquí, podemos imaginar las etapas que le llevaron a la homosexualidad. Sólo se trata de suposiciones, pero fundamentadas en mi experiencia médica, es decir, en mi trato con pacientes aquejados de problemas sexuales. Un grupo de éstos había accedido a la homosexualidad en circunstancias muy parecidas. Fundamentalmente coincidían en los siguientes puntos: Uno, la edad, bien siendo todavía niños o en la adolescencia; dos, la presencia cercana de un adulto, un amigo de la familia, un vecino, un empleado, incluso un familiar, pero siempre conocido del niño o del muchacho; tres, el hecho de que aún no habían experimentado una relación con el sexo opuesto; cuatro, un lugar apartado, una buhardilla, un almacén, un trastero; cinco, el adulto provoca un orgasmo en el adolescente.

Nuestro hombre de los sueños coincide con mis pacientes en los cuatro primeros puntos: edad temprana, falta de experiencia con el

otro sexo, presencia de adultos conocidos y lugar adecuado en el que encontrarse, la panadería, evidentemente cuando estaba cerrada, recuerda aquella frase de su diario: *Después de comer he bajado al despacho de pan. A esa hora está cerrado y se disfruta de una gran tranquilidad. Sólo nos queda el cinco, es decir, el orgasmo provocado por el adulto. Nada sabemos, por supuesto, ya que nuestro comunicante no ha hablado de ello, pero pudo suceder tal cosa si tenemos en cuenta el relato que nos hace de su experiencia con el pederasta.*

Existía un adulto con estas inclinaciones, y bien conocido en el ambiente familiar. No resulta imposible que esa misma persona le iniciara en el sexo con otro (podemos suponer que nuestro muchacho ya practicaba la autosatisfacción, que aparece a edades muy tempranas entre los varones). Pudo ser otro de los empleados, un amigo de la familia, un pariente lejano, quién sabe. Sea como fuere, nuestro amigo debió experimentar dos sensaciones muy importantes: una relación con otra persona del mismo sexo, y una satisfacción sexual, y puesto que ambas iban unidas, la una se relaciona con la otra. Conclusión: los varones son una fuente de placer. Él, en aquella edad de la adolescencia, como supongo, daría por hecho que también lo son las chicas, pero no habiendo experimentado esta segunda opción, la suposición no era más que una posibilidad. A ello debemos añadir el impacto negativo que sufrió cuando fue sorprendido a edad muy temprana en sus juegos con aquella chiqui-

lla. Ahora bien, si este chico aprovechara una oportunidad posterior para relacionarse placenteramente con las muchachas, cambiaría su conclusión. Es el mismo caso del joven que en primer lugar ha mantenido una relación satisfactoria con una chica, y que posteriormente se encuentra con el adulto homosexual. Es posible que permitiera la intromisión del adulto y accediera al placer del orgasmo, pero entonces tendría dos informaciones complementarias y la conclusión sería diferente: las mujeres y los hombres son fuente de placer. En estos casos, o se llega a la práctica de la bisexualidad, o se olvida la experiencia homosexual como algo puramente anecdótico.

Por otra parte, hace tiempo que los psicólogos conductistas nos alertaron de algo que todos sabíamos, pero a lo que no dábamos importancia: si una primera experiencia resulta agradable, tendemos inconscientemente a repetirla. Si mis suposiciones son correctas, es esto precisamente lo que ocurrió a nuestro muchacho después de su encuentro con el adulto: se vio empujado a reproducir aquella experiencia. Así fue cómo se decantó más por lo homo que por lo hetero.

Esto explicaría su rechazo a vincularse para siempre con una mujer o con el sacerdocio, un rechazo comprensible si este hombre sintiera horror ante la idea de llevar una doble vida. Comprendo, sin embargo, que su salida del Seminario no estaría causada exclusivamente por esta homosexualidad o bisexualidad que estoy supo-

niendo. Tú mismo hablas de esas otras razones, y por cierto, de forma detallada y precisa, cuando comentas el ensueño titulado LA MISA.

Mi teoría acerca de la sexualidad de este hombre explicaría también aquel sueño repetitivo que le abrumaba, el de las olas gigantes e inquietantes. Recuerda sus propias palabras: *Algo hubo en mi vida que me estuvo amenazando durante muchos años. ¿Por qué no la homosexualidad? Pero hay algo más: en el sueño titulado UN BARCO EN LA CALLE, comentabas: "Para que encajen ambos sueños, sólo le faltó añadir que aquello que lo amenazaba estaba fuera de lugar en su vida", como lo estaba aquel barco en la calzada. Observa que su homosexualidad podría haber sido, al mismo tiempo, un peligro y algo ajeno a su verdadera vida. Un peligro, por el temor a que fuese descubierta, y algo ajeno a su vida porque le había sido impuesta después de nacer. Y esto último nos lleva a lo que habíamos supuesto: el soñador nació hetero y tuvo una experiencia que le llevó a una conducta homo, una conducta que, posiblemente presionado por su educación religiosa y por el temor al rechazo familiar y social, nunca pudo aceptar ni asimilar plenamente. Ahora bien, una frase de nuestro hombre referida al ensueño del mar amenazante, *Afortunadamente, ha desaparecido*, nos aclara que, finalmente, a una edad ya avanzada, consiguió aceptarse a sí mismo tal cual era, y ello le hace finalmente feliz. Te recuerdo, a propósito de esto, tus propias palabras:*

“¿Quién era el Hombre Malo? Tal vez no sea un quién, sino un qué. Esta especie de monstruo sugiere la existencia de alguna circunstancia adversa o problemática, o generadora de rechazo general, y no sólo por su parte. Pero sucede algo que podría calificarse de fascinante: a partir de una reflexión, como bien se precisa en el ensueño, es decir, de un encararse a la realidad de ese objeto hostil, se descubre su mentira, o si preferimos no ser tan drásticos, su mixtificación por parte de la sociedad (recuerda que en aquella ensañación hay mucha gente curioseando y huyendo al mismo tiempo), y el soñador se enfrenta al Malo, o a lo malo, sin el más mínimo temor. Podría decirse que la razón ha vencido a la imaginación, al menos esta vez. Pero seguimos como estábamos, aunque ahora la pregunta es ligeramente diferente: ¿qué cosa es el Hombre Malo?”.

Bien, creo que ya tienes la respuesta. El mar amenazante ha desaparecido, el Hombre Malo se desinfló al perder su malignidad, es decir, la tendencia homo de nuestro hombre dejó de acobardarle porque acabó comprendiendo que no se trataba de un pecado horrible, según la interpretación social y religiosa.

Como habrás observado, mi análisis puede parecer, en ocasiones, un tanto superficial. Pues bien, a riesgo de resultar repetitivo, te voy a transcribir un texto suyo en el que, al menos para mí, puede descubrirse esa homosexualidad, o bisexualidad, de la que vengo

hablando. El escrito es largo y repleto de consideraciones piadosas que pueden resultar aburridas, así que solo te transcribo lo que considero más interesante para lo que estamos tratando, aunque queda intacto el hecho de que se trata de una confesión muy sincera, en un día de retiro, de sus más profundas preocupaciones espirituales cuando estaba viviendo a tope la vida del Seminario.

Ha amanecido el día gris plomizo. El suelo está húmedo por la lluvia fina que cae. Me gustan estos días. Invitan a recogerse. La naturaleza parece que ha achicado sus dimensiones y se hace más familiar, más cercana. El cielo queda lejos, detrás de las nubes que lo cubren por completo. De las nubes para abajo es como estar en casa. Hay un ambiente de paz. La lluvia, sin aire, invita a la tranquilidad de un asiento junto a la ventana. Todo es propicio, me parece, para escuchar tu voz. Empieza a hablar, que te escucho. Bien sabes que me gustaría no hablar apenas, pero ¿qué hacer? Tú callas siempre, o hablas sin palabras, y yo no sé estar ante ti en silencio, amando sin pensar, gozándome en tu presencia. Ten paciencia conmigo, pues, y escucha mi verborrea ridícula sin cansarte. Soy yo, tu siervo, tu pequeño. Ojalá fuese pequeño, de veras pequeño, inocente, sin malicia. Ojalá pudiese mirar con ojos limpios las cosas y a las personas. Ojalá pudiera tener un corazón nuevo para amar. Porque este ya está cansado y viejo. Además, acostumbrado a amar malamente, torcidamente. Se me escapa de las manos hacia

el pecado, como si tuviera hecho un pacto con él, como si fuera su amante, como si no pudiera latir sin él. Yo creo que, de tanto amar el pecado, como el amor es difusivo, se ha hecho corazón mío y mi corazón se ha hecho pecado. Se quieren los dos como si hubiesen sido hechos el uno para el otro. No se hallan si no están juntos, si no se ven, si no se abrazan. Están enamorados, chiflados. Ya ves, ¿dónde voy yo con esto? Y mi voluntad, como la lleva siempre de la mano el corazón, está también por ese maldito. A veces se resiste, intenta quedarse y se queda. Pero cuando ve que el corazón se va irresistiblemente con el pecado, se queda triste, añorando, pensando lo que pierde. Ahora dime, ¿qué puedo yo con estas ayudas que tengo? Y tú me exiges todos los días, a cada minuto, que te ame más y más. Es como una obsesión. Pero, ¿cómo puedo hacerlo si he de amarte con mi corazón y mi voluntad y ya ves en qué situación se encuentran? Y es que, en efecto, no quiero que vengas, porque él es tu rival. Llegó antes que tú, cuando yo no había hecho más que salir de tus manos. Después os habéis turnado. Pero él ha sido más astuto y supo llegar en los momentos más decisivos, cuando me encontraba solo y nostálgico. Sabes qué desgarró es este querer y no querer. Porque presiento que tu hermosura es mayor que la del pecado, que has de llenar más mi corazón. Pero date prisa, porque, entretanto, parece que se me desgarran las carnes y me descoyuntan los huesos.

He dado un paseo por el viejo camino que lleva al río. Todo estaba triste. A los altos eucaliptos, muy derechos, les sacudía el aire suavemente el agua. Bajo los árboles, hasta en las rendijas de las rocas, crecen tréboles diminutos formando verdaderas alfombras. Abajo, en la ciudad, había ruido: la polea de una grúa, la serrería mecánica, el motor de un coche, pitos, bocinas, motos... Las calles, húmedas y brillantes. Todo, sin embargo, recogido, pequeño, nublado por la bruma. He comprendido que ésta es la hora de mis tinieblas, cuando mi pecado viene exigiendo con la mano tendida. El ambiente de la ciudad me ha recordado mi vida, mis pecados. Y ni una lágrima, ni un movimiento de repulsa. Ya sabes cómo soy: tibio, flojo, débil de voluntad, nostálgico. Me eché por tu camino y aún miro atrás y le sonrío, y hasta soy tan bruto que me gustaría, en este camino hacia ti, traerme de la mano mi pecado. ¡Cómo sufro al pensar que sois incompatibles! Yo quisiera gozarme en ti, que me has cautivado, y en él, que me tiene cautivo. Ahora están vuestras fuerzas parejas. Yo te digo que no lo quiero, y hasta con lágrimas te lo he dicho muchas veces, pero es un decir con la cabeza, con la voluntad, con media voluntad. La otra media y el corazón están bien lejos de sentir lo mismo.

Si hubieras leído todo el texto, desde el principio al final, como yo lo hice, es decir, con la sospecha de las tendencias sexuales del autor, habrías percibido, casi desde el primer momento, el alcance del término *pecado* que tanto utiliza y al que ha sometido a un proceso de personificación total: se interpone entre el soñador y Dios, le tiene preso, como si hubiese hecho un pacto con él o fuera su amante, no se hallan si no están juntos, si no se ven, si no se abrazan, están enamorados, chiflados hasta el punto de que deseara, en un arranque imprudente de atrevida sinceridad, llevárselo consigo en su vida religiosa. ¿Qué pecado es ése que se ha convertido en algo tras lo que va porque le atrae de modo irresistible y contra el cual se encuentra desarmado e impotente, que lo persigue y le reclama un lugar en su corazón impidiéndole dedicarse totalmente a Dios? Me dirás que ese personaje simbólico tanto puede referirse al sexo homo o heterosexual, lo que es indudablemente cierto, pero, ¿por qué consideraría pecaminosa su relación si se tratara del segundo caso? La atracción física heterosexual es una tendencia inserta en los cánones de la normalidad, y la estancia en el Seminario, un centro cerrado, no le permitiría más que el recuerdo de sus contactos heterosexuales, ahora bien, según sus diarios, estos contactos nunca se dieron, por el contrario sabemos lo que pensaba del amor al género opuesto. Te recuerdo lo que tú mismo escribes en tu informe, citando sus propias palabras, después de haber leído detenidamente aquellos escritos:

“Los pormenores del amor, para aquel muchacho con la cabeza a pájaros, son característicos de una personalidad que a toda costa rechaza cualquier insinuación sexual, todo en él es *puro, sencillo, loco, extrahumano*, y a lo más a que aspira llegar es a *la delicia de sentir las manos de una mujer apretando las tuyas, verse envuelto en la mirada de unos grandes ojos, sentir el arrullo de una sonrisa, buscar el alma que se adivina tras las pupilas de unos ojos o la suave piel de unas manos*. No aparece absolutamente nada que no esté permitido por la moral”.

A continuación, después de transcribir el poema dedicado a una desconocida a quien vio pasar en aquel parque de su patria chica, reflexionas:

“Puedes ver que, incluso versificando, la mujer se ha convertido en una estatua: aunque tenga *una viva luz en los ojos y la gracia de un abril en la boca*, no tiene sexo”.

En el caso hipotético de que estuviera haciendo referencia a las chicas, es imposible que lo considerase un pecado de tal magnitud conociendo, como hemos acabado de ver, lo que piensa acerca del amor. Para nuestro hombre de los sueños, sólo podría ser pecaminosa la relación con prostitutas, mujeres casadas o esos encuentros

casuales en los que sólo se busca el alivio biológico, y nada de eso se le puede atribuir al soñador joven, imbuido de una moral más bien rígida, y de temperamento romántico. La conclusión más lógica para comprender el alcance de ese *pecado* tan angustioso y de tan turbadoras consecuencias, expuesto el problema, como lo hemos hecho, en forma de dos únicas alternativas, es, sin duda, la homosexualidad.

Pero es posible otra explicación, mucho más sencilla, en este caso concreto: se está refiriendo todo el tiempo a la autosatisfacción, un pecado infame, perverso y detestable para las autoridades religiosas, confesores, directores espirituales, conductores de retiros y ejercicios piadosos, que le habían educado durante varios años, más de veinte, según mis cálculos. Pero nada sabemos.

Como estás viendo, esta interpretación acerca de la sexualidad de nuestro comunicante, puede ser una visión muy personal, y tú no deberías hacerme demasiado caso. Todo cuanto he escrito no es más que una teoría, una suposición, tal vez una hipótesis de trabajo, pero nada más. La interpretación de los sueños no es una ciencia exacta, ni siquiera es una ciencia. Me interesa, especialmente, para saciar mi curiosidad, pero nunca deben darse por estrictamente verdaderas las conclusiones, sean más o no. Otra interpretación de esos sueños sería tan apropiada, o tan discutible, como ésta. De todas formas, lo que espera nuestro hombre es una respuesta, por

eso te ha contado toda su vida y sus sueños, para que se los interpretemos. Y yo no tengo otra alternativa que la de preguntarle abiertamente. Pero es evidente que si este hombre no ha hablado de su bisexualidad en sus largas conversaciones contigo, es que no tiene ningún interés en ello, en cuyo caso me preocupa su posible reacción, sería como si pregonásemos a los cuatro vientos lo que él considera el secreto de su vida.

Sin embargo, algo ha quedado suficientemente claro para mí, y desearía, como psiquiatra, comunicárselo: él fue educado en la religión cuando era un niño, pero cuando llegó a la adolescencia le surgió algo que ningún niño espera, la urgencia misteriosa, todavía, de lo sexual, que se fue desarrollando paralelamente a su inclinación religiosa, por otra parte asumida con toda seriedad. Pero vivir con esas dos realidades tan dispares generó un conflicto imposible de resolver, porque estaba obligado a desear y rechazar al mismo tiempo una sexualidad que se abría paso con fuerza en su organismo. Su integridad religiosa lo llevó al Seminario, la sexualidad lo sacó de él, sin que importe para nada su inclinación concreta: un heterosexual, un bisexual, o simplemente un masturbador incorregible, siempre que sean honestos consigo mismos, hubieran tomado idéntica decisión. Pero está claro que su salida de aquel centro religioso y el abandono de sus creencias después, le proporcionaron un equilibrio emocional que nunca había tenido.

Si él quiere que hablemos de todo esto, estoy dispuesto a tener una conversación con él. No obstante, prefiero contar con tu aprobación antes de abordarle.

POSDATA.

Antes de llevar esta carta al correo, decidí ponerme en contacto con el soñador, según el teléfono que me diste, con la intención de concertar una cita, como te acabo de decir. Mientras llegaba la fecha, que me había propuesto dilatar un tiempo prudencial, tú leerías estas páginas y me darías tu conformidad para confesarle todo. Lo intenté varias veces, pero nadie respondía a mi llamada. El deseo de acabar pronto con este asunto, me decidió a buscar en la guía sus apellidos. Algún familiar podía decirme si había salido de viaje o había cambiado de número. Por fin encontré a uno de sus parientes. Me dijo que el hombre de los sueños había fallecido un mes atrás a causa de una embolia cerebral. En un primer momento tuve la intención de deshacerme de todo y limitarme a comunicarte la noticia, pero recordé tu excelente trabajo con el informe, las horas pasadas escuchándole y tu curiosidad por conocer el resultado, así

que decidí seguir adelante con lo ya pensado, como si no hubiese ocurrido nada. Tal vez esta historia interese a tus nietos.

Se me olvidaba: Murió mientras dormía. Al parecer no sufrió nada. Su amigo-compañero lo encontró en una postura relajada y con una expresión tranquila. Me apetece pensar que, en el instante de su muerte, su cerebro le estaba regalando uno de esos maravillosos sueños en los que vuela muy alto, más allá de lo humano, como él mismo decía.

---000---
